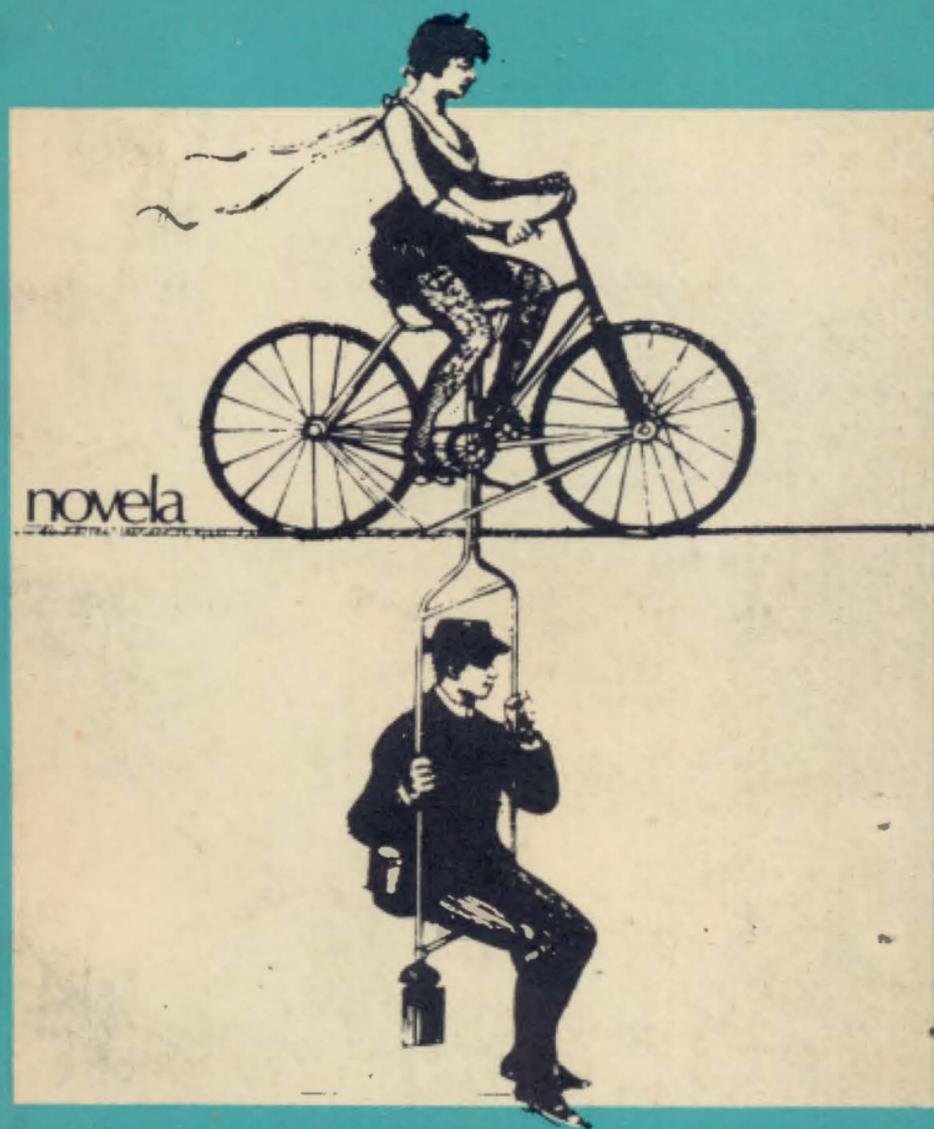


hector galmés

LAS CALANDRIAS  
GRIEGAS



novela



colección acuarimántima

**LAS CALANDRIAS GRIEGAS**

**NOVELA**

**HECTOR GALMES**

**COLECCION ACUARIMANTIMA**

*Colección Acuarimántima*  
*Dirigida por*  
*Washington Benavides*

©

Ediciones de la Banda Oriental S.R.L.  
Yí 1364 - Montevideo - Teléf. 98 28 10  
Queda hecho el depósito que marca la ley  
Impreso en Uruguay / 1977.

*A Delia*

Nada de lo que miraba en aquella ciudad me parecía que era realmente lo que aparentaba ser, sino que todo se encontraba trasladado a otra apariencia por un zumbido funesto, de manera que a las piedras que hallaba a mi paso las creía hombres petrificados y a las aves que oía, lo mismo: hombres con plumas; y a los árboles que rodean las afueras, formas humanas con hojas, y las fuentes cristalinas, creía que manaban de cuerpos humanos. También me daba la sensación de que las estatuas y las imágenes iban a ponerse en movimiento, las paredes a punto de hablar, los bueyes a pronunciar algún presagio, y que del mismo cielo y del sol tenía que llegar pronto un oráculo.

Apuleyo, "*Metamorfosis*". —  
(El Asno de Oro) Libro II.

## SABADO

Adonis se encuentra en la terraza del café, haciendo durar una botella de cerveza que se entibia, y no tiene ganas de pensar en Angélica, no tiene ganas de emborracharse ni de llorar. Lo bien que le haría llorar. Ganas de nada. Es una de esas tardes en que hay gente que se pone linda para salir a mirar vidrieras, y se perfuma y se peina para creer, hasta el lunes, en Dios y en que sus cosas se van a arreglar. Tarde que sería casi perfecta si no fuera por el polvo que cae sin cesar, como si se estuviera descascarando ese cielo celestón, a ratos lechoso, pintado a la cal. Cielo raso. Sería casi perfecta sin el cielo raso. Porque después de todo y a pesar de todo, hay gente que luce contenta aunque no pueda comprarse más que un helado. Las seis de la tarde es la hora crítica. Algunos empiezan a aburrirse y desearían estar en casa cuanto antes para chupar lentamente el mate (mañana es domingo y no importa que te desveles) o sumergir el napoleón en el café con leche y ver cómo se le ablandan las piernas (si lo sostenes por la cabeza), cómo se le ablandan y desprenden, y después las buscás con la cuchara en el fondo de la taza antes de que se disuelvan por completo. Hay que ver cómo fue degenerando con el tiempo la silueta del napoleón. Antes, cuando éramos niños, el panadero se esmeraba y lograba una figura decorosa además de aquel dejo amargo que combinaba deliciosamente con la cocoa azucarada. Ahora apenas se lo reconoce, y dentro de poco habrá desaparecido para siempre el único bizcocho antropomórfico. Son las seis, y es hora de hundir napoleones en la leche tibia.

Lástima ese cielo desteñido, esa cal desprendida que se convierte en polvo y cae como lluvia seca. Pasan dos muchachitas tomadas del brazo, hacen mojígangas sin avergonzarse de que Adonis las mire. Se ríen, le sacan la lengua, y él quisiera decirles algo de mal gusto, pero no tiene ganas, y sorbe otro poco de espuma tibia.

Adonis piensa que la tarde sería espléndida si la cal se desprendiera del todo, se rasgara el cielo raso y el aire se tornara diáfano. Si el cielo raso volara como un cendal,

llevándose las nubes ásperas de este tiempo de sequía, que no son de vapor sino de estopa. Entonces se veía al Señor, jovial y poderoso, con su cabellera brillante y los ojos llenos de bondad, las manos serenas y suaves, muy suaves las manos (pasó tanto tiempo desde la noche milenaria en que amasaron el barro), y los ángeles subiendo y bajando, ocupados en arreglar los pliegues del manto de la Virgen, los lirios siempre renovados a sus pies, en pulir los cristales que descomponen la luz de la eternidad en colores jamás vistos por los humanos. Ni a los ángeles, ni a la Virgen que amamanta al Niñodios, ni al viejo Dios que sonríe, ni a los santos que se pasean por avenidas de cuarzo y discuten sobre el destino de las nebulosas, parecería importarles que el cielo se rompa y que de abajo los miren boquiabiertos. La tarde se presta para un cielo flamenco, un cielo de entrecasa. Adonis recuerda las láminas de los almanaques de la Contribución al Culto que la abuela renovaba cada navidad en la pared de la antecocina, y unos años representaban a Nuestra Señora según Memling, y otros, según Murillo, y también una robusta madona del ochocientos, y, a lo largo de los meses, los cromos se ponían opacos por los vapores, las frituras y las moscas, descoloridos por la luz excesiva que entraba por la claraboya, de modo que la imagen, velada por las nieblas domésticas, nunca llegaba al otoño conservando todo su esplendor. Y el pequeño (a quien aún no llamaban Adonis), a las 6 de la tarde, cuando la casa se llenaba de silencio y el gato bajaba de la azotea para acurrucarse entre almohadones, observaba a la divina señora de pechos inagotables y al niño que mamaba feliz, mientras él, entre olores agrios, hundía napoleones en el café con leche o en la cocoa, y se preguntaba si Nuestra Señora habría sido como la presentaban los almanaques, cada año con rostro y ropas diferentes. Mojaba napoleones en la leche; los comía lentamente, mientras se aprendía los detalles de las láminas piadosas y leía y releía los nombres de los días y los meses, y sumaba los números de arriba abajo y de izquierda a derecha, números coronados a veces por crucecitas con que la tía registraba la historia de sus ovulaciones.

Si ahora el cielo se abriera sobre ese barrio, sobre la gente que se dispone a regresar a casa, sobre los enamorados que esperan la noche, sobre los borrachos que destripan el mañana, sobre las prostitutas y los locos, se sabría en qué año la Contribución al Culto reveló a los fieles el verdadero rostro de María.

Adonis no puede acabar la cerveza. Está tan tibia que de la botella sólo sale espuma. El vaso desborda espuma,

y allá en el fondo no hay más que un dedo de líquido amarillo que debe saber a orín de caballo. ¿Por qué de caballo? El abuelo le había contado que en una de las guerras de fines de siglo los soldados, a causa de una espantosa sequía, bebían el orín de los caballos para no morir de sed. “¿Y qué bebían los caballos para poder mear?” —preguntaba el niño con impertinencia. “No bebían” —respondía el abuelo mientras armaba pacientemente un cigarrillo y buscaba una explicación, porque siempre se deben contestar las preguntas de los niños—; “no bebían. Lamían el sudor y la sangre de los héroes”. Pero Adonis no tiene ánimo para llegar hasta el sabor agrio del heroísmo que lo espera en el fondo del vaso. Paga y se aleja, confundido entre la gente que regresa a sus hogares.

El sol de chafalonía que un ángel tramoyista, oculto detrás de las últimas chimeneas, hace rodar tirando de un alambre, enciende la cal desprendida y señala el fin de la siesta de Angélica.

Al fondo de la tarde, en un barrio tranquilo, se levanta la casa de apartamentos con sus dos cariatídes de cemento. Una tiene un brazo carcomido y exhibe sus nervaduras de hierro, a la otra le falta la nariz. Las palomas ya se han recogido. En la entrada, un viejito con uniforme brillante y gorra demasiado grande para su cabeza enjuta, da las buenas noches y observa cuidadosamente a quienes entran. Angélica vive (duerme) en el cuarto piso. Adonis podría utilizar el ascensor, pero prefiere subir por la escalera. El ascensor es muy antiguo, parece más viejo que el edificio. Una jaula con espejos y un asiento plegable, forrado de pana. A propósito del ascensor, Adonis podría hablar infinitamente. Angélica suele festejar sus ocurrencias, pero hace una mueca de fastidio cuando se cansa de la interminable historia. Según Adonis, el ascensor habría existido desde antes de que construyeran el edificio. El prodigioso trabajo en hierro forjado que antiguamente podía disfrutarse durante todo el recorrido, hacía pensar que lo habían construido para estar rodeado de jardines y no de paredes monótonas. Los espejos habrían sido adosados posteriormente, en la época en que comenzaron a levantar las paredes, para ahorrarle al pasajero la fealdad de muros y cañerías. ¿Nunca había oído hablar Angélica del señor Mauricio Perpiñán? Fue el primero que importó ascensores al país. Para publicitarlos, los armaba en terrenos baldíos con vista panorámica. La torre por donde subía y bajaba la cabina, y la cabina misma eran una obra de arte de los mejores herreros de Francia. ¿Se imaginaba Angélica la sensación que causaría entonces una torre de quince metros de altura con una locomóvil a su pie, que hacía funcionar los mecanismos, y con andamios en el

exterior para que aquellos que se arriesgaban al paseo vertical pudieran salir a pisos imaginarios y ver los veleros que entraban a puerto, los ferrocarriles diminutos, las azoteas, los patios interiores de las casas más próximas? ¿Le hubiera gustado vivir en aquella época sin urgencias en la que el sol se detenía un par de horas durante las siestas del verano, y a las cinco se ponía otra vez en movimiento, tan despacio, que todos los relojes adelantaban, de modo que para saber la hora exacta era preciso consultar el cuadrante solar del Prado?

Sábados y domingos, el señor Perpiñán habilitaba el novísimo portento de la mecánica a la curiosidad del público. Damas con corpiño y miriñaque, y caballeros de bigote engomado y bastoncito, llegaban en sus coches relucientes para admirar de cerca la maravilla que les permitiría subir sin ningún esfuerzo hasta los miradores solitarios de sus palacetes si se decidían a reducir el espacio de alguna sala y sacrificar la flora de yeso de algún techo. Unos pocos habían experimentado ya la emoción de remontarse mecánicamente por los aires en edificios de Europa o los Estados Unidos, y se lo hacían saber a los espectadores extasiados que contemplaban por primera vez el ascensor al aire libre, jaula de hierro forjado con guirnalda dorada encima de cada puerta. Los aficionados a la fotografía se instalaban en los andamios para tomar vistas a vuelo de pájaro, y protestaban airadamente cuando el mecánico aliviaba la presión de la caldera de la locomóvil y el vapor velaba por unos instantes las perspectivas.

¿Cómo habrías sido, Angélica, de haber vivido en aquél tiempo? con tu cuerpecito que no necesita corsé, una figurita del Greco, larga y asimétrica, sosteniendo con tu mano enguantada una sombrilla blanquísima (nieve a punto de evaporarse), y el albayalde de tu cara, y el sombrero de paja, y el flequillo rojizo sobre tu frente perfecta. Primero mirarías con asombro la caja que subía y bajaba —cuatro personas por vez—, y al fin te tocaría a ti, y, al salir al último de los andamios, le pedirías a un caballero pálido que te tomara del brazo —sufrís de vértigo—, y mirarías con nostalgia un barco de chimenea altísima, las velas infladas y las ruedas batiendo el mar, y soñarías, como ahora, con París, estudiar canto en París, ser violada en París, perseguida por los sátiros en el Bois de Boulogne. Y abajo, el chuf chuf de la locomóvil que se detenía indefectiblemente a las siete, porque el señor Perpiñán no quería problemas que le estropearan su programa con miras a la instalación de diez ascensores por año, y después de esa hora, los que querían subir tenían cara de suicidas.

Como Angélica le ha negado la llave del apartamento, Adonis debe esperar a que le abra. “Si te doy la llave —le había dicho una vez— me convierto en prisionera y vos tendrías cara de marido. Qué triste. Mejor así, ¿no te parece? Esta es mi casa y te dejo entrar cuando quiero. Más romántico, querido”. Adonis sospecha que ella lo ha espiado muchas veces por la mirilla, muerta de risa, aguantándose para que él no la sintiera y pensara que no estaba, o que estaba acostada vaya uno a saber con quién. Y quizá fuera cierto.

Angélica no quería que él tuviera cara de marido y, sin embargo, para todo el mundo eran la pareja más feliz del planeta. ¿Quién no lo había visto volver a su casa, una casa de película, después de una jornada agotadora? El primero en salir a recibirlo era el perrito que retozaba sobre el césped. El dejaba el portafolios flamante junto al rosal en flor para jugar con el animalito. Se abría la puerta y sus dos hijos, Mary y Pepe, pecosos y saludables, corrían a abrazarlo. Por último salía la esposa, Angélica, que se le colgaba del cuello y, con las piernas en el aire, se dejaba llevar en giros vertiginosos al interior de la morada donde lo esperaban los colores maravillosos, de *ensueño*, de cortinas, alfombras y acolchados *Duquesa*. Los técnicos de la agencia trabajaron durante meses en la filmación de la escena hasta que se logró el efecto perseguido cuando Adonis adquirió el rostro y los ademanes del jefe de familia optimista y cariñoso, cuando los niños lo besaron como a su propio padre, cuando Angélica llegó a parecer una mujer fiel y maternal, cuando los reflejos condicionados del perro respondieron perfectamente. Una vez que el filme estuvo pronto para ser pasado en los cines y por televisión, Adonis, liberado ya del maldito traje a cuadros, del portafolios relleno con papeles inútiles, de la corbata floreada y del perro que empezaba a quererlo, soñó con la escena. Pero entonces el perro lo mordía y él entraba angustiado en una casa donde toda era gris y nadie lo esperaba.

Hizo sonar largamente el timbre por si acaso le *hembrita* estuviera durmiendo. Cuando se abrió la puerta, vio un rostro con ojeras pronunciadas y labios reseco, sin afeites. “Está dejando de parecer hermosa —se dijo—; el día menos pensado me propone matrimonio”.

La mujer estaba ligeramente indispuesta y un poco metafísica. Insistía en hablar de esta vida de mierda, de la finalidad incierta de nuestras acciones. Acostado a su lado, Adonis fumaba sin cesar. Sólo se había quitado el saco y los zapatos. Ella, desnuda bajo el edredón, recorría con el índice

el rostro de su amigo, jugaba con la corbata, soplabla el humo que ascendía lentamente o le mordía el bulbo de la oreja.

—¿Cuánto hace que nos conocemos, querido?

—Que no nos conocemos, querrás decir. Algunos meses, algunas semanas, siglos.

—Y todavía no hemos aprendido a soportarnos.

—Más bien diría que nos soportamos maravillosamente, lo que no aprendimos aún es a querernos. Pero te confieso que no tengo ganas de filosofar. Hay una verdad contra la cual se estrellan todas las cavilaciones. El Viejo se nos va.

—Hoy, más que nunca, necesito que me hagas mimitos. Desde que me desperté esta mañana ando con morriña. ¿Por qué esa cara tan larga?

—¿No entendés? El Viejo se nos va, nos amura.

—Pero a vos no te va a dejar así nomás, que te arregles como puedas.

—¿Por qué no? Está demasiado enredado y quiere salvar su pellejo. Los demás, que se jodan. Por ahora tiene padrinos que le sirven, gente importante que no está interesada en que las cosas se ventilen, pero ya todo el mundo habla de la famosa caja negra, de las maniobras con kits, de las transferencias ilegales de fondos, de las cuentas anónimas en bancos suizos, etcétera, etcétera. Es cierto que, hasta el momento, no pasan de ser rumores, pero algunos senadores están reuniendo antecedentes para lanzar la denuncia, pedir una investigación y darse lustre. El Viejo se tomará los vientos antes de que la bomba explote. Viaje de descanso, dice él; fuga definitiva, pienso yo. Otto Fugger lo invitó a pasar el verano en su casa de Niza, y después: crucero por el Mediterráneo, Creta, las islas del Egeo, más una temporadita en Patmos que está de moda entre los magnates (conciencia apocalíptica, se me ocurre). Ah, y olvidaba decirte que se terminó para nosotros el rebusque que teníamos en la agencia de publicidad. Stewart va a reducir el personal. Los tarambanas de siempre seguirán animando esos cortometrajes estúpidos. Lesbianas y maricas saltarán sobre la gramilla como monitos, se zambullirán en la piscina, pasearán en yate, para promover jabones, pantalones y cerveza. Nosotros dos estábamos en nuestro papel. Hombre y mujer. Matrimonio feliz. Pero Stewart asegura que la publicidad es más entradora si se muestra gente joven, adolescentes, casi niños. Me lo dijo mirándome con lástima, para que yo me diera cuenta de que para vos y para mí ya no hay lugar. El gringo ya no tiene compromisos con el Viejo porque ahora compró todas las acciones y quedó como amo absoluto. Pero qué me importa Stewart. Si vuelvo a la agencia es para escupirle la cara. Bueno, Angelita, hay que encontrar la fórmula para hacer pesos y sobrevivir. ¿Qué te parece si rajamos para Australia, el Senegal, la Cochinchina, conchaco-

china, chinachocona? No. Vos no te vas. No podés abandonar a tu madrina que a veces se pasa semanas esperándote en su piecita interior en el hogar de ancianos, sin dialogar con nadie. Y después que se muera tu madrina tampoco te querrás ir porque tu deber exige que le lleves flores al cementerio, todos los domingos y también la fecha de su cumpleaños y el día de los muertos. Y yo no me voy porque vos no te vas. Así es la historia. La vieja nos retiene. Pero la culpa no es de ella ni tuya. Porque después de todo nada me obliga a quedarme. Lo que me rompe es esta maldita monogamia. No te dejas, no porque te quiera tanto sino porque soy un monógamo perdido. Vos sabés que es así, que estoy prendido a tu cuerpieto como una planta parásita. Y mi monogamia no es más que pereza, pereza pura. No tengo ganas de empezar una nueva aventura que, a la larga, terminaría en lo mismo. Te estaba hablando del viejo. Y viene al caso señalar las ventajas de la monogamia, porque si él hubiese sido enteramente fiel a su mujer, si se hubiese contentando con desagotar el sexo, una vez a la semana, sobre ese cuerpo patricio, mezcla de mujer y árbol genealógico, que le dio una hija, o, a lo sumo, si sus relaciones extramatrimoniales no hubiesen ido más allá del alquiler, por un par de horas, de los servicios de una prostituta, como acostumbra a hacerlo, estoy seguro de que no hubiera ocurrido lo que fatalmente ocurrió. Pero ese metejeón con Verónica, el deseo obsesivo de acostarse con ella, de convertirla en su amante oficial, esa enfermedad senil que lo atacó hará cosa de un año, resultó ser la perdición de todos. Ella, inexpugnable ante los ataques del viejo se fue apoderando de todo, primero de sus sentimientos, después de los secretos financieros, y lo demás ya lo conocés. De modo que uno que es fanático de la monogamia, se tiene que embromar porque hay otro que considera que la monogamia compromete su prestigio.

La mano de Angela ha desabrochado la camisa de Adonis y se ocupa ahora de aflojarle el cinturón. Después lo acariciará lenta y suavemente, comenzando a la altura de las clavículas para avanzar, sin prisa, hacia la pelvis. La mano de la amiga sabe de las zonas sensibles, dónde es preciso aumentar la presión, dónde producir el leve dolor que abrirá, incontenibles, los cauces del deseo. Adonis continúa:

“Yo sabía que estaba decidido a irse, pero no quería amargarte con la noticia antes de tiempo. Es necesario que hagamos planes para sobrevivir al naufragio. Dependimos demasiado de Gomezaguirre como para restarle importancia. Si se marchara y se olvidara de nosotros; si se olvidara de mí, si me agradeciera los servicios prestados y chau... Pero debe estar preocupado porque sé muchas cosas. Más que su confidente fui su memoria. Todo lo que no debía estar escrito:

infancia. Recuerdos que afloraban de su memoria, no la mecánica y estéril —registro de números y nombres descarnados— ofrecida al público ávido de rarezas o a empresarios atormentados que ya no tenían más lugar donde guardar secretos, sino la modesta e íntima memoria de su tránsito por el mundo.

Detenida la mano, calmados los fuegos, el sueño pesaba sobre los párpados de Angélica sin acabar de vencerlos. Solía suceder así: el monólogo se volvía interminable sermón en idioma extraño, sermón indescifrable del cual sólo se sabía la tesis: la comunión es imposible. Entonces, ¿para qué esforzarse por entender nada? Además, el diálogo quedaba excluido de aquella peroración. Pero bastaba una palabra inquietante, un movimiento brusco, un lapso de silencio más prolongado que los otros, para que ella se despabilara y el discurso se tornara, poco a poco, inteligible.

Adonis repasaba ahora los años de la adolescencia. Hablaba de un curioso varón llamado Federico. ¿Quién era? Ah, sí, un tío. Y también padrino. Hombre afable y prolijo. Solterón. Notificador de juzgado puntual e insobornable. Pero en Carnaval, Federico se transformaba, o, por mejor decir, revelaba su verdadera personalidad.

Gustaba disfrazarse de pierrot, torero, sultán o emperador romano, sin descuidar detalle que pudiera deslumbrar a las vecinas, y su mayor gloria era la de dirigir personalmente la construcción del tablado del barrio.

A fin de año comenzaban a recaudarse los fondos entre el vecindario. Se rifaban canastas de Navidad, enormes canastas con botellas de espumantes, turrone de Alicante, panes dulces cargados de pasas y piñones, frutas abrigadas, latas de mariscos, confituras. Adornadas con celofán de colores y lazos de seda, se exhibían en el almacén, en la vitrina de las golosinas, reinaban en medio de barricas de yerba mate, entre bacalaos de Noruega, jamones curados y ollas esmaltadas que colgaban de los tirantes. Era el tiempo de la abundancia. (¿Se acordaba Angelita?). Rápidamente se agotaban los números de las rifas. También se hacían colectas a voluntad. Todo el mundo contribuía para levantar el tablado, así como en otros tiempos el esfuerzo colectivo levantaba catedrales. (¿Te imaginás a los picapedreros, carpinteros, albañiles, pintores, herreros, orfebres, trabajando siglos para erigir un tinglado de piedra, con escalinata y muñecos de piedra, para que durara para siempre o, por lo menos, hasta el día del Juicio Final, acontecimiento que podía producirse en cualquier momento?). Era cuestión de fe, naturalmente. En el barrio también lo era; todos tenían fe en que el suyo era el mejor tablado de Montevideo, del mismo modo que el *judas* que habían quemado en la Nochebuena era el mejor de los judas, con más cohetes, bengalas y buscapiés en sus entrañas de paja y estopa, que

cualquier otro. Nadie dudaba que cuando llegaran los señores de la Comisión Municipal de Fiestas se quedarían embozados al ver, por ejemplo, la escena playera en que una gorda se desnudaba dentro de la carpa —una carpa de verdad—; sólo se veían los brazos rollizos que arrojaban afuera la malla de baño, y unos pies enormes que asomaban por debajo de la lona. Sobre la arena se arrastraba un vejete de nariz amoratada y ojos desorbitados que espiala a la gorda por una rendija, mientras un marinero musculoso y airado estaba a punto de ensartarlo en un remo. Los muñecos de los tablados eran enormes. La altura de los que estaban de pie sobrepasaba fácilmente el pretil de las azoteas vecinas y las copas de los plátanos. De papel de diario y armazón de tejido de alambre, estaban pintados con colores brillantes y chillones. Cuando las contribuciones eran generosas, se fabricaban también figuras móviles y prodigiosos juegos de luces. Los muñecos sufrían el rigor de la intemperie, se cuarteaban con el calor intenso del verano, se ablandaban con las lluvias, los lastimaba el granizo, si no las piedras lanzadas a la hora de la siesta, cuando la calle estaba desierta, por botijas de otros barrios; no pocas veces fueron pasto de las llamas. Si el desastre ocurría al principio, antes del concurso, el trabajo solidario, que en otros tiempos levantó catedrales, se ponía en movimiento y los monigotes recuperaban sus sonrisas, sus narices grotescas, sus bigotes tiesos, sus coronas (si se trataba del rey Momo, el rey de las barajas o el dios Neptuno); se cambiaban las destrozadas lamparitas de colores, se retocaban las alegorías pintadas a la cal sobre las arpilleras que colgaban a los lados del tablado para disimular los bidones vacíos sobre los que se apoyaba el escenario (y allí abajo, en laberinto de penumbras, los niños jugaban con las niñas a las escondidas, o vivían emociones precoces).

Ahora que Adonis evoca los tablados, Angelita recuerda que a ella, cuando era muy pequeñita, también la disfrazaban; y lo que más le gustaba era que le pintaran los labios y los ojos, le empolvaban el rostro, y le estampaban un lunar en la mejilla. Pero al muchacho memorista que recitaba columnas enteras de las páginas de la Guía del Siglo sin cometer un solo error, no lo recordaba.

“Yo sí me acuerdo de vos —dice Adonis en broma—; estabas disfrazada de *dama antigua*; madame de Pompadour en miniatura, sentadita en un balcón, al lado de tu tía, chupabas un caramelo de menta y agitabas un abaniquito japonés”.

(Angélica se ha despabilado por completo).

Cuando los monigotes se descascaraban, cuando caían las narices, los anteojos de alambre, las manos, las orejas, sin que nadie se molestara en restaurarlos, eso quería decir que

marzo ya había entrado, el verano tocaba a su fin y comenzaban las clases. Pero antes de que desarmaran el tablado, Adonis, que pasaba el verano con el tío Federico, volvía a su casa con el corazón alegre.

—Una tarde, mamá y Federico discutieron acerca de mi futuro. Creían que yo dormía la siesta, pero los estaba espionando por una ventanita. Ella regaba las plantas del patio, mientras él bebía lentamente un gran vaso de sangría. Como padrino de bautismo, insistía en cumplir con su obligación de guiarme por el laberinto del mundo, sobre todo porque papá, hombre abúlico, sólo se interesaba de veras por el ajedrez y la filatelia; la familia no era más que una prolongación de su sistema neuro-vegetativo. “Bueno —dijo Federico al final—, hay que tomar una determinación. El muchacho está en edad peligrosa y no podemos dejarlo librado a sus propias fuerzas. Tiene una memoria privilegiada (no pienses que es un fenómeno, pues la historia registra casos mucho más notables, y yo conocí a más de uno con semejantes dotes), pero si no administra debidamente su energía mental se puede volver loco o, en el mejor de los casos, quedar idiota. ¿Entendés? Loco o idiota. Es hora de que empiece a conocer la vida. Tiene que compensar su actividad intelectual con experiencias concretas, si no querés que se eche a perder o se anule por completo. Dejalo por mi cuenta.” Mamá no agregó nada más, como si, desde el momento en que alguien asumía la responsabilidad de hacerme hombre, no le importase mi suerte. Hablaba con las plantas y su rostro muy triste sólo se iluminaba cuando descubría una nueva flor, o cuando el colibrí revoloteaba entre las madre selvas. Y desde aquel día memorable quedé a merced de la experimentación pedagógica del tío Federico. Lo de la *edad peligrosa* me impresionó vivamente; sentí un escalofrío; una sensación nueva recorrió todo mi cuerpo y se concentró dolorosamente en la punta del pene. Algo grande se avecinaba.

Angélica le hubiera dicho: *...y después de todo, a mí qué me importa tu pasado, que hayas tenido un papá filatélico, una mamá fitoyoqués cuánto y un padrino solterón (y, en el mejor de los casos, putañero). Pero luego pensó: bueno, hay que resignarse. Cuando uno acepta a una persona debe aceptarla con todo lo que tiene adentro, no sólo la fachada, la marca de perfume y los ademanes imitados a algún actor de cine; no, también lo otro, lo que verdaderamente pesa en la vida cotidiana: las vísceras con sus dolencias, los sudores, el aliento, los traumas, las pesadillas, todo, hasta la manera particular de sacarse los zapatos. Sin hablar del estilo para hacer el amor, porque en todo hombre hay un degeneradito.*

—Me sentía como un bañista —cuenta Adonis— que en una playa inmensa y desierta juega despreocupado con la es-

puma, hasta advertir que una ola gigantesca, se aproxima, inexorable. Es inútil la huida, porque la ola lo alcanzará de cualquier modo. Y como no es capaz de quedarse inmóvil y esperar, con paciencia oriental, ser devorado por la ola, corre desesperadamente a su encuentro.

Año tras año fui a pasar los veranos a lo de mi padrino. Con él bebí mis primeras cañas y empecé a frecuentar los quilombos. Me enseñó a tratar a las muchachas, cómo tenía que acariciarlas y besarlas, qué debía decirles, cómo había que hacer para zafarse a tiempo. En Carnaval las circunstancias eran propicias. ¿Te acordás de los *asaltos*, cuando la mascarada invadía las casas del vecindario y se armaba bailongo hasta la madrugada? ¡Qué tiempos!

—¿Sentís nostalgia? Señal que envejecés.

—No sé si se trata de nostalgia, o de una manía de relojero empecinado en montar todas las piezas, aun las prescindibles; aunque creo que ninguna pieza es prescindible. De pronto son cosas nimias las que accionan los resortes de tu vida. Cosas chiquititas que se disfrazan de obsesiones gigantes. Es casi imposible dar con ellas.

—¿Para qué, me querés decir?

—Será por el antojo de ser uno mismo, despojado de todo lo que está de más, de lo que te fueron agregando, las partes postizas de tu persona.

—Pero esas partes postizas, querido mío, son, a la larga, tu misma persona, aunque te repugne. Si te pasás la vida rastreando el ayer, quedás descolocado. Hay que vivir siempre a partir de ahora, no hay otro remedio. Lo que sucede es que sos un idealista de mierda que cree en la existencia de un yo esencial, ese pedacito de Dios que te tocó en el reparo y que hay que recuperar cueste lo que cueste. ¡Menuda tarea! Mirá, lo único positivo de estas digresiones filosóficas es que nos agotan y nos dejan más “out side” que al principio, por lo cual terminamos bebiendo copas o haciéndonos el amor: una forma de encontrarse los desencontrados. ¿Así que no te sentís realizado?

—Hay algo que nunca te dije, quizás por vergüenza. Ya sé que vas a largar la carcajada: hace mucho tiempo que sueño con escribir; no pretendo ser escritor con mayúscula. No. Sólo escribir. Aunque no logre nada. Creo que haciendo eso me sentiría más cómodo. Es una necesidad de descargar, ¿entendés?

—Por suerte se te despertó una vocación económica. Lo arreglás con un cuaderno de cien hojas y un lápiz. Si la cosa marcha, podés ir pensando en la máquina de escribir.

—Sos una cínica.

—¿Por qué?, ¿porque digo lo que pienso, sin rodeos? Podría adoptar la actitud de la mujer protectora que se sacri-

fica por el genio y le sirve café a lo largo de la noche mientras él espera el momento mágico en que dará a luz ideas asombrosas. Pero sería hipócrita. No creo que puedas escribir una carilla. Entendeme bien: no digo que no seas capaz, pero sos demasiado perezoso, como yo. Un perfecto boludo. Es mejor no esperar milagros en esta vida, aunque sólo sea para evitar nuevas amarguras. Bueno, eso es lo que pienso; a lo mejor me equivoco. ¿Por qué ponés esa cara? Ah, los hombres son una especie curiosa. Si consiguen que la mujer desnude su cuerpo se comportan como un deportista victorioso, es decir, se vuelven insoportables, pero cuidado si ella va más lejos y también se desnuda el alma. Entonces los invade una especie de terror sagrado. Por eso, en el juego de la verdad los hombres siempre pierden. Así fue como fracasó mi matrimonio. Nos llevábamos regio, hasta que a él se le ocurrió empezar la investigación. Como yo no sé mentir, se lo conté todo, comenzando por los episodios más recientes. Si resiste la prueba, me dije, ningún poder de este mundo ni del otro nos podrá separar. Le conté la historia con mis dos amantes anteriores a él. Normal. Le conmovió mi sinceridad y me besó hasta el cansancio. Pero quiso saber más. Recorrí el camino que se volvía más sombrío a medida que me acercaba a los orígenes. Le advertí que era mejor ignorar el primer capítulo. Insistió. Entonces le confesé los pormenores de mis primeras experiencias cuando fui violada por el dependiente de la farmacia. Yo era una adolescente desgarbada. Apenas me apuntaban los pechitos. Lo que sucedió aquel día y los siguientes fue impresionante. Y lo que más revolvió la sensibilidad de mi marido fue el saber que a mí empezó por gustarme todo lo que me hacía el dependiente y todo lo que exigía que yo hiciera. Fue peor que contarle una historia de incesto. Se amargó para siempre y se convirtió en misógino. El juego de la verdad es el más peligroso de los juegos. Se lo advertí, pero él quería saber. Si te parece, algún día que te sientas preparado, te relato la historia. Tendrás un tema bastante pervertido para tus primeros fuegos como escritor, aunque dudo que nadie esté dispuesto a editarte. Los hombres pretenden que una sea la madrecita comprensiva y santa dispuesta a contemplar todos sus caprichos. Si la amante o la esposa no es de algún modo la suplente de mamá, la relación está destinada al fracaso. Y si lo es, no podrás negar que se trata de una soberana porquería. De modo que no esperes de mí el divino aliento. ¿Qué vas a escribir? ¿Poesía?

—Narrativa, creo. Los poetas de verdad no son escritores, son poetas. ¿Entendés?

—No.

—Cuando quieras te lo explico.

—¿Y hace mucho que descubriste tu vocación?

—Hace bastante..., pero vos tenés razón cuando decís que soy un boludo. Ya tendría que haber empezado para saber si puedo o no. ¿No conociste a Goroztiaga?

—De nombre.

—El me decía siempre: tenés que escribir.

—Así que esa parte postiza te la injertó Goroztiaga. Tardó años en prender. Es una lástima, porque gracias a tu memoria fuera de serie tendrías un repertorio fabuloso.

—No creas. En mi caso es una desventaja porque es una memoria mecánica, sin encanto. Puedo retener con exactitud infinidad de datos que no tienen importancia para mí. Pero me agoto si quiero memorizar el texto de un cuento o el guión de una película de Renoir, por ejemplo. ¿Te gusta Renoir? Ha llegado el momento de mandar todo al diablo y vivir mi propia vida, proponerme un itinerario y seguirlo a toda costa. La otra posibilidad es el suicidio, en lo cual no puedo pensar seriamente.

—Es mejor que reserves la bala para liquidar a Gómez-aguirre. ¿No te parece una excelente solución? Te liberás de él, y disponés de todo tu tiempo de presidiario para escribir y escribir. Porque empezar a escribir a tu edad es bastante ingrato si es que pretendés que te lean algún día. Es más difícil salir del anonimato que de la cárcel. Pero los lectores son condescendientes con los criminales-escriitores (que no es lo mismo que escritores-criminales), aunque escriban mal —siempre habrá un guardián escrupuloso o un abogadito dispuesto a corregir los manuscritos—; y el atractivo aumenta en proporción directa con la magnitud del crimen. Primero te das a conocer por una acción espectacular, un crimen ejecutado con maestría. Si te parece que matar a Gómez-aguirre no te dará bastante lustre, podés elegir a otro. Fugger, por ejemplo, conocido en todo el mundo. Y luego, a escribir una novela de gran aliento. El crimen ha generado más literatura que el amor o los viajes. Por mi parte, prometo visitarte todas las semanas, y además serte fiel y esperarte para irnos a vivir a Mallorca cuando te dejen libre. Es la única solución por el momento, siempre que insistas en ser escritor.

—Con razón decía Goroztiaga que el sexo del diablo es femenino, y que era más diabólica Margarita que Mefistófeles. Nadie que mire tu perfil de ángel, tus manos de arpista y tus pies chiquitos, creería que sos capaz de elucubrar semejantes ideas. Apuesto a que fuiste vos la que corrompió al pobre dependiente de la farmacia. El te desfloró, pero vos lo corrompiste. ¿No es cierto?

Angélica se le echó encima, y abrazándole el cuello le dijo al oído:

—Ahora que me descubriste, pienso seguir hasta el final, hasta corromperte a vos también. Pero no tengas miedo, que

voy a ayudarte a rescatar tu imagen de modo que seas admirado por el mundo entero. El lunes a las cuatro de la tarde asesinarás a Gomezaguirre. Nada de esperar la noche como un asesino vulgar. Exijo que sea a las cuatro en punto y en una habitación muy iluminada sin más mobiliario que una silla, porque eso sí, pienso estar presente para ver al viejo cuando caiga apretándose la barriga con las dos manos, mientras se le escurren hilillos de sangre por entre los dedos. Un balazo único, certero, definitivo. Nada de ensañamiento. Si te decidís por liquidar a Fugger, sin duda conseguirás más renombre, pero ése es un trabajo delicado, porque, como vos decís, siempre está rodeado de capangas. Conformate con el Viejo. Yo me encargo de lo demás. En un par de semanas te convierto en héroe, porque de algo tiene que servir trabajar en publicidad. Adonis, el justiciero, el vengador. Y vos, en la cárcel, escribirás, escribirás, escribirás, llenarás cuadernos con los datos precisos y acusadores que almacenás en la memoria. ¿No te parece un proyecto fabuloso? Si se te ocurre algo mejor para salir de esta nada en que estamos metidos, decímelo mañana, porque ahora tengo ganas de caricias.

Agotados los goces, Angélica dormía con una mejilla apoyada sobre las manos cruzadas. Adonis se deleitaba aún en la contemplación de sus formas; las piernas torneadas y finas, los glúteos perfectos, la cintura y las espaldas como las de una adolescente; no era la misma mujer de rostro abatido que le abriera la puerta a su llegada. Parecía mucho más joven, más cerca del tiempo mítico en que fuera violada por el dependiente de la farmacia, aunque Adonis estaba seguro que la experiencia no había sido tan escabrosa como ella sugería. No iba a cometer la tontería del pobre marido que indagó hasta el vértigo; pues si escuchaba impasible el relato, como si se tratara de lo más natural, ella inventaría, sin duda, escenas de lesbianismo, masoquismo y cuanta perversión se le ocurriera. Era capaz de degradar al máximo su propia imagen con tal de escandalizar a los otros.

Adonis podía convivir con ella, porque ninguno de los dos pretendía que el otro fuera distinto de lo que era. Nunca podía determinar con exactitud cuándo ella hablaba en serio y cuándo en broma; no sabía si estaba más o menos convencida de la necesidad de matar a Gomezaguirre, o si sólo lo decía para provocarlo y burlarse de sus vacilaciones y escrúpulos. Cuando creía haberla atrapado, se esfumaba y aparecía inmediatamente bajo otra figura: la mujer niña, la niña demonio, se transformaba en la hembra desencantada, otoñal, ahíta de goces. ¿Cuál era la verdadera Angélica? Todas y ninguna. Como Urganda la Desconocida, aquel personaje de novelas de caballerías que Goroztiaga, después de las clases del Nocturno,

en las ruedas en el "Gran Sportman", evocaba siempre que se hablaba de mujeres. Y recordó las palabras de Urganda en el Amadis que Goroztiaga, entre alcohólico y metafísico, recitaba invariablemente: "Mi nombre es Urganda la Desconocida. Ahora mirame bien y conóceme si pudieres. ¿Parécete que me hallarás aunque me buscares? Pues yo te digo que no tomes por ello afán, que si todos los del mundo me demandaren, no me hallarían si yo no quisiese". Hurgando lo desconocido (Goroztiaga sabía deslumbrar a sus alumnos con juegos de palabras). Sus conceptos se tornaban más sutiles a medida que vaciaba las innumerables copas de grapa que Julio, el mozo, iba reemplazando sin esperar a que se lo solicitase. Y el tema era largamente discutido, con profusión de citas de poetas y filósofos, hasta que la imagen de la mujer se desintegraba en pluralidad de imágenes y metáforas, con lo cual quedaba demostrado que la cambiante figura de Urganda era su única representación posible. Sin embargo esto parecía no tener nada que ver con la muchachita sensitiva, de cabellos muy largos y negros, y mirada espléndida, sentada en el último rincón, cerca de las letrinas, frente al muchacho que le acariciaba delicadamente las manos, ni con la gorda solitaria que instalada noche a noche junto a la misma ventana miraba siempre hacia afuera, con una expresión de tedio infinito, como si en lugar de la calle, los árboles y el bar de enfrente se extendiera la desolación de un paisaje lunar, ni con las prostitutas que entraban a cada rato a hablar por teléfono. Esa realidad inmediata, esos acontecimientos mínimos y repetidos, quedaban al margen de las meditaciones de Goroztiaga. La muchachita enamorada que conversaba con su novio cerca de las puertas de vaivén con sendos cartelitos que indicaban por dónde debían entrar *ellas* y *ellos*, la gorda aburrida, las putas acosadas por renovadas urgencias, no estaban comprendidas en ninguna de las posibles transformaciones de Urganda, pues si alguno de los de la rueda aventuraba alguna observación al respecto, el profesor paseaba una mirada inexpresiva por el recinto, como si allí no hubiera más que sillas vacías, para volver a enfrascarse de inmediato en el tema de su disertación: "La eterna desconocida" o "La ouedad carnívora".

Mientras Adonis lo oía hablar sobre esto, o sobre la épica griega tardía, no podía dejar de observar de vez en cuando a la gorda que miraba por la ventana, como resignada a una eterna espera, todas las noches en el mismo sitio —la encontraba allí cuando llegaban, allí se quedaba cuando se iban—; ella miraba la calle sin verla, con su pocillo de café a medio tomar (junto a su mano parecía más pequeño que los demás pocillos), y apagaba las colillas en el café frío, y a veces, distraída, revolvía el brebaje con la cucharita, como si tuviese la intención de bebérselo de un trago. Descubrió cierta belle-

za en su rostro, en su cabello suelto que lucía como en una foto de primera comunión, y pensó que hasta la curvatura nítida de la papada y el cuello muy terso podían rescatarse. Hacía abajo las formas se volvían excesivas; las nalgas desbordaban el asiento, pero las piernas, de robustez hiperbólica, terminaban en unos pies pequeños, cruzados tímidamente bajo la silla. Y mientras Goroztiaga hablaba sin permitirse otra pausa que la de los sorbos regulares y breves, en el alma de Adonis se generó un extraño apetito, mezcla de piedad, curiosidad y automortificación. Recordó la noche en que el profesor impresionó a sus contertulios con una variante del Quijote. Alonso Quijano era el marido de la bellísima señora Dulcinea, de mirar honesto y pudor inquebrantable que invocaba a los santos toda vez que nuestro caballero la poseía, sin que éste lograra quedar del todo satisfecho. Una calurosa mañana del mes de julio, el hidalgo, que pasaba las noches en vela, obsesionado por sueños eróticos cuya realización le estaba vedada en su propia alcoba, espectral y soñoliento abandonó el castillo y cabalgó en pos de las Aldonzas y las Maritornes. Goroztiaga narró la interminable historia erótica de Don Quijote que por motivos de honor cambia su nombre por el de Alonso Quijano. Aunque enamorado de su esposa angelical, no puede resistir a esos demonios, a los súcubos enardecidos que lo visitan durante sus largas horas de vigilia bajo la apariencia de mozas cuyas carnes duras saben a humus y a rastrojo, y cuyos cabellos están impregnados de olores a frituras. Goroztiaga afirmaba que los espíritus deilicados suelen sentir una irreprimible y rara vez confesada atracción por lo vulgar y lo feo y hasta por lo grotesco y lo monstruoso, por lo que era perfectamente imaginable un Don Quijote a la inversa; desde *Dulcinea* en vez de: *hacia Dulcinea*. ¿Acaso no hubo grandes enamorados —Lope y Goethe, por ejemplo— que, sin necesidad aparente, fueron amantes y aún maridos de mujeres feas y vulgares? El profesor exponía sus tesis con un entusiasmo que decrecía a medida que el tema se agotaba. Cuando concluía, su rostro mostraba una expresión de profundo desencanto, y a veces decía: “Andá a saber cómo son las cosas, Uno siempre vive despistado, porque el espejo de la literatura jamás es plano. Es cóncavo o convexo”.

Allí estaba la gorda con la mirada perdida en el paisaje lunar. Adonis hizo un supremo esfuerzo de voluntad para borrarla de la mente porque su presencia insoslayable comenzaba a alterar el equilibrio como si lo succionara cada vez con más fuerza. No demoró en ceder al impulso de acercársele para romper de una vez por todas el hechizo. Cuando Goroztiaga y los otros se levantaron, él se quedó en el “Gran Sportman”, pidió otro *expres* y se puso a contem-

plar a la mujer más solitaria del planeta, tratando de resolver el enigma de aquella atracción poderosa. Pronto se dio cuenta de que la miraban con insistencia. Se volvió hacia él, y éste le guiñó un ojo. Le contestó con un gesto de desprecio. El “Gran Sportman” estaba casi desierto: sólo él, la gorda y Julio que, acodado en el mostrador, charlaba con el gallego oculto por la nube de vapor que salía de la máquina del *expres*. Se acercó a la mujer y sin pedirle permiso se sentó frente a ella. La gorda fingió asombro, pero no tardó en aceptar su presencia. Hablaron largamente de bueyes perdidos hasta que en el café empezaron a bajar las cortinas, a colocar las sillas sobre las mesas y a lavar los pisos con abundante agua jabonosa, a partir de las letrinas.

La acompañó hasta su casa. Vivía cerca, en una casita construida en los años diez, con balconcitos de mármol. Una chapa esmaltada indicaba que Marina era profesora de solfeo y piano. Se siguieron viendo, pero en el salón familiar del “Facal” frente a la Plaza de los Bomberos. Una semana después logró convencerla de que debían pasar un rato agradable en la amueblada de la calle Guayabos. Experiencia penosa. Durante el interminable acto único, Marina, casi inmóvil y con los ojos entornados, emitía quejidos rítmicos. El se sentía como prendido a una red llena de peces fríos. Se preguntó qué lo había llevado hasta aquella mujer que no sabía de estremecimientos, y que había cedido tan fácilmente a sus proposiciones. Tal vez porque su piel necesitaba un poco de calor humano. En aquella casa con balconcitos de mármol, donde las niñas del barrio aprendían a aborrecer la música, ella convivía con gente desgraciada que no se decidía a morir; un viejo hemipléjico y tías aquejadas por dolencias incurables, más un perro ciego echado en la cocina. El se sintió incapaz de reprocharle su desconocimiento absoluto de las artes amatorias, ni siquiera usando la ironía más refinada. “Me hiciste feliz” —le mintió, mientras ella se vestía frente a una lámina turística con un paisaje de los Alpes.

Y ahora el recuerdo de la gorda volvía de las llanuras grises, como la figura más despiadada de la Desconocida, mientras los ojos somnolientos de Adonis gozaban aún la provocativa lasitud de Angélica.

## DOMINGO

Bastaba con echar un vistazo al cielo para saber que era domingo. Esa luz no podía ser otra que la de un domingo soleado. Se sintió feliz cuando abrió la ventana y llenó sus

pulmones de aire limpio. Saldrían a disfrutar de esa luz que irradiaba su mayor esplendor entre las diez de la mañana y las cinco de la tarde. Después de esa hora uno empezaba a ponerse melancólico porque sentía que se deslizaba hacia la abominable longevidad de los lunes. Y ese lunes tenía que matar a Gomezaguirre. Se rió de la broma de Angélica. Pero, ¿lo diría en broma? De cualquier modo era preciso tomar ciertas precauciones para no verse enredado en los escándalos que se avecinaban. Algo le decía —la luz dominical estimulaba su optimismo— que el Viejo no iba a ser tan hijo de puta que los dejara desamparados. Después de todo, lo había tratado con cierto afecto y no recordaba que hubiera sido desleal en algún momento con sus colaboradores más cercanos. ¿Por qué habría de serlo con él? Claro que *sabía demasiado* y para Gomezaguirre era más importante la seguridad personal que el sentido de las *relaciones humanas*, concepto éste, vago y relativo. Pero era mejor dejar la cuestión para más tarde, y no desperdiciar la alegría de ese sol que iluminaba el lado bueno de la gente. Angélica dormía exhibiendo su desnudez, con la cabeza bajo la almohada. Antes de despertarla, Adonis se dirigió a la cocina para preparar el café. Mientras el agua se calentaba, se asomó al ventanal para contemplar los veleros lejanos que se deslizaban sobre el río-como-mar. Siempre quiso tener uno para dejarse llevar por el viento hasta playas remotas donde lo esperaban muchachas morenas tendidas sobre las arenas tibias. Si tuviera que representar la felicidad gráficamente, Adonis se hubiera contentado con trazar una línea horizontal. Mientras llenaba el filtro con café se le ocurrió que podría escribir largos ensayos sobre estos temas: “Teoría de la luz dominical” y “La horizontalidad de la dicha”. Para crear no necesitaba hundirse en la promiscuidad de una cárcel, pues nada le aseguraba que fuera capaz de hacer algo en tales condiciones. Mejor era empezar de a poco, imponerse una disciplina, trabajar diariamente durante un par de horas, pulir el estilo, un estilo *entrador*, entablar relaciones con gente de letras y posibles editores. Aunque Goroztiaga estaría ya muy viejo y completamente desilusionado, lo ayudaría, sin duda, a vincularse. No ignoraba que los que se impacientan por darse a conocer no hacen más que despertar la desconfianza o la ira de los que ocupan puestos claves, y el desprecio de los monstruos sagrados. Goroztiaga lo había prevenido: *el escritor primerizo tiene que trabajar como un zapador porque no debe presentarse, sino sorprender*. Ahora que traía esto a las mientes se daba perfecta cuenta de que la proposición de Angélica no era tan disparatada. Su amiga era asombrosamente intuitiva, pues al fin de cuentas, el presidiario que escribe lo hace porque no puede cavar un túnel, es decir, como

compensación. El escritor-zapador suele llegar a los lectores por caminos subterráneos, sin necesidad de pasar por las aduanas del mundillo literario. Pero antes que nada Adonis tenía que aclarar las ideas para adaptarse a la nueva realidad, y eso llevaría su tiempo. Sus ahorros le permitirían vivir sin mayores problemas durante algunos meses, y estimándolos un poco, tal vez un año. Abrigaba la esperanza de que Gomezaguirre le pagase una indemnización antes de partir. No tendría necesidad, por ahora, de vender el viejo Oldsmobile, lo cual lo reconfortaba porque no era imaginable ser al mismo tiempo peatón y amante de Angélica, que no sabía moverse si no era sobre ruedas. El decía: “A mí me alcanza con que me hayan llevado al principio en cochecito y al final me transporten en carroza, no veo por qué uno tiene que rodar también en el intervalo”. Adonis vertió el café en las tazas y miró una vez más los veleros que ya trasponían la línea del horizonte. El sol encendía los azulejos en las torres de la catedral.

Cuando se volvió, la encontró a Angélica apoyada contra el marco de la puerta. Se había levantado en silencio y hacía rato que lo observaba. “Elementos de parapsicología: Primero: le clavás al tipo la mirada en la nuca, te concentrás; y se abre una ventanita por la que se ve todo lo que piensa”. Ella no contestó. Entornó los ojos y aspiró profundamente el aroma del café.

Lo bebieron sentados sobre la alfombra escarlata de la salita. Hubo un largo silencio, como si ambos temieran hablar porque la conversación iría a desembocar irremediadamente en la decisión de Gomezaguirre de tomarse los vientos. Angélica se puso a hojear una revista y Adonis se sumergió en una reproducción de Corot que colgaba sobre la mesita Luis XVI. Un camino solitario entre árboles añosos, al atardecer. Paisaje sin gente, si aquella manchita, allá en el fondo, no era una figurita humana; no, no era, más bien parecía un caballo viejo que perseguía los últimos colores del día.

Y si yo también me fuera, si le dijese hasta mañana, querida, y ese mañana significase jamás. No le doldría demasiado. Nunca nos juramos amor eterno, ni nos dijimos un trivial te quiero. Nuestros cuerpos se entienden sin necesidad de palabras; no es precisamente amor, son ganas. Y esperar a que se desvanezcan las ganas, seguir juntos por costumbre, sería tristísimo. Sería tristísimo vernos envejecer. Por eso es mejor desaparecer, borrarse del mapa. Ella me esperará unos días, unas semanas, un mes, pero no más. Primero se ofenderá, pero en seguida empezará a olvidarme. De vez en cuando apareceré como un recuerdo, más y más borroso. Hay calles, esquinas, plazas, cafés, nombres, números, que le dirán algo

de Adonis. Menos frecuentes con el pasar de los días. Cuando esté en brazos de otro que la posea con ritmo diferente al mío, un amante muy joven (porque ya está en tiempo de seducir adolescentes, casi niños), me escaparé de su memoria. Es preciso que me olvide, que Gomezaguirre me olvide, que me olviden todos, para nacer en otra parte con otro nombre. Ya que no puedo olvidar, puedo aspirar, sí, a que me olviden. Un día Adonis desaparece, lo buscan por todas partes, no lo encuentran y finalmente lo olvidan. Otra solución sería encontrar un sosías. Pero hoy vamos a tomar sol, a embriagarnos de luz, prendidos a este rincón del planeta que amamos y aborrecemos a la vez como la loca que quiere al rufián que le amarga la vida. Y el lunes, después de mediodía, te dedicaré a buscar la salida del laberinto. A no desesperar, que será más fácil de lo que suponés mandar todo a la mierda o, para ser más exactos, mandar la mierda a todo. El día será espléndido, Angélica. ¿Me oís? Te digo que el día está espléndido y es una lástima desaprovecharlo. Vamos a donde vos quieras. ¿Te gustaría la costa? Pero lejos de la ciudad. ¿Qué te parece Atlántida? Tomamos sol entre los médanos, dormimos la siesta bajo los pinos. Si no querés ir lejos, te sugiero el Club de Golf. Los domingos está habilitado para el público en general, y que yo sepa todavía pertenecemos a esa categoría. Stewart —cuando nuestras relaciones eran buenas— quería hacerme socio del Golf. Una manera segura de adquirir "status" y vinculaciones sólidas. El sufría como loco en las reuniones semanales filantrópico-gastronómicas porque consideraba que estaban atestadas de pequeños burgueses cursis y arribistas. El golf es el golf. Atmósfera británica, sobria y distinguida. Claro que no logró convencerme del atractivo de caminar como un idiota tras una pelotita diminuta en compañía de un esclavo que carga con los palos. Para eso hay que nacer, ¿no te parece, Angélica? Una vez que fuimos a los "links" vos me dijiste: me gustan los ricos porque son higiénicos, simétricos y deportivos. ¿Vamos al golf? Llevamos whisky y empanadas y nos quedamos hasta el atardecer para ver la puesta de sol en el mar.

—¿Por qué proponés paseos románticos? Hoy tengo ganas de mezclarme con la mersa, de comer pizza, dar una vuelta en calesita y pasear después en bote por el lago. No lo digo por contradecirte, como vos pensás. Es una necesidad orgánica. ¿Acaso no tendremos que volver al seno del público en general ahora que el Viejo se nos pianta? Se acabaron los copetines en el Plaza y las cenas de los sábados. Pero no pongas cara de velorio, que debe de tener su encanto eso de retornar a los orígenes. Con una mujer decentita hubieras podido amorrallar guita, comprar acciones y asegurarte una vejez feliz, pero me elegiste a mí. Pobrecito.

Se levantó. Sus pies —los más hermosos que hubiera visto Adonis en su vida— se movían perezosamente sobre la alfombra escarlata. Estiró los brazos, bostezó largamente y luego añadió:

—Bueno, decidís vos. Llévame a donde quieras.

Mientras las campanas llamaban a misa de once, el viejo Oldsmobile se internaba en la Ciudad Vieja.

Sé que a Angélica la deprime, pero a mí me gusta la Ciudad Vieja los domingos de mañana, sin tránsito, casi sin gente. Con las fachadas mugrientas, los revoques carcomidos, los hierros oxidados, puertas y ventanas desproporcionadas (demasiado grandes o demasiado pequeñas), muros agrietados donde crecen plantitas raquílicas, no se puede negar que tiene su encanto. Hay que saber descubrirlo. Por ejemplo, aquella Gorgona que se asoma entre las molduras de un balcón, y que se sabe que es una Gorgona por su cabellera de serpientes, pues su cara es la de una niña azorada, mañana no estará allí. Nunca la verás de lunes a viernes; tampoco al Hércules que sostiene una cornisa, ni a esos querubines que transportan al cielo el medallón ovalado con el nombre de un constructor italiano. Existe una mitología, una flora y una fauna que durante la semana permanecen ocultas dentro de las paredes, para surgir el sábado después del mediodía. Salen a respirar.

Nunca verás a nadie asomarse a estos balcones donde se acumula el estiércol de las palomas, el hollín, el polvo, los papeles inútiles que los empleados arrojan por las ventanas, porque casi todas esas casas enormes construídas para familias numerosas y opulentas de comerciantes y doctores, son ahora oficinas de oficinas, dependencias de ministerios, juzgados, archivos, estudios jurídicos; y otras, pensiones de mala muerte. Nunca verás a nadie en los balcones, a no ser aquel niño que intenta en vano remontar una cometita hecha con una hoja de revista, en uno de esos caserones ruinosos, abandonados hace tiempo, invadidos después por gente muy pobre.

—Nadie cree en los balcones, —dice Adonis.

—Otra vez jugando a desconcertarme.

—Repito: nadie cree en los balcones, tampoco en aquella vestal de cemento que está a punto de arrojar del pretil. Decime, ¿la habías visto antes?

—No.

—Porque acaba de aparecer.

—Estás completamente chiflado.

—Ya sé que la Ciudad Vieja te disgusta, que quisieras verla renovada, con rascacielos de cristal, muy iluminados, y con gente limpia y automóviles relucientes. Pero yo la quiero así, porque soy un enamorado de la decadencia. Es una lástima.

tima que nadie se detenga a admirar la obra de los frentistas, aquellos escultores fracasados que le vendían a la gente la ilusión de vivir dentro de una obra de arte y que se sentían cerca de la inmortalidad cuando alguien les encargaba la terminación de un panteón. Mirá qué linda aquella sirenita. Por ahora se salva de la piqueta en esa casa a medio demoler. Es como si el obrero encargado de deshacerla se hubiera enamorado de ella. ¿Sabés?, cuando voy por estas calles se me ocurren cosas interesantes, temas de cuentos que jamás escribo. No pongas esa cara. ¿No será que vos me gustás porque vivís en la Ciudad Vieja? Un tipo trasnochador, solitario, amante del vino, descubre una cariátide y se enamora de ella. Se pasa horas enteras recostado en una esquina, mirándola, hasta que, a fuerza de deseársela, ella se vuelve cosa viva, baja a la vereda y desde ese momento es la compañera noctámbula. Hacen el amor bajo los árboles de la plaza Zabala, caminan por la escollera, y cuando llueve se refugian en el atrio de la catedral; y ella tiene muchas historias para contarle, pero nunca las termina porque antes de que aclare debe volver a su puerta. Sirenita, cariátide, ¿qué sos vos?

—Cref que tenías ganas de tomar sol.

—Hay tiempo. ¿No te conmueven estos grises?

Era un regreso al pasado, una repetición de aquellos momentos en que él esperaba que se abriera alguna de esas puertas siempre cerradas (y todavía cerradas), talladas con maestría —grifos rampantes, cabezas de leones, muérdago y acanto—, y lo invitaran a pasar, a subir escaleras de mármol, a entrar en habitaciones impregnadas de perfumes viejos, a gozar de las delicias de la carne en los brazos de muchachas ardientes.

Porque desde la primera vez que entró en la Ciudad Vieja llevado por el deseo, se instaló en él una nostalgia de la que no pudieron curarlo ni el tiempo, ni el vino, ni mujer alguna. Entonces era un adolescente. Como todos los viernes, había salido del liceo con ánimo de perder el tiempo. Trepó al primer tranvía con destino al centro. Si el guarda se lo permitía, viajaba en la plataforma junto con los mandaderos, los lustrabotas y los canillitas que hablaban todo el rato de *fóbal* y carreras, sobre todo de *fóbal*; se bajaba en el Cordón y caminaba despreocupadamente hasta la Plaza Independencia, término de su paseo, después de haber recorrido la pasiva, donde, en medio del gentío que entraba y salía de las cervecerías que olían a chucrut, de los salones de lustrar, de los cambalaches y cigarrerías, o al pasar junto a algún grupo que discutía acaloradamente —tal vez en torno a Arenales, reconocible por su larga capa y sus bigotes engomados— uno podía cruzarse con el presidente de la República, con Víctor

Haedo que se dirigía a la rueda del Tupí Nambá, o con Batlle Berres. Otras veces, a mitad del camino entre el Cordón y la Plaza, se detenía un momento a la entrada del viejo café Ate-neo, para oír las orquestas o los chistes obscenos del repertorio inagotable de los animadores. Si le alcanzaban las monedas, entraba en el cine Ariel, el único continuado, —“El espectáculo empieza cuando usted llega”— para ver las últimas de la guerra y participar en la silbatina unánime cuando aparecían los nazis, o aplaudir con entusiasmo el avance de los aliados.

Aquel viernes de octubre, iba alegre aunque sin dinero; esquivaba a transeúntes apurados, retenía por unos instantes la figura de una mujer, luego de otra; aspiraba el rastro breve de algún perfume excitante, canturreaba unos versos de tango, y se detuvo de pronto cuando vio a la pelirroja. Lo empujaron, obligándolo a apartarse hasta el borde de la acera, junto a un plátano desde donde podía observarla entre los cuerpos que pasaban en una y otra dirección. Le pareció que no podía haber en el mundo una muchacha más bella. La veía casi de perfil. Estaba sola y apoyaba su frente contra una vidriera de la Sedería de las Novias. Los ojos oscuros y muy abiertos contemplaban extasiados los maniqués vestidos con trajes nupciales, de cuyas manos enguantadas colgaban rosarios de vidrio con crucecitas plateadas. Sus brazos apretaban contra el pecho un montón exagerado de libros y cuadernos. Permanecía inmóvil como a la espera de que un conjuro le permitiese atravesar la frontera de cristal e internarse en el reino blanco de las muñecas gigantes. El decidió acercársele, preguntarle a qué liceo concurría y ofrecerse para acompañarla y llevarle los libros, pero mientras se abría paso entre la gente, salió de la tienda una mujer corpulenta que le dijo: —“Vamos, Gisela”. Ella volvió lentamente a la realidad de la vereda, al ruido de la calle, a la luz del poniente que estaba en las ventanas más altas y se derramaba en el verde nuevo de los follajes. Se confundieron con la muchedumbre. Las siguió, guiado por el peinado barroco de la mujer; la cabecita de Gisela aparecía de vez en cuando entre los hombros de los peatones. Tardaron en llegar a la Plaza Independencia porque la mujer entraba en casi todas las tiendas como si buscara algo imposible de encontrar en tiempos de guerra y Gisela entraba con ella. Cuando llegaron a la plaza, se encendieron los globos blancos del alumbrado, aunque el cielo estaba claro todavía. Entraron en la Ciudad Vieja por la calle Sarandí, y al llegar a la plaza Matriz, la mujer se sentó en un banco, abrió la cartera y sacó un espejito. Mientras se pintaba los labios, Gisela corrió hasta la fuente de mármol, y cuando llegó al brocal pareció deplorar la ausencia del agua. Hacía tiempo que de la boca del amorcillo que

reinaba sobre grifos, pequeños sátiros y tritones, no manaba el chorro incesante; y en la concavidad de mármol se juntaban hojas secas, cucuruchos, pájaros muertos, legajos, cajillas, más algún zapato descosido, que solo eran sacados de allí las vísperas de días patrios conmemorados frente al Cabildo. A él le hubiera gustado hacer cantar la fuente para Gisela. Sentado entre dos ancianos que discutían en jidisch, el muchacho observaba a la pelirroja inclinada ante un espejo ausente; mientras allá arriba, exactamente sobre su cabecita, la luna creciente colgaba del cielo de la plaza. Por primera vez se descubrió poeta, y comprendió de pronto tantos versos que una profesora gris y desalentada trataba de explicar a una clase barullenta. Era como si en el cuerpo de Gisela confluyera todo lo no comprendido, lo no escuchado, y, a partir de ella, se abriera en haz luminoso, revelador de significaciones. Era como si en su cabello, y en sus ojos asombrados, se metalizaran las ideas vagas, los sentimientos confusos, las palabras hueras.

La mujer se puso de pie, se arregló el peinado con las puntas de los dedos y llamó a Gisela que recogió sus libros y la siguió. Bajaron por Itzaingó, tomaron por Cerrito al oeste y finalmente entraron en la cripta de Nuestro Señor de la Paciencia. Sólo entraban mujeres. El se quedó en la vereda esperando a que salieran, para continuar tras sus pasos y averiguar dónde vivía Gisela. Frente a la cripta había ambiente de feria; se apiñaban vendedores de estampitas y medallas milagrosas, mendigos, loteros que aseguraban tener el número de la grande para la popular del lunes. Un hombre flaco y jorobado revolvía en una cacerola la poción humeante de la garrapiñada que llenaba el aire de olor dulzón a vainilla y chocolate; abundaban los tenorios engominados que unánimemente vestían saco azul cruzado y calzaban zapatos de charol: unos fumaban recostados contra las rejas de San Francisco, otros se paseaban con el diario de la noche bajo el brazo, y todos miraban con ojos taciturnos; eran los mismos galanes que los otros días de la semana, a la siete de la tarde, se plantaban a la salida de las tiendas para cargar a las empleadas y que los viernes se arrimaban a la cripta con el propósito de conquistar sirvientitas y *veteranas en banda*. En la esquina, un ciego le arrancaba al bandoneón los compases de un tango y un heladero, adelantándose a los calores, anunciaba la fresca novedad de los helados "Legión Extranjera". El muchacho, al verlo con su uniforme semejante al de los legionarios y con el quepis azul del que salía un paño que le cubría la nuca, no pudo menos que imaginarlo como el más desesperante de los espejismos: empujando el carrito bajo el sol calcinante del desierto.

Adentro, las mujeres rezaban por sus seres queridos;

afuera todos esperaban con paciencia; los vendedores, que alguien les comprara; los mendigos, la limosna; los moscas, sus posibles conquistas; sin que, al parecer, nadie se sintiera aludido por los versos grabados en la placa de mármol sobre la puerta de la cripta:

*Tú que pasas miramé  
cuenta, si puedes, mis llagas  
ah, hijo, qué mal me pagas  
la sangre que derramé*

aunque muchos se los sabrían de memoria, y más de uno, tal vez sin darse cuenta, los canturreara para sus adentros con música de tango, la de "El Marne", por ejemplo, que ahora salía llena de inspiración del fuelle del cieguito. (El tío Federico aseguraba que el tango era música religiosa, cadencia de *miserere*, canto de desilusión del mundo).

Por escuchar "El Marne" estuvo a punto de perder el rastro de Gisela. De pronto las vio pasar por entre un grupe de viejas silenciosas que esperaban el tranvía. Doblaron por Solís al sur. Cuando llegaron a la plaza Zabala no se animaron a cruzarla —los faroles, rotos a pedradas, estaban apagados desde tiempo inmemorial—, sino que la rodearon por afuera de la verja. El tuvo la impresión de que en ese momento no había en el mundo nadie más que ellos tres caminando a la luz oblicua de la luna, por el borde de las sombras que arrojaban las magnolias seculares. Por Alzáibar salieron a Reconquista, la más triste de las calles, y a la media cuadra se detuvieron ante una puerta alta y estrecha. Cuando pasó junto a ellas, la mujer sacaba una llave enorme de la cartera, pero no abrió hasta que él llegó a la esquina. Oyó el ruido de la cerradura, el chillido de los goznes, el portazo definitivo.

No volvió a ver a Gisela, aunque regresó muchas veces a aquella esquina y esperó bajo soles implacables, soportó las lloviznas de otoño, los vendavales del sur y en los atardeceres calmos respiró el relente impregnado de vaho de cloacas y olor de aceites viejos. Y una vez fue y llamó a la puerta; tres veces golpeó el llamador —ese llamador repetido en las puertas adustas de las casas antiguas y que figura una manita de bronce que sostiene una esfera—, pero la puerta no se abrió. No se abrió la ventana tras las rejas oxidadas; nadie se asomó por el pretil carcomido, y adentro sonó a espacio deshabitado.

Y al fin desistió del propósito de volver a verla, sin ahondar en el misterio de su desaparición. Es que no había tal misterio; simplemente, se habría mudado y acaso se topara alguna vez con ella al doblar una esquina. El misterio lo inventó tiempo después, cuando, incitado por Goroztiaga, trazó

proyectos de creación literaria, y Gisela se transformó en el ángel terrible de cabellera de fuego que los guió hasta aquella parte condenada de la tierra para que padeciera tentaciones. cediera a ellas, se hastiara, y, finalmente buscarse el camino de la salvación. Así, aquel viernes de octubre y todas las veces que volvió a transitar por Reconquista, recorrió después la Ciudad Vieja, en dirección al puerto, sin prisa, fumando sus primeros cigarrillos. Miraba con ardiente curiosidad el interior de los cafetines donde las prostitutas obesas y pintarrajeadas charlaban animadamente; algunas, solas y tristísimas, con la mirada perdida, sentadas a mesitas vacías, escuchaban las melodías que bostezaban los tocadiscos. Cuando él pasaba, le guiñaban un ojo, y las que estaban cerca de la puerta le decían algo: "¿Vamos, m'hijito?, ¿Querés venir conmigo, botija?" y alguna, más procaz: "¿Todavía te la hacés?" Pero tardó dos años en saber de sus caricias urgentes: cuando fue mayorcito y el tío Federico lo acompañó al bajo para que conociera la vida y a "las mujeres que fuman". Y hasta se hizo amigo de una negrita que paraba en el bar "El Apronte" y se desnudaba por completo sin cobrarle extra.

El Oldsmobile sale a la rambla. A lo largo de la escollera, apiñados en el Cubo del Sur, o allá abajo sobre las rocas planas y manchadas de aceite, los pescadores echan sus artes al río como mar que sólo a lo lejos parece ser tan azul como el cielo. Aquí y allá relucen al sol unos pescaditos despreciables que las más veces son arrancados del anzuelo para ser devueltos a las aguas turbias. Tienen sabor a petróleo, a barro, a inmundicias urbanas y sólo los come el pobrerío. Adonis le contaría a Angélica, si Angélica estuviera con ánimo para oír historias, lo que dijo una vez el loco de la escollera: —"Aquí todos vienen por el Gran Pez, aunque nadie lo confiese y algunos no estén muy seguros de que sea por eso. Algunos afirman que se arriman a la costa para matar el tiempo, que lo de la pesca es un pretexto, que se distraen mojando la piola el día entero. Pero créame, señor, que todos vienen por él, aunque se tenga una idea muy vaga de qué puede ser y se ignoren sus verdaderas dimensiones. Es difícil que imaginen qué podrán hacer con él en caso de capturarlo: si comerlo entre todos los pescadores, o crucificarlo en ese mástil medio podrido hasta que el sol lo seque, para desarmar después el esqueleto y repartírselo, o regalarlo al museo. Pero ignoran que es completamente imposible sacarlo desde la costa. Tiene un tamaño descomunal, es como un pargo gigantesco con unos ojos terribles. Puedo asegurarlo porque lo vi. Sí señor, yo lo vi Apareció junto a la restinga una madrugada. Imponente. Yo estaba solo, y grité y grité. Me eché a correr y tropecé con un linyera mamado con alcohol azul que dormía la mona. Lo desperté, pero me mandó

a la mierda y siguió roncando. Entonces me detuve a observar al Gran Pez, me senté a mirarlo como se miran los barcos en los que uno no puede viajar. Había una gran calma. Antes de aclarar, se hundió en el agua y desapareció. Cuando lo conté, nadie me lo creyó, hasta en mi casa se rieron de mí. Entonces decidí mudarme a la escollera. En la costa se vive con poco y no se siente demasiado frío ni demasiado calor; no falta un lugar donde arrinconarse y hacer un fueguito cuando sopla del sur. Ahí adentro —señalaba la ciudad— la vida es una miseria. Es penoso encontrarse entre gente triste y despiastada que empieza por no estar segura si vive a orillas de un río o de un mar y que se aburre desde que nace hasta que muere. Gente insegura. Y si usted les cuenta que ha visto lo que ha visto lo toman por loco. Aunque en realidad fingen que no creen, pues no bien se corrió la bola comenzaron a venir más aficionados a la pesca con sus cañas y sus cajas nuevas, y acompañados de sus mujeres, sus hijos, sus madres, sus suegras, sus hermanas y los novios de sus hermanas. Una verdadera muchedumbre. Pero no lo verán, porque él volverá a la hora en que no haya nadie. Yo lo espero, no para pescarlo, sino para arrojarme al agua y nadar hacia él para que me trague y me vomite lejos de aquí. El único que me escuchó con respeto fue un marino viejo que vive en aquellos caserones y que los domingos me trae una botella de vino y me pregunta si no recuerdo más detalles. Tengo la impresión de que él lo vio alguna vez. El fue quien me dijo qué era ese pargo gigante". El loco se había quedado un rato en silencio rascándose la barba. Adonis lo vio alejarse llevando bajo el brazo la zaranda con que colaba las aguas de las cloacas en procura de objetos de valor, monedas, dientes de oro, anillos, que vendía a los judíos de los cambalaches.

—Lo que sobran son temas. Falta que llegue la hora de ponerse a escribir; la semana que viene, Angélica medianté. Mejor, la dejás de ver por unos meses, te encerrás en un altillo y le das a la pluma, o al grabador, porque las hojas en blanco siempre te inhibieron. Como decía Goroztiaga, escribir es tedioso porque las letras repetidas no guardan ninguna relación esencial con lo que se piensa. Habría que dibujar el pensamiento, como hacen los chinos. Y ponía un ejemplo: para escribir NOMBRE es preciso dibujar un signo que representa a la luna llena asomando detrás de la montaña junto al signo boca. Cuánta sugerencia. La amante revela su nombre en medio de la penumbra, el viajero sorprendido por la noche dice el suyo a quien le abre la puerta de la ciudad. Goroztiaga se lamentaba de la pobreza de nuestro alfabeto. "No hay duda de que es práctico", decía, "pues fue inventado por comerciantes. Los poetas se dejaron seducir..."

Bueno, pero tenés temas de sobra, y si no querés aburrirte alineando letras te queda el recurso del grabador. Podés crear acostado y a oscuras. Por qué no empezar por el loco de la escollera o inventar cuentos de viajes fantásticos a propósito del marino viejo. Diálogos entre el marino y el loco, allí en la escollera. Acordate de lo que decía Goroztiaga: Montevideo es una ciudad inexplorada, es algo más que quilombos y hoteluchos llenos de gente con ganas de pegarse un tiro. Mucho más. El loco de la escollera te dio pie: a partir de la ciudad que espera (sin saber que espera) al Gran Pez, podés elaborar algo interesante. Pero esté clima de postergaciones infinitas se te ha contagiado; si vivieras en otra parte hubieras escrito ya varios volúmenes, porque ganas nunca te faltaron, a decir verdad, lo que te falta es el empujón inicial. Es como si esperaras el día del Gran Pez, o las "calandrias griegas", como decía Fernández, aquel presidente de tablado, que, al final del Carnaval, cuando los monigotes se caían a pedazos y ya no se reponían las guirnaldas ni las lamparillas quemadas, si alguien le preguntaba cuándo iba a presentarse de una vez por todas en el tablado la murga del primer premio o la comparsa de negros con más de cincuenta tamboriles, contestaba serenamente: "Sí, van a venir. Para las calandrias griegas van a venir". No admitía que se lo corrigiera. Porfiaba que eran calandrias, porque calendas no significaba nada; y siempre estaba dispuesto a dar una explicación:

—Lo que pasa es que la Grecia está muy lejos —pregúntele a don Demetrio Rastópulos que vino de allá— y entre la Grecia y nosotros hay mucho mar y mucho desierto. No hay más que fijarse en el mapamundi para tener una idea. Y los pobres animalitos no aguantan tanto vuelo. Yo le pregunté a don Demetrio si las había visto, pero él dice que era muy chiquito cuando lo trajeron y que no se acuerda; pero asegura que sus padres jamás se las nombraron, por lo que colijo que cuando salieron de Grecia, hacía rato que se había extinguido la especie. Pero igual hay que esperarlas porque no se puede vivir sin ilusión. Para las calandrias griegas se realizarán todos los sueños, saldremos definitivamente del pozo; mientras tanto, conformate con la ilusión semanal de ganar algún peso a la lotería".

Mirá vos de qué me vengo a acordar, del Gran Pez, de las Calandrias Griegas. A partir de aquí se puede pergeñar una zoología de lo imposible.

—Si seguís pensando en voz alta, llegará el momento en que tenga que oír alguna indiscreción —dijo Angélica, des-perezándose.

Habían dejado atrás los gasómetros, el dique seco, los in-

cineradores de basura, el cementerio Central, y traspasaban la frontera entre la zona gris que olía a cloaca y a carbón de coque y el Montevideo balneario que empieza a partir del Parque Hotel y la playa Ramírez. Ahora sí era posible dialogar con Angélica, "como dos buenos amigos que hace rato no se ven", porque a ella las calles grises, los terrenos baldíos, las casas con celosías, patio y claraboya, y los olores agrios, la ponían de mal humor; en cambio, a partir de la playa Ramírez la costa se le antojaba siempre carnal y veraniega, y para ella lo más parecido a la felicidad era tenderse sobre la arena de Pocitos y no pensar en nada.

Se quedaron en el parque. Almorzaron con pizza y abundante cerveza, entraron en el Museo de Bellas Artes donde se sentaron a hablar de cosas triviales, sin mirar los cuadros; salieron, vieron dos partidos de tenis, se confundieron con la muchedumbre en el parque de diversiones, caminaron a orillas del lago mientras la banda municipal ejecutaba en el pabellón de la música la Cabalgata de las Walkirias, el preludio de Carmen y el Vals de las Flores; bajaron a la playa donde no había más que ancianos y perros, y al atardecer volvieron al lago y alquilieron un bote.

Después de largo silencio, mientras él remaba buscando un rincón tranquilo para detenerse a fumar un cigarrillo, ella dijo:

—Creo que es la primera vez que pasamos un domingo como casi todo el mundo.

—Faltó la pasta casera...

—No podés con tu manía de señalar carencias.

—...y la ensalada de frutas, y jugar a la escoba de sobremesa.

—Es como si quisiéramos vivir algo que no podrá repetirse; tan sencillo, y sin embargo tan ajeno. Hacer lo que hacen todos. Pasamos un domingo como personas normales.

—Lo que para nosotros no tiene nada de normal.

—Además te agradezco la delicadeza de no haber hablado para nada del Viejo.

—¿Por qué lo hacés ahora?

—Porque por hoy terminó nuestra actuación y volvemos a ser los de antes: los muñequitos de Gomezaguirre; sobre todo vos; yo lo soy por añadidura.

—Sabés de sobra que nada te obliga. Sos libre de hacer lo que se te antoje. Y yo también, ¿de acuerdo?

—Eso decimos siempre, pero la verdad es que no estamos tan seguros, porque somos más bien fatalistas. Nos pasa lo que nos tiene que pasar y se acabó. Cuando te vi por primera vez en el tranvía, no dudé de que me fueras a seguir con la intención de hablarme. Estaba escrito en tu rostro. Los solitarios tenemos una impresionante fuerza de atracción

recíproca. Nos arrojamos unos contra otros con unas ganas que revelan más espíritu destructivo que sentido de solidaridad. Salís solo a la calle, a la hora en que suponés que todos duermen y te encontrás con una legión de solitarios. La soledad no es enteramente posible. Por eso vos y yo estamos empeñados en destruirnos; verás que es así, si lo pensás serenamente. Y como aceptamos de entrada la reglas del juego, podemos seguir juntos, unidos no: juntos, aunque más no sea por orgullo o demostración de resistencia. Sería más sencillo decir: no te aguanto más, adiós. Pero estoy empezando a creer...

Angélica hizo una pausa. Fumaba con ganas; retenía el humo todo lo posible, para exhalarlo lentamente.

—¿Qué?

—Nada.

Estaban entre la isla y el castillo, hundidos en la oscuridad. No se veían los rostros.

—Mañana es lunes —recordó Adonis a media voz.

—Y tenés que liquidar al viejo.

—No jodas.

—Sí, tenés que liquidarlo; lo digo en serio, pues de lo contrario nos liquidará él a nosotros. Por lo menos a vos. Quedó escamado con la traición de Verónica. Desde entonces desconfía hasta de su propia sombra. Prefiero tener que llevarte cigarrillos a la cárcel a verme obligada a aceptar, después de tu muerte, que no soy capaz de vivir sin vos. Andá, animate.

—Sería una ingratitud. No podemos olvidar que le debemos el haber vivido la ilusión del matrimonio feliz.

—Claro; y he aquí nuestro postergado viaje de luna de miel. Este podría ser cualquier rincón oscuro de Venecia, húmedo y malsano.

Sintieron que alguien se acercaba remando de prisa. Era el botero medio ebrio que venía a recordarles con voz ronca que ya había pasado la hora de alquiler.

Adonis comenzó a palear lentamente hacia el pequeño embarcadero. Angélica cerró los ojos y se echó hacia atrás con los brazos muy abiertos. Sus dedos rozaban la nata verdosa del estanque.

## L U N E S

El mundo es triste; según la historia siempre lo fue, y nada me induce a creer que algún día deje de serlo. Y hoy lunes, afuera debe estar más triste que nunca. Pero vos que siempre supiste escapar a los lugares comunes, tenés que salir

con cara de tipo contento. Hací caso a Carnegie, y usé la sonrisa persuasiva (empezé por persuadirte a vos mismo frente al espejo), agresiva, ejecutiva. Convencete de que no es un día de mierda como lo ven todos sino el del primer paso hacia el triunfo semanal. Gomezaguirre debe de sentirse deprimido, temeroso de que le echen el guante antes de tomarse las de Villadiego. Sugerile que cambie su nombre por el de Diego Villa, pues la conciencia de estarse burlando a cada rato de los funcionarios de puertos y aeropuertos, recepcionistas de hoteles, relaciones ocasionales, le elevará bastante la moral. Vos tenés que plantártele delante y mostrarte sereno, y asegurarle que no lo traicionarás aunque te maten, y de paso le recordás que necesitás con qué sostenerte mientras dure la tormenta, rueden algunas cabezas y la prensa se ocupe en fomentar el escándalo; hasta que el tema sea eclipsado por un crimen monstruoso, o el nacimiento de un hipopótamo en el zoo. Y le dirás que las preguntas insidiosas que hoy se hacen a dos columnas no pasarán de ser simples preguntas retóricas. No te será difícil convencerlo de que al final todo será para bien, pues abundan los ejemplos de los que fueron por lana y volvieron con más lana. Aumentará su prestigio, don Alfredo. Lo que importa es que hablen de uno aunque lo calumnie; pues aquí se habla mal de todo el mundo, hasta de San Cono se habla mal, por lo que los escrúpulos no lo preservan a uno de habladurías. Pero también debemos reconocer que la gente suele tener una apreciable virtud: al otro día se olvida de todo. Cuando usted vuelva, se tendrá una idea confusa de lo que se decía en los diarios, y hasta se dudará si se trataba de usted o de otro. No insistirán mucho en aclararlo, porque al fin de cuentas les importa un cuerno. Y no crea que se necesita mucho tiempo para ello; no, unos meses alcanzarán. Volviera usted rejuvenecido y con fuerzas para reanudar la brega. Lo elegirán de nuevo presidente del Club, porque allí todos lo quieren, y será desagradado por amigos y correligionarios. Créame, don Alfredo, la situación no es tan negra como parece. Durante el viaje se aclararán las ideas y se disiparán los temores. Un crucero por el Mediterráneo no le vendrá mal. De Barcelona a Haifa en el yate de Fugger. ¿Qué le parece? Lástima que ya no sea posible ir con Verónica (no, eso no se lo digas que lo va a entristecer demasiado). Estuve leyendo los prospectos que encontré sobre su escritorio. Sicilia ha de ser fascinante. Creta. Rodas de los Caballeros. Usted que es hombre de buen gusto va en otoño; disfrutará Mallorca sin viquingos, el Mediterráneo sin bárbaros. Debe de ser imponente el Apocalipsis en Light and Sound en el monasterio de San Juan en la isleta de Patmos. Mándeme una postal, don Alfredo. El relincho de los caballos, los rugidos de la Bestia, el estruendo de las aguas (¡cuánta agua hay en el Apocalipsis!) y

las carcajadas de la Gran Ramera. Pero no crea, don Alfredo, que la verá asomada a un portal exhibiendo su descaro, no, la tendrá que imaginar, porque Light and Sound es sólo eso: luz y sonido. Usted paga para imaginar, ¿se da cuenta? Paga para descubrir que tiene imaginación. Y cuando se encuentre descansando en su pieza de paredes encladas, mirando el mar por una ventanita, bebiendo vino, acariciándole los pechos a una muchacha, extrañará Montevideo, yo sé que extrañará. Pero recibirá una carta y otra, donde le contaré con lujo de detalles todo lo que ocurra y deje de ocurrir durante su ausencia; le mandaré recortes, resúmenes de comentarios oídos en la calle, en los cafés, sin quitarles ni añadirles nada, porque sabe que para usted no tengo secretos. Le escribiré a Diego Villa, posada del Apocalipsis, isla de Patmos. Sin temor a equivocarme, me atrevo a adelantarte la curva de la opinión general: asombro - indignación - indiferencia - admiración - escepticismo - olvido... pues se termina por reconocer que los negocios son los negocios. No se preocupe demasiado por mi suerte. Tengo vinculaciones en todas partes. Es la gran ventaja de haber trabajado en publicidad, que no es tan alienante como muchos se figuran, pues si bien uno promueve caramelos masticables, aceite para autos o bebidas refrescantes. los artículos también lo promueven a uno, y la gente lo asocia inevitablemente con lo práctico y agradable. También fui el marido feliz que jugueteaba con su mujer sobre el más científico, liviano e higiénico de los colchones antes de dormirse con una sonrisa en los labios, de manera que soy una especie de encarnación de las bienaventuranzas del hogar y del descanso placentero. Cuando me citen a declarar me vestiré como en los anuncios más conocidos, y usaré la sonrisa seductora, la fórmula persuasiva, el ademán exacto. No se asuste, don Alfredo, que no pasará nada. Usted sabe de sobra que soy un experto en imaginar recursos y resolver situaciones difíciles. Es posible que me interroguen a fondo; me harán preguntas tontas para que muerda el anzuelo; tratarán de enredarme hasta que pise en falso. Pero la memoria me ayuda, don Alfredo, usted sabe que tengo memoria de elefante. Registraré prolijamente todas las preguntas con sus correspondientes respuestas para no caer en contradicciones. Puedo apelar también a la magia de los dedos: uno toma distraidamente una hoja de papel o bien la pide con el pretexto de tener algo en las manos para aclarar las ideas. Y el investigador implacable verá nacer ante sus ojos asombrados una gaviota que mueve las alas y abre el pico, un avión, un barco, un acróbata, una rana... Si en Preparatorios salvé más de un examen gracias a que las pajaritas me ayudaron a distraer la atención de los profesores que insistían en averiguar mi ignorancia, supongo

que ahora que poseo un repertorio interesante de figuritas eróticas en papel plegado, no habrá magistrado que no se deje sobornar por su propia curiosidad. Imagine usted una oficina árida y vetusta que se transforma de pronto en un mundo encantado a medida que nacen de las hojas arrancadas a los expedientes, criaturas que parecen tener vida, garzas que beben de los tinteros y se tñen de azul, sátiros y ninfas que se ensamblian y se mueven con ritmo excitante, aviones que hacen acrobacias atados al ventilador... Tengo recursos, don Alfredo, tengo recursos. Imagine a los jueces, a los actuarios, a las secretarias, a los alguaciles, destrozando el voluminoso expediente caratulado "Alfredo Gomezaguirre, etc." para intentar crear con sus propias manos la prodigiosa fauna de papel. Y cuando se den cuenta de que en realidad no son capaces de repetir correctamente los innumerables pliegues, el expediente estará completamente destruído. Imagínelo cada noche al acostarse y dormirá tranquilo. Y en lo que a mí respecta, he de decirle que lo que usted haya hecho contraviniendo leyes y disposiciones, y las derivaciones políticas y repercusiones financieras a que ello diera motivo, me son del todo indiferentes, pues no le vendí mi alma sino que le alquilé mi memoria por un tiempo. Desde ahora desconozco, olvido, ignoro para siempre, y desde siempre, cualquier transferencia ilegal de fondos, sobornos, vaciamentos de empresas, etc. que quieran imputarle. He recuperado el ocio y sólo aspiro a escribir; escribir a la sombra de los árboles, en un rincón del Sorocabana, en la playa, en la cama, en la bañera, sentado en el inodoro. Sólo quiero ser escritor pues éste ha sido mi sueño de siempre. Todo lo demás es provisorio y espero que no lo tome a mal (por el contrario, ello deberá tranquilizarlo) si le digo que usted también ha sido provisorio. Estoy decidido a olvidarlo. Pero no quiero desterrarlo definitivamente de mis recuerdos sin antes agradecerle...

No, así no le hables. Gomezaguirre no sabe de retóricas. Se volverá más desconfiado. Nada de modestia. Tenés que hablarle en su propio lenguaje. Mejor te mostrás algo agresivo para que entienda que exigís un precio satisfactorio por tu silencio, y también que querés dejar bien en claro que tu relación con él lejos de ser afectiva es estrictamente comercial; le alquilaste la memoria como podías haberle alquilado la máquina de escribir o el Oldsmobile. Y que mantenés el secreto profesional no sólo por ética sino porque a vos te conviene mantenerlo. Hay que cobrarle bien cobrados el olvido y la discreción. Y no menciones tu vocación literaria porque Gomezaguirre es de los que desprecian a los intelectuales y consideran que la cultura es el único lujo insolente. Tené en cuenta que no debe ignorar que te acostaste con su hijita, lo cual no le parecerá demasiado malo por el hecho en sí; pero

debe mortificarlo la sospecha de que, por haberla poseído, forzadamente conocerás ciertos detalles inconvenientes que se ventilan solamente en familia. Si te lo sugiere no cometes la estupidez de negarlo. Así podrás aumentar tus exigencias. Y al fin cederá, porque tiene demasiados motivos por los cuales preocuparse como para querer más problemas. No te queda otro camino que el de apelar al terror. Así se asciende en este mundo, trepando montañas de estiércol.

Acabó de bañarse, y mientras se secaba, escudriñaba en los espejos su rostro fresco y saludable. Aparentaba menos edad de la que declaraban sus documentos, y esas canas incipientes sobre las sienes que Angélica solía peinarle con las uñas, eran el signo inequívoco de que se hallaba en la plenitud de la vida, justo en el tiempo de comenzar a ser por entero lo que quería ser. Ahora, dueño de sus impulsos, se sentía en condiciones de sacarle jugo a sus experiencias, de seguir la consigna que se había propuesto: *crear para crear*. Convencido de que las letras eran el fin último de su existencia, ansiaba penetrar de una vez en la larga noche de la creación, en la vigilia purificadora en que pudiera despojarse de perturbaciones y máculas, y convertir una vida llena de mentiras en verdad asombrosa. Había vendido la memoria, el tiempo y la figura, a cambio de itinerarios tortuosos con fugaces estaciones de placeres, a lo largo de los cuales su imaginación de viajero sensual había poblado de quimeras los espacios vacíos.

Terminaba de vestirse cuando llamaron a la puerta. Surcaron su mente imágenes de posibles visitantes: la portera con alguna carta (hacia meses que no recibía nada), la policía, un notificador de juzgado, Angélica alarmada por alguna noticia funesta, Gomezaguirre, (por qué no); pero al abrir se encontró con un muchachito pálido metido en un guardapolvo gris que le preguntó el nombre antes de alcanzarle un paquetito. No lo abrió hasta después de hacerse el nudo de la corbata y encender un cigarrillo. Era una cinta magnética dentro de una caja lacrada. Pensó que se trataba de otra broma de Berisso que una vez le envió una cinta grabada durante una orgía, pero a Berisso no lo veía desde un par de años atrás. Estuvo a punto de guardarla en el cajón de la cómoda para escucharla al regreso, pero pensó que podría tratarse de algo importante. Buscó el grabador, lo conectó al tomacorriente, y como tardaba en oírse algún sonido fue a la cocina a preparar el desayuno. De pronto oyó la voz inconfundible de Gomezaguirre. Se sintió burlado, como si el viejo hubiera adivinado sus intenciones de exigir una indemnización, o se hubiera enterado de las conversaciones con Angélica, a propósito del crimen. ¿No sería Angélica un instrumento del

viejo? Si él mandaba un mensaje grabado quería decir que evitaba su presencia. Hizo retroceder la cinta hasta el comienzo. La voz decía: "Querido Adonis, lamento verme obligado a utilizar un recurso tan poco afectuoso para hablarte. Excluye toda posibilidad de diálogo. Tendrás que imaginar mis respuestas a tus eventuales preguntas, pero imaginación es lo que te sobra. Sinceramente, hubiese preferido hablarte cara a cara, o, al menos, por teléfono. Comprenderás que en las circunstancias actuales las excusas están de más. Lo cierto es que cuando recibas esta cinta ya no estaré en el país; no puedo decirte ahora por qué intrincados caminos lograré salir sin despertar sospechas; la posibilidad de que esta cinta llegue a otras manos antes que a las tuyas es muy remota —se han tomado todas las precauciones—, pero sería una tontería descartarla por entero, de modo que trataré de omitir cualquier referencia comprometedor. Algún día (espero que muy pronto) te lo contaré todo con lujo de detalles, y nos reiremos con ganas. Salvo una persona, nadie está enterado de mi partida, ni siquiera mi mujer, ni mi hija, que no tardarán en alarmarse por mi ausencia y harán la correspondiente denuncia. Tratarán de ubicarte, pero vos las evitarás para no crearte problemas; y si te encuentran les dirás que no sabés nada, que hace tiempo no nos vemos, que nuestra relación comercial ha caducado. ¿De acuerdo? Se hablará de secuestro, de autosecuestro, de suicidio, de asesinato, y, naturalmente, de fuga. Pero vos no te preocupés; aún no se inició la investigación, y no existen cargos, y lo más probable es que todo quede en aguas de borraja. Vos sabés que están sonando asuntos más importantes que mis humildes actividades financieras, porque al fin de cuentas lo que se precisa es que la guita circule en vez de estar amorrada. Bueno, no necesito darte explicaciones, porque de sobra me conocés. Por el momento, lo único que se necesita es cautela. Quiero darte algunas instrucciones; en realidad más que instrucciones son sugerencias, pues sos libre de hacer lo que se te antoje, incluso cantar si te apremian, aunque te advierto que eso te perjudicará más que a mí, porque tengo coartadas de sobra. Pensé largamente en vos y consideré que lo más conveniente sería que esta misma semana te hicieras humo por un tiempo, digamos un mes, hasta que la cosa se enfríe. Te marchás en tu carrindanga a aquel lugar donde pasaste una Semana Santa con nosotros, ¿te acordás? Cómo no te vas a acordar, memorista insigne. Te vas a *Trago de Sombra*. Podés ir con tu Angélica, si precisás calor, aunque yo te aconsejaría que vayas solo. Andá a saber si la mujer aguanta. Aquello no es el centro. No hay cines ni peluquerías. Hacé lo que mejor te parezca. Solo o acompañado, enterrate en Trago de Sombra. Será aburrido, pero es seguro. El Corco-

vado va todas las semanas, creo que los sábados, a vigilar y llevar lo que haga falta porque sabe que en cualquier momento puedo caer por allá, yo, o mis amigos. Le avisaré por intermedio de mi agente en Santa Victoria que te espere, que te dé todo lo que necesites. Es hombre de confianza, y siempre dispuesto a hacer gauchadas. Vive en el Chuy, al otro lado de la frontera. Creeme Adonis, te conviene desaparecer. Si no pasa nada, como yo calculo, el descanso no te hará mal. No precisás más que el mate y la caña de pescar para renovarte a fondo. Y si la situación empeora —no creo, pero hay que pensar en todas las posibilidades—, él podrá llevarte a un lugar más seguro. Desde Santa Victoria te haré llegar algunos “pericos”. No vas a tener problemas. Pero andá pensando en el futuro, pues cuando yo regrese tal vez no pueda emplearte. Cambio de estrategia, ¿entendés? Y como no tengo la menor intención de abandonarte en estas circunstancias, porque antes que nada sos un amigo, te ruego que me hagas caso, para no perder contacto. De lo contrario sería imposible ayudarte. Hasta muy pronto. No olvides destruir la cinta”.

Adonis volvió a pasar una y otra vez el mensaje. Con una le alcanzaba para recordarlo, pero quería captar mejor los cambios de tono, más elocuentes quizás que las palabras mismas. Ceremonioso al comienzo, paternal después, por momentos veladamente amenazador, Gomezaguirre había calculado el efecto que ello tendría sobre el desconcertado Adonis que ahora iba a depender nada menos que del Corcovado. Tal vez buscaba la manera de provocar su indignación, para que se retirara sin exigir indemnización alguna. ¿Pero quién se atrevería a asegurar cuáles eran las intenciones del Viejo?

No debía descartar la posibilidad de que le estuviera preparando una trampa. El Corcovado tendría entonces el cometido de eliminarlo y hacerlo desaparecer sin dejar el menor vestigio, lo cual en “Trago de Sombra” era factible. En aquel paraje solitario, sin vecinos, sin una casa en veinte quilómetros a la redonda, nadie escucharía los disparos, y si alguien los oyera no les daría importancia. Nadie encontraría el cadáver enterrado en medio de los arenales o arrojado a un cañadón en los más profundos del bosque. Imaginó al Corcovado descargándole el revólver en el pecho, y luego llevando su cadáver a rastras agarrándolo por los tobillos. Imaginó a Angélica huyendo sin rumbo y al Corcovado que volvía por ella para violarla antes de hacerla desaparecer. Imaginó los cuerpos comidos por las hormigas, picoteados por los pájaros, despedazados por los cerdos salvajes, lavados por la lluvia, cubiertos por la hojarasca, sepultados para siempre bajo los médanos. Y le dolió el olvido.

Se propuso pensar en cosas triviales para desterrar de su mente los pensamientos sombríos. Se le había terminado el jabón de afeitar. Tendría que revisar los fusibles porque la luz del baño titilaba. Y renovar la póliza de seguro. Y comprar un regalo de cumpleaños para Angélica. Podían festejarlo en *Trago de Sombra*. Por supuesto, invitaría al Corcovado. Era hombre jovial y bromista; amaba el vino y la guitarra, pero jamás se emborrachaba (Gomezaguirre poseía buen tino para elegir a los hombres). Lo que había en él de desagradable era la cicatriz ancha y rojiza debajo de un ojo, más desagradable aún que el hombro izquierdo levantado casi hasta tocar la oreja y que lo obligaba a mantener el brazo pegado al cuerpo, de modo que cuando llevaba la mano al bolsillo parecía hacerlo con intención de sacar un arma. Tal vez el recuerdo de la figura contrahecha de aquel hombre reservado, influyó en su ánimo, pues vislumbró una perspectiva sombría en las palabras de despedida del Viejo. Inventó un sueño: un barco viejo y oxidado junto a un muelle desierto, infinito. Un barco sin nombre ni bandera. El estaba parado en el muelle y oía la voz de Gomezaguirre que le hablaba desde la popa sin temor de que los tripulantes silenciosos, ocupados en soltar las pesadas amarras, lo entendieran, pues solo Adonis podía saber quién era el Corcovado, dónde estaba ubicado *Trago de Sombra*, y que los “pericos” eran dólares. El viejo lloraba de emoción porque Adonis era para él el hijo que su mujer nunca le había podido dar; lo había guiado por los recovecos del mundo; había hecho de él un hombre experimentado, conocedor de los intrincados mecanismos que rigen la suerte de las personas y el valor de las cosas. No podía desearle ningún mal. El barcó partió sin hacer ruido, como si deslizara sobre un lago de aceite.

Adonis sonrió. Encendió otro cigarrillo y consideró que era una tontería, un sobresalto infantil eso de pensar que el Viejo tenía intención de eliminarlo. El Viejo no querría su muerte aunque la razón no fuera el amor sino el desprecio. Recordó que una tarde, hundido en el sillón de su escritorio, con los pulgares metidos en los bolsillos del chaleco y la mirada clavada en aquel punto imaginario del techo desde donde, al parecer, le llegaban todas las grandes ideas, Gomezaguirre le había dicho: “No deseo la muerte de nadie, ni siquiera la de mis peores enemigos. Vos sabés que en el mundo de los negocios te salen al paso a cada rato, se multiplican como los hongos. Y eso es precisamente lo que estimula, pues se triunfa en el mundo de los vivos, no en el de los muertos. Se necesitan rivales, infinidad de rivales, porque la pauta de tus triunfos solo la da el fracaso de los demás”.

No le deseaba la muerte ni a Verónica, ni al sub-gerente de la financiera que se había fugado con ella, alzándose ade-

más con los dólares de la caja negra, ni al periodista que promovió el escándalo, ni a los que se regocijaban con su desgracia momentánea. Gomezaguirre ansiaba con fuerza no solo que vivieran, sino que lo sobrevivieran largamente, que no murieran nunca, para poder decir a las generaciones futuras qué clase de hombre había sido don Alfredo. Y mientras él descansaría en uno de los sepulcros más suntuosos de Montevideo, de granito rosado, con un ángel de tres metros, tallado en mármol de Carrara, en actitud de levantar vuelo, un ángel que invitaba al silencio con un índice sobre los labios, en tanto el otro apuntaba hacia abajo, recordando que allí adentro reinaba definitivamente la paz, mientras él descansaría en el panteón de los Gomezaguirre, los enemigos pasarían muchas veces por el lugar y envidiarían el feliz reposo del hombre que supo morir en el momento oportuno. No faltaría, naturalmente, el hereje que esperaría la oportunidad para ir a orinar el magnífico monumento, pero ni aun a ese, sería capaz don Alfredo de deseárselo la muerte.

Hacía pocos meses que Adonis se había vinculado a los negocios de la Firma cuando conoció la particular sensibilidad de don Alfredo respecto de la muerte y sus alrededores. En el camino del aeropuerto habían matado a Anselmo de León, uno de los empleados más diligentes de la casa bancaria, que trabajaba hasta los domingos porque quería casarse. El viejo lo lloró como a un hijo, y la tarde del entierro le rogó a Adonis que lo acompañara porque con él podía hablar de ciertas cosas que no entenderían sus socios. Apenas se ubicaron en la limusina, confesó que se sentía bastante culpable por la desgracia, aunque se repitiese que De León había encontrado la muerte por haberlo desobedecido, pues tenía instrucciones de no resistir inútilmente. Debió suponer, sí, que Anselmo era extremadamente responsable y que defendería con celo los valores como si no estuviesen asegurados. Mas no era precisamente esto lo que mortificaba su conciencia sino las circunstancias del traslado de Anselmo de Cuentas Corrientes a Sección Custodia. Los encargados de ir a buscar el oro y otros valores que cada tanto llegaban por vía aérea se habían presentado en su despacho para decirle: "Mire, don Alfredo, no tenemos seguridad de que el secreto no se descubra por más precauciones que se tomen. Suponemos que la firma está en condiciones de contratar los servicios de un camión celular con guardia armada. Porque aunque cambiemos de vehículo cada vez que vamos allá, es de cajón que los detalles del traslado se filtrarán algún día, ya sea por un infidente de la firma, o por la gente del aeropuerto y hasta por la tripulación de los aviones; no cabe duda de que en cualquier momento se intentará dar el golpe. Golpe entregado. Y no es-

tamos preparados para hacer frente, ¿comprende, don Alfredo? Le decimos esto porque todos nosotros tenemos mujer e hijos". Gomezaguirre se limitó a contestar: "Comprendo, por eso, desde ahora, irán empleados solteros". Y el primero en quien pensó fue Anselmo. No había pasado un año cuando el automóvil fue emboscado en un tramo solitario del camino a Carrasco. De León fue abatido sin haber podido disparar su pistola, los otros tres se rindieron y entregaron las llaves. Gomezaguirre llegó al lugar del hecho antes que el juez de instrucción. Anselmo yacía boca arriba con el pecho destrozado. La llovizna persistente había lavado la sangre y don Alfredo agradeció esa pequeña concesión que le hacía el mal tiempo —lástima que no la hubiera lavado totalmente, hasta hacer desaparecer por completo aquel color difuso alrededor de los coágulos oscuros—, pues le tenía aversión a la sangre. Bastaban unas gotas para revolverle las tripas y ponerlo de mal humor por el resto de la semana. Y hubiera hecho bien, si después de haberse hecho presente en el lugar —actuó por principios, para asumir toda la responsabilidad posible ante los demás— se hubiese ido para su casa, contentándose con enviar una corona de flores naturales en vez de dar personalmente el pésame a los deudos, porque los deudos lo trataron con extrema frialdad y no le agradecieron la corona de crisantemos, ni lo presentaron a nadie. Y eso no fue lo peor. Porque cuando entró en la habitación donde velaban a Anselmo, en la sala que conservaba el piano vertical, la alfombra y un escritorio (todo lo demás había sido retirado), cuando entró y fue a dar el pésame a la novia del difunto que, hincada de rodillas, apoyaba su cabecita rubia contra un costado del féretro, no supo qué decirle y se limitó a acariciar levemente su cabellera rozándola apenas con sus dedos gruesos. La muchacha sollozaba sin volverse, pero ante la insistencia de aquella mano, alzó la cabeza lentamente, y al ver a don Alfredo se puso furiosa, le arañó la mano y alcanzó a morderle un dedo.

Gomezaguirre se hallaba tan perturbado que parecía a punto de largar el llanto. No encontraba acomodo en el amplio asiento de la limusina, y, mientras hablaba, miraba la calle como si deseara confundirse con la gente que caminaba bajo el cielo luminoso de marzo, ajena, al parecer, a todo dolor.

—Creeme —le decía a Adonis sin mirarlo—, sería preferible que este fuera mi entierro y que el muchacho viviera. Con lo que ganaba ahora se hubiera podido casar sin problemas.

Bajaron de la limusina y caminaron hacia la entrada principal del cementerio del Buceo. Adonis reparó por primera vez en el símbolo esotérico sobre el pórtico: un círculo dividido

al medio por una barra vertical, y comprendió entonces que el Viejo quisiera que la muerte fuese un privilegio adquirido por él para triunfar definitivamente sobre los demás, que no podrían morirle aunque tuvieran ganas. Desalojaría a los otros muertos, y sólo admitiría a amigos selectos con quienes jugaría una eterna partida de póker; porque aquel signo inexplicable —emblemático de alguna logia, o quizás una cruz a la cual, por orden de funcionarios anticlericales, le hubieran mutilado los brazos— era idéntico al estampado en un ángulo de la tarjeta de crédito de Gomezaguirre. Aquella tarjeta era el certificado de su solvencia en peluquerías, restaurantes, tiendas, sastrerías, agencias de viajes, donde podía comprar lo que se le antojase sin necesidad de llevar dinero encima. La tarjeta bastaba para convertirlo en poseedor de cualquier objeto y beneficiarlo con cualquier servicio. Hubiera preferido renunciar a todo lo demás antes que perder su condición de socio del Credit Club.

Al mediodía, Adonis con la corbata floja y los pies descalzos yacía aún sobre la cama. Más que burlado, se sentía humillado por la actitud de don Alfredo, y optó por creer que él no sería una excepción y que el Viejo lo dejaría en paz. Pero le molestaba ser tan prescindible, saberse desplazado por otros, a quienes el Viejo había confiado los detalles de su fuga. Cabía pensar asimismo que lo de la fuga no era más que una patraña y que el Viejo pudiera estar oculto en la ciudad o en las afueras, divirtiéndose con las versiones que se hicieran circular acerca de su paradero: huída, secuestro, asesinato, suicidio; y que un día, cuando menos se esperase, aparecería para desmentirlas y para declarar públicamente su inocencia. Todo era posible. Tal vez se había retirado a Trago de Sombra para esperar a Adonis y sorprenderlo. (Adonis se ve a sí mismo recorriendo el largo camino entre los médanos y el atajo a través del monte. Al llegar a la casa, lo recibe el Corcovado y comentan largamente lo ocurrido. De pronto irrumpe Gomezaguirre con una parcajada, lo abraza y le agradece su indeclinable fidelidad. Después de cenar y de beber abundante vino, lo invita a dar un paseo. El Corcovado camina delante de ellos llevando el farol de mantilla. La luz se derrama por el suelo; sólo se ven los pies y las sombras estiradas. Gomezaguirre le confiesa a Adonis todos los secretos, revela datos impresionantes. "Debés saberlo, porque para mí sos como un hijo", le dice. La caminata se prolonga demasiado y la humedad del bosque resulta cada vez más agobiante; pero el Viejo es incansable. Adonis se siente aliviado cuando por fin llegan al barranco. No es posible continuar. Una noche como ésta poseyó a Marisa: en este mismo lugar. Como ahora,

se oía el grito esporádico de los pájaros nocturnos, y, a lo lejos, la percusión regular de las olas. "Quiero olvidar muchas cosas, borrar recuerdos ya inútiles", dice Gomezaguirre. "Por eso te hice venir. No tengas miedo. Vos sabés que a mis enemigos no les deseo la muerte. Pero a vos te quiero como a un hijo". El viejo saca un revólver y lo descarga contra el pecho de Adonis. No. Le clava una daga en el corazón. No. Simplemente lo empuja hasta hacerlo rodar por el barranco, con la ayuda del Corcovado. Y allá abajo, desangrándose entre las espinas de la cruz que se le hincan en la carne, le parece oír la voz del Viejo que le dice "Ahora tendrás la eternidad para imaginar todo lo que se te ocurra. Agradecé-melo Adonis; te permito entrar en mi reino para que dejes de ser nadie.)"

Se levantó de un salto para ahuyentar de una vez aquellos pensamientos disparatados. Se calzó, se ajustó la corbata, encendió un cigarrillo y se dispuso a salir. No iría a buscar a Angélica. Prefería caminar solo, sin rumbo; eso le haría bien para aclarar las ideas y trazar planes de futuro. Pura ilusión, porque los acontecimientos coincidían rara vez con sus propósitos. Por eso no insistía demasiado en establecer de antemano una hora precisa para comenzar a escribir. Debía mantenerse lo suficientemente lúcido para descubrir el momento exacto, el instante en que tuviera que decirse: ahora mismo empiezo, y entregarse a la creación. No sería difícil, pues se trataba simplemente de transformar en palabra escrita las invenciones que había madurado in mente a través de los años.

Una vez en la calle se avivó en él la sensación pertinaz de vivir entre cosas repetidas. El mismo almacén con las botellas de siempre en la vidriera; el matrimonio polaco sentado en pequeños banquitos a la puerta de la mercería; los mismos niños, los mismos viejos, frente a las casas de color invariable. Las transformaciones son demasiado lentas para que puedan parecerle novedosas; y cuando entre tanta repetición conocés a alguien con quien podés trabar amistad o hacer el amor, llega la hora fatal en que te dicen o decís: "es como si nos conociéramos de siempre". Sí, insiste Adonis, todo está repetido. La moda pretende hacer creer a la gente que existe lo verdaderamente nuevo; y se acepta el engaño porque se vive hastiado de cosas que se repiten. Lo *novedoso* ha pasado por infinitas manos antes de que llegue a vos. Y cuando alguien pretende decir algo original, no tarda en enterarse de que eso ya se le había ocurrido a un griego, y antes a un egipcio, y antes a un caldeo... bueno, no tenés otro remedio que aceptar la vida como interminable repetición. Y cuando te pongas a escribir, esclavo de la memoria, no harás más que repetir y repetirte hasta el cansancio. Tendrás que escribir con

el único propósito de vaciarte de recuerdos, y conquistar el olvido. Uno vive intoxicado por los recuerdos.

Supongamos que llega por fin la noche tan largamente esperada, que le robás todas las horas al amor (a hacer el amor, que no es lo mismo), al sueño, a la comida, al vino, y te decidís de una vez a empezar. Y empezás. Seguramente se tratará de tus *memorias*. Harás el recorrido a la inversa, de ese momento hacia el pasado. También escribirás los cuentos, las poesías, las páginas idiotas que se te ocurrieron alguna vez, y te sentirás aliviado a medida que te vayas despojando del lastre. Al principio la escritura será abigarrada, porque estás seguro de lo que ocurrió anoche, la semana anterior, el año pasado. Y en algún momento notarás con satisfacción que existen ciertas grietas en tu memoria totalitaria; descubrirás aberturas que no conducen a ningún recuerdo y por ellas podrás respirar más libremente. Los espacios en blanco —los olvidos— se irán haciendo más frecuentes. A lo primero, huecos pequeños, ausencia de nombres, palabras sueltas; más adelante serán espacios vacíos de frases, de párrafos, y por último, páginas enteras. Espacio libre. Y el escritor se olvida de escribir. Ya no es escritor. Apenas retendrá su propio nombre, el verdadero. ¿Es que hay nombres “verdaderos”? Olvidará también que lo llamaban Adonis. Tal vez hasta de su propio nombre se olvide. (Desconócete a ti mismo). Autor enteramente anónimo, y sin domicilio conocido. Pero el hombre solo puede ser dichoso cuando está a un paso de la dicha, decía Goroztiaga. Imaginate el momento en que estés a punto de cruzar la frontera que te separe del blanco definitivo donde caducan todos los recuerdos. Esa posibilidad acaso sea lo único que te incite a escribir.

De pronto recordó al sosías —¿o el sosías se acordó de él?—, pues era como si caminara a su lado, vistiendo un traje idéntico al suyo, imitando cada uno de sus movimientos, por las veredas desiertas, a lo largo de las calles adoquinadas, junto a los muros ciegos de las barracas cerradas que parecían repetirse hasta el infinito. Resonaban sus pasos en el silencio, blando silencio de palomas. Entre sus viejos proyectos había un cuento con un sosías que originaba innumerables equívocos y enredos. Goroztiaga había observado que era un recurso fácil y efectista, de esos a los que echan mano los escritores cuando no tienen nada interesante que contar. Adonis lo olvidó —sus olvidos eran casi siempre voluntarios—, pero ocurrió que el sosías se le apareció en sueños. Fue en la época en que trabajaba más de doce horas diarias para la publicidad y se sentía extremadamente cansado. Soñó que estaba acostado sobre un enorme sofá del que no podía levantarse. Angélica lo llamaba desde afuera, desde un jardín lleno de sol y de gente feliz. Adentro reinaba una atmósfera

agobiante. Sentía que su propio cuerpo carecía de consistencia, y también que le dolía el sofá como si a éste se hubieran trasladado sus nervios y sus vísceras. “No puedo ir porque soy sofá”, le hubiese gritado a Angélica, que insistía en que saliera, pero se había quedado sin voz. Entonces apareció el sosías. Angélica creyó que se trataba del mismo Adonis. Se acariciaban detrás de un muro. El no los veía, pero sabía que se estaban acariciando. Se oían sus risas. Después el exterior fue invadido por una niebla luminosa en la que el jardín y la gente se disolvieron. Menos Angélica que apareció demacrada y triste en la puerta de la sala.

Desde entonces, Adonis volvió a explorar de tarde en tarde las posibilidades del motivo del sosías, porque cuando uno está podrido del mundo, de compromisos inevitables, y de verse obligado a tratar gente que no soporta, tendría que disponer de un recurso que le permitiera transferir su identidad durante el tiempo necesario para una completa renovación de los humores.

Supongamos —se decía Adonis— que uno de esos días en que te sentís sofá, con la suma de los cansancios de toda la gente que se te ha sentado encima, llega alguien que te sonríe y te ofrece un método caro pero eficaz para gozar de un perfecto descanso. La empresa que representa no hace propaganda alguna ni figura en las guías telefónicas, pues eligen a los clientes y sólo los visitan cuando tienen una oferta seria, un producto acabado e irremplazable, de modo que vos te encontrás entre los privilegiados y por ello se te felicita. La propuesta resulta excitante y vos te ponés nervioso; buscás los cigarrillos, fingís que no te acordás dónde los guardaste, y así te movés un poco para recobrar la calma. Volvéis pisando con firmeza, le ofrecés uno, pero el hombre asegura que jamás fuma; tampoco acepta un trago. Tiene un aire angelical algo impostado, y una sonrisa maligna, especialmente cuando te extiende un juego de fotografías que ha sacado de su portafolios: ves una cara que es tu cara, que sonríe con tu sonrisa, no la profesional de los reclames de antisudorales y dentífricos, sino la de entrecasa, esa que reservás para Angélica en las horas plácidas. Sospechás que se trata de un truco, y que el hombre tiene el propósito de estafarte. Te mostrás escéptico, y el visitante te convence de que la empresa es seria, que podés entrevistarte con el sosías cuando te plazca y sin compromiso alguno; y en caso de aceptar la oferta, los pagos serán escalonados y a medida que el sosías —el espejo blando, se te ocurre— dé pruebas de su eficiencia.

Y mientras esperás el momento del encuentro con tu *espejoblando*, te da por imaginar situaciones: gracias a tu sosías, Angélica termina por amarte, admirada por tu transformación repentina; ahora sos un hombre sensato, sin escalofríos me-

táfsicos, y curado del mal, es decir, de la hipertrofia del mágin. Ahora un árbol es un árbol, una casa es simplemente una casa, y una mujer es una mujer (ya no todas y a la vez ninguna). Ella quiere casarse y alquilar una casita con jardín cerca de la playa. El sosías, por su parte, buscará la forma de eliminarte sin dejar rastros para poder instalarse definitivamente en la parte sana de tu mundo; vos dormirás las siestas largamente anheladas en un paraje remoto, y Gomezaguirre desesperará por tu amnesia repentina, por tu incapacidad para comprender el tejemaneje del tráfico de dinero. Bueno, pero antes de que esto pueda suceder o no, tenés que conocer a tu "espejoblando". La primera entrevista es informal; se conversa de todos los temas posibles porque se recomienda, antes que nada, empezar por establecer las coincidencias, los gustos comunes, las aficiones y los tícs, para detectar qué es lo que el sosías puede aprovechar de lo que ya trae consigo. La segunda etapa son los ensayos de imitación, para pasar luego al período de prueba cuando el sosías debe actuar en algunos lugares que vos frecuentás: el café, la peluquería, el gimnasio, el cine club, las librerías. Y saldrá con Angélica (o la visitará en su apartamento), y repetirá (en lo posible inventará) historias a propósito de ascensores o fachadas decimonónicas. Asimismo tendrá que recordar puntualmente tus hábitos eróticos e innovar (si se le ocurre) en el instante oportuno. Y por más nabo que sea hará las cosas bastante bien porque le resultará divertido (al principio; después veremos) meterse en la ropa, los zapatos, la cama y los compromisos de otro. Eso sí, no olvides que el tipo no es un profesional, ni trabaja por vocación, pues ¿es imaginable un sosías por vocación? Simplemente la casualidad hizo que naciera parecido a alguien que lo necesita y puede pagar por sus servicios. Y la compañía (pongámosle un nombre, "Teseo Ltd.", por ejemplo, con algunos slogans para repetir en privado: "lo sacamos del laberinto cotidiano para que usted goce de la vida", o "su sosías trabaja mientras Ud. descansa"), la compañía especializada en buscarles sosías a tipos asediados; realizará un trabajo impecable, pues cada espejoblando es de uso estrictamente personal y la Teseo Ltd. sostiene que una "very important person" como usted no podrá prescindir de nuestros servicios una vez que conozca las ventajas del sustituto. Aceptás finalmente la propuesta, pero una noche se te ocurre algo inquietante: la posibilidad de que el sosías muera de muerte natural, o por cuestiones del momento, o en un accidente, o en los brazos tibios de una muchacha. En el caso de que haya (hayas) tenido una muerte hermosa —apuñaleado cuando salía (salías) en defensa de una mujer, envenenado por la espina de una rosa o quemado vivo cuando procuraba (procurabas) rescatar a alguien de entre las llamas— tendrás que aceptar

el juicio definitivo de la necrológica que exagere tus virtudes y lllore por el artista malogrado, porque en el cuento sos un cantor de éxito, Gomezaguirre es el empresario gordo y Angélica es Angélica. Y también asistís a tu propio entierro y te asombrás al saber que tenías tantas admiradoras, la mayoría estudiantes y sirvientitas, que han recortado tu imagen del "Mundo Uruguayo" o de "Cine Radio Actualidad" para pegarla en la parte inferior de la puerta del ropero o en la ventanita chillona del cuarto de servicio. Aunque me parece que el tema del fulano que asiste a su propio entierro está tan trillado como el del sosías; pero decime, pajarón, ¿qué no está trillado? Si te ponés en exquisito nunca escribirás un corno. La vida no es más que repetición, ¿estamos? La dialéctica es una broma pesada. De modo que sigamos adelante con el cuento. Desde la vereda de enfrente —no olvides el detalle del gacho caído sobre los ojos y las solapas levantadas—, observás el cortejo que entrá al cementerio. Van con la cabeza baja, como siempre que se entra al cementerio, alentados por la solidez de la tierra que todavía pueden pisar. Nadie entra al cementerio mirando hacia arriba, no digo al firmamento, no, ni siquiera miran las copas de los cipreses, y es por eso que casi todos los montevideanos se van al otro mundo sin haber visto el signo esotérico sobre el portal; signo que afirma la esperanza en el más allá del empresario gordo que va entre los primeros empuñando con una mano una manija del féretro, mientras la otra, metida en el bolsillo, acaricia la tarjeta de crédito. Vos, protagonista del cuento, narrador ficticio, esperás que llegue la noche en los boliches del Buceo, y después caminás hacia el Centro por las sombras espesas de la avenida Rivera, y cuando llegás a la Ciudad Vieja luego de dos horas de caminata, fatigado y ojoso, vas a visitar a Angélica —en el cuento se seguirá llamando así— y le explicás, si se repone del susto, que volvéis de los reinos de la muerte porque no podés vivir sin ella. Le decís que esta vez no subiste por la escalera sino que utilizaste el ascensor, pero que no lo tomaste en la planta baja sino en los quintos infernos; que descubriste la puerta de hierro forjado entre las brumas mefíticas después de haber aplacado a las Furias cantándoles un tango de Homero Manzi. Y como a ella Manzi la emociona profundamente (acaso sea lo único que la emociona de veras), de puro estremecida se abrazará al resucitado, pese al terror que le producen sus manos frías y sus ropas húmedas por el relente. Y en la penumbra de la salita le narrás el viaje al otro mundo y desde el otro mundo, y le prometés visitarla todos los sábados de noche...

Otro posible desarrollo del cuento: al día siguiente de tu entierro vas a ver a don Alfredo, el empresario gordo, y te presentás como el sosías del finado (la cosa se complica por-

que vendrías a ser el sosías de tu sosías), y quién te dice que don Alfredo no termine confesando que él también es un sosías, y que... bueno, si es eso lo que pensás escribir mejor te vas a la mierda.

Ya estaba oscuro. Adonis se encontró sentado en el único banco de una plazuela triangular rodeada de plátanos con un farol en el centro. Alrededor, calles adoquinadas, casas muy viejas, un almacén cuya vidriera exhibía en desorden toda clase de mercaderías: artículos escolares, bacalao, botellas de vinagre, galletitas invendibles; más allá un cartelito colgado de unas celosías anunciaba "arreglos en general". Adonis se sintió aliviado porque aquellas cosas vulgares lo libraban del delirio, de los fantasmas de la imaginación. Su caminata sin rumbo lo había llevado hasta ese rincón de la Aguada. Se quedó un rato mirando pasar los nubarrones bajos empujados por el pampero, hasta que sintió hambre, sed y ganas de Angélica.

## MARTES

A ese hombre Adonis lo ha visto en alguna parte. Es extremadamente flaco y encorvado y parecería que sus dedos no fueran capaces de sostener la taza de té. Sin embargo su mirada revela una energía extraordinaria, como si la vida toda se le hubiera concentrado en esos ojos brillantes, pequeños, inquisidores. El hombre se pone los anteojos de armazón de carey y se dispone a leer cuartillas manuscritas que ha sacado de un libro amarillento. El libro se titula "Experiencia de la Muerte". Adonis observa el perfil recortado contra el ventanal. Lluve copiosamente. Angélica se demora. Como siempre. Hace una hora que la espera. Sabe que tendrá que esperarla una hora más. Podría acercarse al hombre flaco y conversar con él mientras espera a Angélica, o bien, pedirle prestado el libro por un rato. Adonis vacila. En eso entran tres muchachos que se dirigen con entusiasmo a la mesa del hombre flaco. Este les extiende la mano huesuda y los invita a sentarse. Adonis desearía integrar la rueda; y piensa que sería saludable cambiar de ámbito y de relaciones, y sobre todo, cambiar de mujer, porque las demoras de Angélica le resultan cada vez más intolerables. Quisiera hacerse amigo de una adolescente pálida, como esa que se levanta y sale a la lluvia, y hablar con ella largamente, mientras caminan sin saber adónde. Imaginar historias, contárselas a media voz y curarse así de la obsesión de escribir, pues bastaría con decírlas una sola vez (a solas) para alguien que se estremeciera al oírlas.

Adonis observa a los recién llegados. Uno es alegre y locuaz; su manera de gesticular, de reírse, de armar los cigarrillos que fuma en cadena con los labios muy apretados, revelan unas ganas tremendas de vivir, de lanzarse al viaje y a la aventura. El segundo es espectral, pálido y ojoso. No habla casi. Su asunto parece ser el silencio. Ríe sí, pero con una risa tristísima. El tercero tiene aire de espadachín iconoclasta, un color de piel que sugiere la vecindad de fuegos infernales, y una mandíbula prominente, modelada por el sarcasmo. Adonis ve en ellos a "El Caballero, la Muerte y el Diablo", que han venido a consultar al mistagogo, tal vez con el propósito de trazar un mapa con el itinerario que ha de seguir el Caballero. Y las cuartillas manuscritas que el mistagogo ha extraído del libro esotérico quizás tengan que ver con cierto viaje en pos de la dicha.

A partir de esta hipótesis, Adonis —que ahora se alegra por la demora de Angélica—, se dispone a descubrir coincidencias, con la esperanza de hallar un tema más prometedor que el del sosías. ¿Por qué eligieron este lugar para reunirse, en vez de hacerlo en un sitio apartado, en una encrucijada, en un sótano, donde la atmósfera fuese más propicia para la revelación?, se pregunta. Y su "alter ego" (ese sosías con el que compartís la misma envoltura de piel) le contesta: es que aquí, en esta esquina de Rincón e Ituzaingó estamos nada menos que en la encrucijada de la Eternidad y el Tiempo. Ahí al lado tenés la relojería Campos, y unos metros al sur, la Catedral.

Los de la mesa vecina hablan ahora de tauromaquia. Parecería que se citaron para discutir el asunto. El mistagogo es español, no hay duda, y cuando habla, su ceja izquierda se levanta como un arco en el máximo de tensión para disparar una idea sutil que hiere la sensibilidad del Caballero. Y el caballero se defiende de la apología de la lidia y de su trascendencia, se apiada de la víctima inocente de ese juego sangriento, protesta por la crueldad del matador que espera a que el toro esté exhausto y desangrado para aniquilarlo. Y el mistagogo escucha con indulgencia los razonamientos del Caballero porque nadie puede comprender el misterio si está afuera del círculo mágico. Adonis debe esforzarse por reconstruir el diálogo, pues el ruido de los tranvías que pasan por la calle Rincón destroza la mayor parte de las frases antes de que lleguen a sus oídos. Por momentos el mistagogo se apoya en pasajes del libro; lee en voz alta. Los tranvías trituran las palabras, pero Adonis alcanza a oír que "en las corridas de toros el animal desempeña el papel del hombre y el hombre el de una divinidad arcangélica: el demonio. Se venga de hallarse bajo el yugo de la fatalidad convirtiéndose a sí mismo en fatalidad de alguien..." Esta frase cautiva al Caballero; el Diablo sonríe, la Muerte escucha sin conmoverse.

Al ruido de los tranvías se agrega ahora el de los truenos. La lluvia arrecia. Ya no vendrá Angélica, pues tiene una excelente excusa para demorarse o para faltar a la cita. Los relámpagos se suceden sin solución de continuidad. La fuente de mármol en el centro de la plaza resplandece entre luminiscencias azules. La fuente donde Gisela se reclinó buscando un cielo imposible. ¿Dónde estará Gisela? Lloverá toda la noche. La fuente se llenará de agua, hasta desbordarse y deshacerse de la basura flotante, pero en el fondo quedarán hojas de diario y zapatos. ¿Por qué piensa en Gisela? Tal vez porque sería necesaria la presencia del ángel de cabellera de fuego para que acallara los ruidos que impiden escuchar al mistagogo, para que purificara la fuente, para que derribara la pared y destruyera todos los relojes, y horudara los espacios hacia el sur hasta llegar al templo, y hacer que su silencio se derramara sobre el mundo. Pero se suceden los truenos y cantan los tranvías, y además se oyen las voces excitadas de los que han entrado al café para escapar del diluvio. Los de la mesa de al lado discuten con ardor pero son como personajes de una película muda.

Adonis se deja llevar por los recuerdos a la tarde caliente de febrero en que vio una corrida sin suerte final, pues no eran "toros de muerte". El tío Federico lo había invitado. A la hora de la siesta le leyó pasajes de "El Embrujo de Sevilla" y de "Sangre y Arena", pero le advirtió, entre decepcionado y ansioso, que no verían una corrida de veras, pues la ley prohibía que se sacrificara al animal. Lo cual, según el tío, era una estupidez sensiblera puesto que no había legislación que impidiera que los boxeadores se rompieran a trompadas los hígados y las cabezas en un espectáculo carente en absoluto de poesía. Y además, se le robaba al toro la posibilidad de morir dignamente, como un héroe; se le negaba el derecho a una muerte hermosa y deslumbrante después de haber vivido libre en la pradera donde gozaba a las hembras y engendraba estirpe de luchadores. ¿No era más triste la suerte del reproductor de exposición, deforme y pesado, que, incapaz de cubrir a la vaca, tenía que ser masturbado, y que cuando ya no servía era enviado al matadero donde le daban un mazazo entre las guampas, lo colgaban de un aparejo y lo degollaban? Muerte sin resonancia... Pero lo mismo irían a la corrida aunque no hubiese suerte final y la "hora de la verdad" fuese en todo caso una hora de la mentira.

Era a principios de carnaval y los monigotes del tablado pintados con colores estridentes y adornados con láminas de hojalata nueva, brillaban bajo el sol de las cuatro de la tarde. En el tablado sólo estaba el encargado del equipo sonoro probando los altoparlantes. ¡Hola! ¡Hola! Uno, dos, tres, cuatro) y el fonógrafo que comenzaría a funcionar antes del atardecer.

El tío Federico se demoró en darle algunas instrucciones. Después marchó con Adonis hacia el Parque Central. Atravesaron extensos baldíos donde dormitaban las vacas de los tambos y pastaban los caballos de la panadería. Caminaron entre cañaverales, bañados y cachimbas; subieron el terraplén y anduvieron un trecho por la vía del ferrocarril a lo largo de la calle Monte Caseros. Y por fin, el alivio de las aceras sombreadas por los plátanos.

Era como si todos los andaluces de Montevideo se hubieran dado cita en el ruedo improvisado, cerca de las gradas de madera de la cancha de fútbol. Cuando ellos llegaron, una orquestita de músicos rejuntados luchaba con un pasodoble. De los tranvías —que entraban por Jaime Cibils los días en que había espectáculo— saltaban los pasajeros impacientes que se apresuraban en pos de un buen lugar en los "tendíos". Se veían mujeres que habían exhumado peinetones y mantillas de sus mamás o sus abuelas, niñas disfrazadas de maja y niños disfrazados de torero, mezclados con los pierrots, las colombianas, las damas-antiguas o maría-antonieta (¡qué popular fue siempre María Antonieta!), porque después de todo era carnaval y en la corrida no habrían de faltar las serpentinas y el papel picado.

La estridencia de un clarín cuartelero señala el inicio de la fiesta. Desfilan los toreros seguidos por los subalternos. El público grita y aplaude con entusiasmo. Los heterodoxos arrojan al ruedo serpentinas y confeti o levantan el mate con su bombilla reluciente a manera de brindis. El cortejo se disgrega por callejones y burladeros. Otro toque de clarín anuncia la salida al ruedo de la primera bestia. Le han embolado las astas para que no pueda herir. Deslumbrado por el sol, sorprendido por la algarabía que crece en los tendidos, se detiene en medio del redondel, y cuando los peones agitan los capotes arremete contra las barreras; al chocar contra ellas parece que las fuera a hacer saltar en astillas. Más serpentinas y confeti. Otra vez desafina el clarín, y es para anunciar la entrada de los picadores. Comienza el tercio de varas. Los caballos no tardan en fatigarse, y los picadores voluntarios no disimulan su terror cuando el toro hunde su cabeza en los petos protectores y derriba caballo y jinete. Un picador arroja su vara y corre a refugiarse tras el burladero. El público lo insulta. El espectáculo se ha tornado demasiado grotesco. Los banderilleros lo rescatan en parte con sus movimientos de danza. Pero difícilmente aciertan a clavar las banderillas en el lugar correcto. Y finalmente le toca el turno al "matador" que con su muleta y un estoque de madera se dispone a lucirse en los pases. Hasta que él y el toro se aburren, y el público se aburre y protesta.

La salida del segundo toro es deplorable. Por más que los

peones agiten los capotes contra su hocico, el animal no embiste. Está lleno de miedo y busca desesperadamente la salida para escapar de la luz y del griterío. El tío Federico se siente obligado a dar una explicación: "Estos no son toros de lidia; no llevan casta en la sangre". Se abre el portón y el astado corre a refugiarse en el toril. Y para entretener al público que desconfía de la solvencia de los organizadores de la fiesta, una murga de segunda categoría sale al ruedo. Vistiendo levitas de arpillera, los murguistas, que se han pintado el rostro con blanco y bermellón, saludan sacudiendo las galeras de cartulina. Un bombo, algunos platillos y una corneta de automóvil con una gran pera de goma, marcan el compás. La asistencia los alienta, sobre todo cuando se deciden a cantar las letras más zafadas del repertorio. Y de pronto sucede lo inesperado: por el portón que no fue debidamente cerrado, sale el toro como una furia; el mismo toro que había sido repudiado por su mansedumbre. La murga corre a la desbandada; rueda el bombo, vuelan las galeras, caen los platillos. El público alborotado celebra el gran número fuera de programa, lo mejor de la tarde. Los murguistas saltan las barreras o se refugian detrás de los burladeros. Pero uno ha caído en medio de la arena y se incorpora con dificultad. El toro se lanza sobre él y lo golpea con el testuz. Vuelve a caer, y con un gesto desesperado manotea uno de los cuernos y le quita la bola. Los que no se han dado cuenta de la situación siguen riendo con ganas. Entran los toreros con sus capotes desplegados para distraer al toro, también entran picadores, pero el animal sigue con la cabeza baja, como pegado a su víctima. El hombre se arrastra lentamente sin dejar de mirar al monstruo enfurecido que resopla y escarba la arena; con una pezuña alcanza a desgarrar uno de los faldones de arpillera. Ahora yergue la cabeza y retrocede; los toreros lo azuzan para que embista los capotes. El hombre se desplaza dando giros sigilosos sobre sí mismo en dirección a la barrera. El animal vacila. El hombre se incorpora para echarse a correr. Le gritan que no lo haga, que espere a que el toro se aleje bastante. Pero puede más el miedo y se lanza a la carrera. Alcanza las barras desde donde le extienden brazos para que suba de un salto. Descubriendo el engaño, la bestia se precipita como un rayo contra el fugitivo y le aplasta una pierna. Dolorido, el murguista no puede dar el salto salvador y queda colgado de la empalizada, y antes de que acudan más espectadores para ayudarlo, una nueva embestida lo aniquila; el toro le clava el cuerno desnudo a la altura de los riñones. Se desploma sobre la arena, desamparado por las manos que lo dejan caer porque ya no creen en su vida. En su cara hay una mueca espantosa, exagerada por los trazos de bermellón. Si gritó, su grito se ahogó entre los de las mujeres que ahora se cubren la boca con las manos.

Cuado el toro, doblegado por los golpes que le descargan los picadores, es empujado al toril, los otros murguistas acuden a socorrer al caído que yace inmóvil sobre la arena. Lo levantan y lo llevan de prisa hacia la calle. Un niño, metido en una levita enorme, llora mientras le sostiene la cabeza. Crece el silencio. Los murmullos se ahogan en el aire caliente que huele a maderas, a estiércol, a resina de pinos. El Parque Central se va quedando desierto y la memoria de Adonis no conservará de esa tarde el menor ruido a partir del momento en que se llevaron al murguista: ni el de los pasos sobre el pedregullo, ni los claros metales de los tranvías, ni voz alguna.

De sobra sabe Adonis que aunque pudiese escuchar todo lo que dice el mistagogo jamás llegaría a lo esencial del asunto, pues tiene una imagen deformada de la tauromaquia. Y por más que le explicaran su poesía, su trascendencia y su misterio, predominaría siempre la figura del murguista reventado por el toro contra las barreras de la plaza. "¡Si esa fuera tu única imagen deformada!", le diría Angélica si estuviera sentada frente a él. "A mí nunca me viste como realmente soy, ni me verás, porque ya no tenés arreglo". Le parece oírlo, como siempre que se siente solo e indeciso. Y justamente hoy que la había citado para conversar acerca de cómo resolver el futuro, ella no aparece, aunque al mediodía le juró por teléfono que allí estaría sin falta.

Y estubo de acuerdo en encontrarse en terreno neutral —ni en su apartamento ni en el de él— pues si decidían separarse de una vez por todas era mejor evitar que la nostalgia quedase adherida a las cosas que uno tiene que ver cada día. Y todavía, antes de colgar el tubo, ella cantó en tono de broma:

*...las que has aguantado, te las pagaré  
con lindos recuerdos, diré que sos buena,  
que es grande mi pena,  
pero ¡qué le vas a hacer!*

¿Dónde está Angélica? ¿Con quién? Tal vez se haya quedado dormida, porque, como dice ella para justificar sus siestas interminables, "el hombre de mis sueños es tan grande, que para verlo debo dormir diez horas por día". Adonis comienza a inquietarse. Se siente burlado, como si se encontrase en una plaza desierta corriendo por el ruedo de un lado a otro, sin objeto, mientras Angélica le hace guiños, apareciendo y desapareciendo tras los burladeros. Quiere salir, pero no hay salida; de modo que no le queda otro remedio que arreglárselas como pueda mientras espera al matador.

Podrías decir: aquí termina esta historia, adiós Angélica, adiós don Alfredo, adiós Adonis, adiós Montevideo. Y te mandás mudar al Mato Grosso. Pero querés demostrar que tenés cojones y que te vas a aguantar en la estacada hasta que te

las paguen todas juntas, hasta que ella comprenda que se acabó el juguete. Que los tenés para ir a Trago de Sombra y romperle la cara al Corcovado no bien empiece con evasivas; que los tenés para esperar a Gomezaguirre y pedirle explicaciones. No hay salida, pero tratarás de hacer saltar en pedazos los burladeros; que ya no sos cornudo, como te hizo Angélica, sino cornúpeto, y el que venga a clavarte el estoque, tendrá que meditarlo dos veces. "Te falta agresividad", le dijo una vez don Alfredo. Y tuviste que reconocer que tenía razón. Pero acordate que no lo dijo con tono de reproche, sino con cierto alivio.

Ha dejado de llover. El mistagogo se levanta, se echa el sobretodo gris encima de los hombros, toma el libro y los apuntes, se despide del trío que lo acompaña hasta la puerta. Vuelven a despedirse y alguien lo nombra. Ahora sabe Adonis quién es el mistagogo. El trío toma por Rincón al oeste. Seguramente cruzarán la plaza Zabala para dirigirse a "La Telita" que a esta hora estará sufriendo su metamorfosis nocturna: de verdulería en bodegón, donde solo está permitido beber vino, porque según reza el único precepto escrito en las paredes, "Vino con caña no va. La casa es seria". Y ahí está el gordo Lito sentado en la vereda, para hacerlo cumplir, para prohibir la entrada a los curdas que vieron morir la tarde en los boliches del puerto.

En medio del olor dulzón de cebollas y naranjas que a medianoche se habrá mezclado con el del humo denso del tabaco, con el del queso picante y el de la longaniza aderezada con anís, el Caballero, la Muerte y el Diablo glosarán la palabra del mistagogo y, estimulados por el moscatel rosado, intentarán extraer la quintaesencia. Adonis envidia a aquellos que creen sinceramente en la literatura, que se estremecen ante la "revelación" poética y descubren cada día una nueva isla en el tiempo, y lamenta que Goroztiaga haya sido un desmistificador a quien le debe no pocas desilusiones. Se siente impulsado a seguir al trío, sentarse junto a ellos en uno de los cajones volcados, y al conjuro del vino, confesarles su propósito de dedicarse a escribir y exponerles sus proyectos, porque al parecer ellos están en la misma situación: o aún no empezaron o recién empiezan. Paga la media docena de cafés que bebió durante la espera, paga por el insomnio inevitable de esa noche, y se dirige lentamente hacia la puerta. Pero antes de salir se ve en los grandes espejos, se ve como lo verían los del trío: un veterano fracasado; y no hay nada que repugne más a la gente joven que un tipo con cara de fracaso. Adonis desiste.

Mientras camina hacia cualquier parte y mira de tanto en tanto las pocas estrellas que aparecen entre los nubarrones pesados que anuncian más lluvia, recuerda que en el grabado

de Durero "El Caballero, la Muerte y el Diablo" hay una figura que acompaña a los tres: Adonis se sueña transformado en el perro que sigue de cerca a los iniciados hasta la puerta de la vinería. El gordo Lito no lo deja entrar; lo amenaza con sus pies enormes. Adonis-perro se echa en la vereda húmeda a la espera de que el gordo Lito se duerma, sentado en el taburete, con la cabeza apoyada contra la pared de esa casa tan vieja (hay quienes aseguran que allí nació Artigas) que le han crecido matas en las grietas. El gordo se duerme y Adonis-perro entra, buscando a los iniciados, y se encuentra de pronto en un infierno del cual saldría despavorido si no fuera porque comprende que debe adaptarse a sus nuevos sentidos de perro, al olfato y al oído —sobre todo al oído— recién estrenados. Adentro todo cruje. La gente oye solo una pequeña parte de todos los crujidos que debe soportar el can. Cada tabla del piso tiene sus ruidos propios. Crujen los cajones. Cruje el mostrador, como si fuera a partirse, cuando sobre él alguien hunde la cuchilla en las entrañas del queso o rebana los salames, y si no, también cruje, pues la humedad del aire hace que las maderas no dejen de moverse. Crujen las estanterías donde duerme el gato impasible entre paquetes de fideos. Crujen los tirantes que parece inmovibles desde hace siglo y medio; crujen las barricas, las ventanas, los marcos de los cuadros con las fotos de los amigos ilustres de la casa. Y entre los ruidos de las maderas, se oyen estridencias que deben ser las voces de los parroquianos, más la marcha enloquecida de todos los relojes, y las botellas que se destapan, y el vino que se vierte en los vasos. De pronto alguien se levanta para pedir silencio; el Caballero va a cantar acompañado por un guitarrista taciturno. Y debe haberse hecho ya un silencio humano porque todos aguardan inmóviles. Adonis-perro sigue oyendo el concierto de maderas y relojes; y desde afuera llegan los ronquidos del gordo, y el sisear de las cubiertas de los autos sobre el asfalto mojado, y el ruido de los motores, y un tranvía que dobla por Pérez Castellanos; a lo lejos, las bocinas de los remolcadores, una puerta que se cierra, ladridos. Las modulaciones del cantor y las notas de la guitarra son destrozadas por infinidad de ruidos intermedios que nadie oye sino el perro, que, exasperado, se pone a ladrar hasta que lo echan a patadas.

Adonis ya no tiene ganas de insistir con el motivo del perro, que husmeaba los olores de la ciudad vieja, o contemplaba los frentes oscuros de las casas con sus teorías de faunos, medusas y angelotes que surgen para respirar la brisa húmeda de la noche. El perro esperaba que el Caballero, la Muerte y el Diablo salieran de la vinería para seguirlos por las calles desiertas.

Adonis se acuesta, sabiendo que no podrá dormirse hasta

que las primeras luces se filtren por la ventana. Fuma sin cesar para aclarar las regiones del insomnio y saber de dónde le vienen esas ganas malditas de volver a Trago de Sombra, de vagar por la playa desierta y perderse por los intrincados senderos del bosque. Si no fuera por el Corcovado, que se aparecerá por allá en cualquier momento, o seguramente lo estará esperando, aquello sería el paraíso.

Repasa los momentos vividos en Trago de Sombra, la Semana Santa en que Marisa Gomezaguirre se convirtió en su amante ocasional. Era como vivir en el desierto, y los cinco quilómetros que mediaban entre la casa y la carretera sólo podían hacerse a pie, a caballo o en carro, entre médanos interminables. Fueron felices porque ninguno de los dos pensaba en entablar una relación formal y porque don Alfredo, demasiado absorbido por transacciones riesgosas, no se inquietaba porque ambos volvieran de la playa muy entrada la noche. Doña Brenda, por su parte, borracha de tedio y aire puro, no sentía la necesidad de vigilar a su hija, ni siquiera cuando su marido y el Corcovado se ausentaban por el día entero.

Con seguridad, allá podría, si no escribir, al menos dictarle a Angélica los párrafos tal como fueran saliendo y dejar, eso sí, que ella agregara todo lo que se le ocurriera. Una verdadera procreación, la cópula literaria. Concebir la escritura como acto carnal, lo cual no quería decir que se pasaran narrando obscenidades, no, eso era propio de escritores solitarios que necesitaban escribir para excitarse las glándulas. Ellos desarrollarían temas aun inocentes y triviales, pero de modo que el lector entendiera sin dificultad que eran dos los que escribían y que cada página era una sábana tibia sobre dos cuerpos entrelazados. Pero eso no se lo propondría a ella hasta el momento mismo de comenzar, para que no se deleitara con la destrucción del proyecto.

A la hora de la siesta, cuando ella no pueda más de aburrimiento, le extendés el cuaderno y el lápiz y le decís: "Escribí lo que voy a dictarte. Es una creación a dúo, así que podés añadir o quitar lo que se te ocurra". De fijo que le parece divertido el juego de las ideas acopladas. Y en algún momento se me pondrá triste y lamentará no tener nada más que decir, y yo la animaré para que insista porque en ese juego el que abandona pierde y debe someterse totalmente a la voluntad del otro. "¿Y qué querés que diga si no me acuerdo de casi nada?", replicará ella. Y yo: "Inventá cualquier cosa". Y mentirá para que la deje en paz: "No se me ocurre nada más que una historia interminable y aburrida de incestos y violaciones". Pobrecita. Una temporada en Trago de Sombra

le hará bien. Siempre ha vivido entre cuatro paredes. No sabe de silencios agrestes, ni de playas inmensas y salvajes, ni de bañarse desnuda entre las rocas. Recuperará su esplendor, y se sentirá dichosa por haber sido rescatada de los grises de la Ciudad Vieja. Su almita se llenará de luz. Y se pondrá sentimental como aquella noche que estaba para la franqueza y me dijo apenada:

—Dichoso de vos que conservás algunos recuerdos agradables. Yo no conservo más que uno, ¡y es tan cortito! Yo era una nena de largos rulos, y aquella tarde estrenaba un vestido de organdí que me habían hecho las tías con quienes vivía. Papá me fue a buscar como todos los sábados para llevarme a pasear, pero esta vez no íbamos al parque Rodó ni al Prado, como era costumbre. El quería que conociese a una señora muy amable que vivía en Colón. Papá, que solamente me hacía regalos para mi cumpleaños, me trajo esa tarde una muñeca que abría y cerraba los ojos y decía "mamá". Yo no conocí a mi mamá... Y esta es una historia de la pobre huerfanita.

Hicimos un largo viaje en tranvía hasta Villa Colón. Papá no hacía más que hablarme de la generosidad de la señora y de su casa de cuento de hadas rodeada de parque y con una fuente de azulejos en la que había peces de colores y una tortuga. Yo iba embobada con mi muñeca y la llevaba parada sobre las rodillas para que todo el mundo la viera. Cuando llegamos a la quinta, la señora estaba recostada en una hamaca de jardín y no se levantó al vernos entrar por el portón de hierro forjado. El sendero en curva era larguísimo y parecía que no llegábamos nunca adonde estaba la señora. Extendió una mano a papá para que la besara y a mí me oprimió el rostro contra sus pechos que olían a violetas. Al rato me dijeron que llevara a la muñeca a pasear por el jardín porque ellos tenían que hablar de asuntos de mayores. Entraron a la casa. Yo me sentía libre bajo las copas de los árboles que al atardecer se llenaron de pájaros. Cuando empezó a oscurecer sentí miedo de estar sola y entré en la casa. Papá salió de una habitación como nunca lo había visto, despeinado y con la camisa abierta. Me llevó al jardín y, al ver las luciérnagas, prometió regalarme fuegos de artificio. Pero antes, yo tenía que llenar una botella con bichitos de luz. Fue a buscar una y él mismo introdujo los primeros antes de volver con la señora. Había tantos que en menos de una hora la botella estaba casi llena, y yo, alucinada con el farol viviente. Papá volvió a salir de la casa vestido como al principio y con el sombrero puesto. Empuñaba el revólver que siempre llevaba consigo porque tenía muchos enemigos. La señora caminaba a su lado tomada de un brazo de papá. El agarró la botella y la colgó entre las glicinas. Le pidió a la

señora que apagara la lámpara del vestíbulo, y a mí que me quedara quieta y me tapara los oídos. Disparó dos veces. Las glicinas se llenaron de luz y yo quedé fascinada. Pedí más, pero papá me dijo que ya era tarde y debíamos partir y que pronto volveríamos porque la señora estaba encantada conmigo. Acaricié el revólver antes de guardarlo. El mismo revólver con el que se suicidó un año después por deudas de juego... Esa tarde en el jardín de la señora es mi único recuerdo feliz. Todo lo demás es sucio o monótono.

Angélica necesita ventilar los recovecos de su ser deprimido, acostumbrarse a la luz, a las formas, a los ruidos y a los olores de las cosas naturales. Tal vez puedas volver a vivir en ella la felicidad, la breve felicidad, que te dio Marisa (sos un egoísta). Después de todo le debés a Marisa una felicidad tan entera y redonda como sus formas. No estaba tan buena como Angélica, ni tenía la piel tan tibia, ni ojos tan profundos; es cierto, pero tampoco tenía las excentricidades de Angélica. Cuando hablaba decía todo lo que tenía para decir... y después el silencio, la respiración excitante, y el no importarle la tendencia a engordar, ni la miopía, esa miopía que la volvía más sensual (tío Federico aseguraba que las miopes eran casi tan sensuales como las sordomudas), pues parecía que anhelara la proximidad de lo distante para sentir a flor de piel lo que no podía ver con claridad. Nunca le hablé a Angélica de mis relaciones con Marisa, ni de cómo la conocí, ni de que entré como un ladrón en la casa de los Gomezaguirre. En cualquier momento se lo confieso. Quizá mañana si nos encontramos. Le diré que en Trago de Sombra, a la hora de la siesta, la veía alejarse. Bajaba sola a la playa. Habíamos convenido en que ella saldría una hora antes. Jugábamos a las escondidas. Yo miraba sus caderas anchas y sus hombros desnudos y tenía que reprimirme para no correr tras ella y derribarla en los arenales. Se escondía en alguna parte y yo tenía que encontrarla antes del anochecer, pues ella no era capaz de regresar sola y a oscuras. Un juego incitante. Podía esconderse en el bosque, o entre los médanos, o en las ensenadas rocosas. No me apresuraba por hallarla, pues al postergar al máximo el instante del encuentro se acrecentaba el deseo. A veces me acostaba a contemplar el cielo a través de los follajes y escuchar a las chicharras, y de pronto corría como loco en su búsqueda. La primera vez la sorprendí bañándose entre los médanos en una laguna de agua dulce. Me dejó exhausto. La escena volvió a repetirse en el bosque, entre las rocas, a la orilla del mar y en medio de la espuma.

¿Qué cara pondrá Angélica cuando se lo cuente? ¿Lo creará o no lo creará? Seguramente te dirá con sorna: "es triste

asistir a la decadencia de una imaginación tan rica"; o si no: "vos pensás como si estuvieras escribiendo, y hablás como si no pensaras. Y escribir, si es que no lográs contener las ganas, será lo mismo que descargar el vientre". Sí, Angélica te dice cosas por el estilo, porque es la *musa aspiradora* que se entretiene en chuparte los sueños mientras te engatusa con su cuerpito y te hipnotiza con sus ojos maravillosos (nunca maravillados); y otras veces se pone querendona o tan sumisa como si estuviera dispuesta a lavarte los pies con lágrimas. Y vos te mentís con eso de que el aire puro y el yodo la van a cambiar. Tu íntimo deseo debe ser el de llevarla a Trago de Sombra como forma de venganza.

## M I E R C O L E S

—Pensé que estarías enojado por lo de ayer. Pero ocurrió que...

—¡Pliiiiis!, no me des explicaciones; dejá que piense lo peor.

—No empecemos, ¿eh?, que hoy no tengo ganas de pelear. Mirá que día de miércoles: no hace más que llover y yo me siento toda blandita como si fuera de papel. ¿Y vos?

—Yo me siento macanudo, dispuesto a comenzar una nueva vida. El viejo, antes de partir, me infundió optimismo. Te aseguro que nos quiere como un padre.

—¿No me digas que ya se las tomó!

—Precisamente eso era lo que quería contarte ayer, pero como tenés la costumbre de demorarte, siempre te enterás de las noticias cuando ya son viejas. Aunque fue mejor que no vinieras, pues necesitaba estar solo para ordenar los pensamientos. La partida fue emocionante; sólo estábamos los más íntimos y el viejo lloraba como un botija.

—¿Fuiste al aeropuerto?

—No, porque no se fue en avión. Quería marcharse sin hacer ruido. Se fue en una montgolfiera.

—¿Qué decís?

—Sí, en una montgolfiera, en un globo. Se embarcó en la azotea de su casa no bien soplaron vientos propicios. Yo tuve que ayudar a los muchachos a subir el globo que estaba escondido en el garaje, y nos llevó un buen rato calentarlo para que se inflara. Quiso irse después de medianoche, así no se enteraban los vecinos...

—Si insistís en decir macanas, te juro que me levanto y me voy. ¿Se fue o no se fue?

—Claro que se fue... y te dejó un besito que te dará esta noche, bien sazonado. Pero no te inquietes, que don Alfredo volverá; y cuando vuelva todo marchará mejor que antes, porque el viejo nos ama. ¡Y vos lo querías matar! Me necesitará más que nunca. Adonis hay uno solo, y no lo digo por vanidad. No. Es así porque es así. Me pidió encarecidamente que me ponga a buen recaudo por un tiempo, para evitar verme enredado en algún llo gordo. Me propuso vacaciones pagas en Trago de Sombra, cerca de la frontera, de modo que, si se nos da la gana, nos mandamos mudár al Brasil. ¿Nunca te hablé de Trago de Sombra?

—Hay muchas cosas de las que nunca me hablaste. Qué se le va a hacer; al fin de cuentas no soy tu esposa para exigirte verdades. Estoy resignada a eso de no saber cuándo hablás en serio y cuándo no. Y a veces pienso si será algo más que una imaginación tuya... hasta el momento en que se te antoje no imaginarme más y me borre para siempre. Lo que no te perdono es que no se te haya ocurrido algo mejor: santa, actriz de cine, o ama de casa. Sos un demonio.

—Entendeme, Angélica; para que nuestra relación pueda marchar, es preciso que nos quitemos las telarañas, que nos ventilemos un poco. ¿Por qué no venís conmigo a Trago de Sombra?

—¿Vos estuviste allá alguna vez?

—Sí, hace tiempo, mucho tiempo. Después volví en sueños. Es bueno un poco de vida natural de tanto en tanto. Decime, montevidanita crónica, ¿qué idea tenés de la naturaleza?

—Y..., los árboles del ornato público, las gaviotas de Malvín, las quintas de los alrededores. Ah, y una vez que mi abuela me llevó a Piriápolis. Lo demás lo vi en el cine. ¿Qué te parece?

—Entonces nos vamos para que conozcas la Creación en vivo, árboles de verdad, cielo de verdad, gaviotas de verdad. Y el océano. Vos nunca viste el océano. Vámonos mañana mismo.

—¿Con esta lluvia?

—Bueno, pudiera ser pasado, pero quiero estar allá antes del sábado. No digas que no.

—¿A vos quién te entiende? Un día me venís con que el viejo nos abandona, que es un hijo de puta, que te exprimió cuanto pudo, y que ahora te tira (nos tira) porque ya no le servís. Y de repente salís con que te da vacaciones pagas, te cuida, se deshace en atenciones por vos... Siempre desconcertándome. Claro, así es más cómodo, porque si un buen día te da la loca y te hacés humo, no tendrás que cargar demasiado con tu conciencia. Te garanto que me vienen ganas de clavarte las uñas en el rostro para arrancártelo y

ver si así descubro el verdadero. Pedime otro gin fizz que hoy estoy para lo agrio.

En las penumbras del café *Jauja* solo están ellos dos, sentados en una de las mesas del fondo, y un hombre pálido que dormita en el otro extremo del salón (debe ser el autor de los cuadros sombríos que cuelgan de las paredes) y los mozos que discuten en voz baja junto a las cajas apiladas de Gordon Gin.

Mientras ella bebe de a sorbitos ese cóctel blancuzco, agua con alcohol y niebla y unas gotas de limón para que penetre mejor en la carne, vos la mirás y una vez más te parece que no todo está perdido. La invitaste con jerez pero ella prefirió ese brebaje de gringos; le dijiste: "Lo siento, porque el jerez es luminoso, lo hacen con sol, y a vos te haría bien. ¿Por qué insistís en cargarté con más cerrazón?" Y el mozo, impasible, nos mira desde la distancia en que están los mozos, esa distancia que crece por días, por horas, por minutos, y que es la suma de todos los trayectos recorridos entre el mostrador y las mesas, las mesas y el mostrador. Los mozos son lejanos, pulcros, silenciosos; con sus saquitos almidonados y sus rostros inocentes parecen ángeles, los únicos ángeles que uno encuentra en la ciudad. Fijate en sus movimientos rituales, en sus miradas agudas. Conocen los pecados de todo el mundo, y el día del juicio final estarán sentados en fila, unos escalones más abajo que el jurado, y sacarán sus libretitas donde han escrito con letra menuda la historia de cada uno. Los mozos son inaccesibles, objetivos, inquisidores e insobornables. No los compra la propina que reciben con dignidad de diáconos, como si se tratase de una ofrenda.

A Angélica ya se le calentó el corazón; te acaricia una mano, y, como sucede siempre que se pone tierna, te pide un cigarrillo. Rara vez fuma. Cuando lo hace, suele ser una señal inequívoca de que está dispuesta a escucharte y a creerte. Vos siempre le dijiste la verdad; a tu manera, pero se la dijiste. No; lo que pasa es que quisiste decirse la, pero las palabras son acertijos.

—¿Sabés?, pichona. Siempre traté de decirte la verdad, pero las palabras llegan a tus oídos como acertijos, y vos no te tomás el trabajo de interpretarlas. O me escuchás a medias, o me interrumpís, o pensás en otra cosa.

—Es que el diálogo entre un hombre y una mujer en algún momento se interrumpe. Fatalmente se interrumpe. Se interrumpe en un coito real o imaginario.

—"Coito". Qué palabra horrible. "Cópula": peor todavía. "Ayuntamiento": tiene aire municipal. Queda "comercio carnal". ¡Sin comentarios!

—Acertijos para hacerte hijos.

—Eso sí que está bueno. Volvés a iluminarte, pichoncita. Allá en Trago de Sombra inventaremos la palabra que repare esa carencia de la lengua. Una palabra pulposa y húmeda como una fruta.

—O como una lengua.

—Hoy sí que estás en vena.

(Se le calentó el corazón, no dejes que se le enfríe).

—Mozo, otro gin-fizz, y para mí otra ginebra con jerezano.

Angélica te guiña un ojo, te tira besitos; se ha sacado los zapatos y sus pies tibios se escurren por debajo de tus pantalones, te bajan los calcetines, te hacen cosquillas. Y vos te preguntás cuál es la verdadera Angélica: ésta o la otra; la que no vino ayer, la que vino hoy, la que mañana estará completamente derrumbada porque el gin-fizz le hace mal al hígado. Me pregunto cómo será Angélica cuando no está contigo: en el baño, en la peluquería, en brazos de un amante ocasional. ¿Quién le habrá enseñado a hacer esos anillos de humo que la divierten tanto y que duran asombrosamente en la atmósfera inveterada del *Jauja*? Ahora hay uno detenido entre su rostro y el mío. Cuánto tarda en disiparse. Ella cierra un ojo, y con el otro te mira a través del aro azul.

—¿Cómo me ves?

—Un santo con aureola y todo. Lástima que eso sea tan breve, pues me gustaría esperar a que hicieras un milagro. ¡Vamos, un milagrito para tu devota!

—Pedime lo que quieras. Mientras dure mi santidad trataré de colmar tus deseos.

—Ya que estamos matando el tiempo, matámelo definitivamente, santito de mi alma.

—Ya está. Lo maté. El monstruo sangra a tus pies. Entramos en la eternidad; para siempre así, sentados frente a frente, tomados de la mano, con los ojos cerrados para soñar sin límites con todo lo que se nos antoje y que se hará realidad tan pronto como los abramos. Estamos en *Jauja*, el país de las delicias.

—Tengo miedo, Adonis, te tengo miedo.

—Nunca me dijiste nada semejante.

—Sí, tengo miedo de ser feliz.

—Eso lo dicen los personajes femeninos en las novelitas de Corín Tellado. A vos no te queda bien.

—¿Y desde cuando lees a Corín Tellado?

—Desde antiguo, cuando empecé a ir a los bailes orilleños, para tener de qué hablar, ¿o pensás que conversaba de metafísica?

—Habrás tenido éxito, supongo.

—¡Cómo no!, y buenas hembras: carnes duras y ausencia

de angustia existencial. Mi error fue alejarme del suburbio. En el suburbio viví contento. Pero duró poco, pues la ambición de "ser alguien" (esa muletilla infernal que te obligan a usar desde la infancia) me devolvió al centro; me vomitó en el centro, por decir mejor. Allá dejé una "novia" que era un lujo. Iba a visitarla los sábados y me quedaba hasta el lunes de mañana. La vieja, y el concubino de la vieja, hacían la vista gorda cuando nos encerrábamos en el cuarto, convencidos de que yo estaba enamorado de la Nena y me iba a casar con ella. La Nena era una morocha deslumbrante. Y aunque no creo que te interese la etapa mersa de mi vida, tal vez te importe saber que la Nena, involuntariamente, me dio la punta del hilo que me condujo hasta la casa de los Gomezaguirre.

—¡Qué divertido! Nunca me contaste cómo conociste a don Alfredo.

—Por falta de tiempo, querida.

—Pero ahora estamos en la eternidad. Pedime otro gin-fizz, que no quiero olvidarme de los placeres terrenales.

—¡Mozo, otra vuelta!

Empiezo. Le cuento cómo conocí a la Nena en un tranvía; la Nena, que se acordaba de su nombre, Viviana, sólo cuando tenía que firmar. Angélica se ríe del nombre, se ríe del barrio; se ríe de la casa con techo de cinc; se ríe de la vieja y del concubino; se ríe de la calle de tierra, del portoncito de hierro, de la jaula del canario colgada de un clavo en el tronco del paraíso; se ríe del parral, del aljibe, del caminito de ladrillos, de los canteros de malvones rodeados de botellas enterradas, de las botellas con el culo para arriba donde duraba el agua de la lluvia; se ríe de la letrina solitaria entre las higueras añosas, de la puerta de tablas de la letrina con su agujero en forma de corazón. Por lo menos, Angélica se divierte. Se ríe del concubino que bebía un litro de harriague con el almuerzo, que dormía la siesta hasta la cinco de la tarde, que tomaba mate hasta las siete, cuidaba la pequeña huerta, le daba de comer a las gallinas y se iba a jugar al truco al boliche de la esquina, y sólo viajaba al centro cuando tenía que cobrar la jubilación; se ríe de la vieja que hacía tortas fritas crocantes como nunca comí en mi vida.

—No comprendo que pudiera sentirse satisfecho entre tanta vulgaridad un tipo de gustos delicados.

—¿Y por qué no?, lo cotidiano no es siempre "mucho y feo", como decía Quevedo.

—Las citas están de más, pedantón. ¿A que en aquel barrio?... ¿qué barrio era?

—Punta de Rieles.

—¿A que en Punta de Rieles no citabas autores?

—Por supuesto que no; la literatura estaba de más.

—Siempre está de más. Si no fuera por la literatura que te llenó la cabeza de ideas raras...

—Tenés razón: vos sos una idea rara.

—¿Entonces soy un producto literario?

—Por supuesto. Te encontré justo cuando estaba terminando de leer el "Diario de un Seductor".

—Y antes, cuando conociste a la Nena, que leías?

—Nada, porque Goroztiaga me había dicho: "Conocé la realidad, hundite en la realidad, hincate en las carnes de mujeres ciertas, mezclá sus sudores con los tuyos; tal vez así podrás escribir algo que valga la pena. No creas demasiado en los libros. Para mí ya es tarde. No puedo dejar que tipos jóvenes como vos se pierdan en la persecución de fantasmas.

—No pretendo que me cuentes las porquerías que hacían con la Nena, ni de qué hablaban, supongo que sería acerca del gato, del concubino de la vieja, de la pobre vieja, de las gallinas, de qué cara está la vida, cambiale la yerba al mate, hoy juegan Nacional y Peñarol, apagá la luz, no hagas tanto ruido que nos oyen, así no, mejor así... pero lo que no puedo imaginar es la entrada de Don Alfredo en escena.

—Un día me dijo Viviana: "¿Por qué no venís también entre semana? Mamá consiguió trabajo en casa de unos richochos y no vuelve hasta la noche. Estaremos más tranquilos, porque cuando ella no está, don Fermín (era el concubino) se va a las canteras a pescar ranas o se pasa la tarde en el boliche". Y casi sin darme cuenta me fui volviendo homo domesticus, pues Viviana me tenía atrapado en sus encantos salvajes. Las horas se nos iban en siestas y jugueteos, y cuando doña Rosalía regresaba, nos encontraba tomando mate bajo el parral.

—¡Linda vida!

—Saludable, sobre todo. Me había olvidado de los libros, de mis berretines de escritor, de las clases de Goroztiaga, de "El Sentimiento Trágico de la Vida". Las fronteras de mi mundo se habían encogido; dentro de él: el ocio feliz, la piel morena de Viviana, su pelo largo y renegrido, sus labios calientes, más el olor de la tierra, las legumbres frescas, el cielo abierto. Del otro lado, un mundo lejano que acababa de salir de la guerra y se llenaba de esperanza...

—Y vos, en alpargatas.

—Hasta que un domingo de verano sentí terror, no precisamente porque el concubino cayera fulminado (pobre don Fermín, que en paz descance) —su cabeza se desplomó sobre el mantel a cuadros; rodó la botella de vino que se hizo añicos contra el piso, el perro huyó despavorido y se puso a aullar en medio de la calle, la vieja gritaba, la Nena, fuera de sí, corría de un lado a otro sin saber qué hacer, vinieron los vecinos—, no sentí terror por esa muerte inoportuna que nos arruinó el almuerzo, sino porque doña Rosalía, no bien el

médico de Salud Pública sentenció: "Lo siento, ya no hay nada que hacer", se abrazó de mí y me dijo medio ahogada por el llanto: "Ahora sos vos el hombre de la casa". Y esa misma noche, cuando volví allá después de ocuparme de los trámites mortuorios, Viviana me dijo en la cocina mientras desplumaba una gallina y se disponía a preparar la sopa del banquete fúnebre: "Yo sé, mi viejo, que no nos abandonarás nunca. Me lo canta el corazón". Y a los que venían a dar el pésame, la vieja me presentaba como a su yerno. En los días que siguieron Viviana cambió de actitud; la bacante insaciable se transformó en la Magdalena arrepentida que iba todas las semanas a rezarle a la Virgen de la Ayuda. Las dos se vistieron de luto riguroso, colgaron un crespón negro en el portoncito; la casa se pobló de cromos pladosos, y un San Antonio de yeso pintado apareció sobre el aparador. Esperé una semana antes de invitar a Viviana para acostarnos juntos. "Si querés esto", me contestó indignada, "tenés que castarte"; y me provocaba con pellizcos para enardecerme.

—Y don Alfredo, ¿cuándo aparece? Me tenés sobre ascuas.

—Cuando aparezca, vas a pedirme que lo borre. Bueno, te estaba contando que la vieja y la Nena empezaron con la joda del casamiento. Yo me defendía: tengo que conseguir un trabajo estable. Ellas: por ahora nos podemos arreglar con poco, comida no va a faltar. Yo (a la vieja): soy más responsable de lo que ustedes creen. La vieja: por eso quiero que te cases de una vez con la Nena. La Nena (entre flantos): lo que pasa es que vos nunca me quisiste; no has hecho otra cosa que engañarme. Me querés para sacarte las ganas, nada más que para eso me querés. Yo: las cosas hay que pensarlas con tiempo. Tranquilidad, carajo. Se murió don Fermín (la vieja: ¡que en paz descance!), se murió el pobre don Fermín y se volvieron locas. Don Fermín, que casi no hablaba, que estaba en la casa como si no estuviera, que era menos que un mueble. Se murió, y todo se vino abajo, y, además, se la agarran conmigo. La vieja: ¡callate, hereje! No hablés así del finado. La Nena: pero don Fermín era un santo. Yo: y ahora querés que yo sea el santo, por eso me imponés abstinencia, putita. La vieja: ¡Limpiate la boca, asqueroso!... Como tengo oídos delicados, decidí terminar mi temporada en el infierno, y estaba a punto de desaparecer cuando se me ocurrió la idea diabólica. Fue una tarde de febrero; tomaba mate bajo el parral cargado de racimos; imaginé que el alma del bueno de Fermín andaría revoloteando por ahí, lamiendo las uvas. Lo invoqué; ¡Ché, Fermín, tu muerte ha hecho que en esta casa se cerrara para mí una puerta preciosa, una puerta que a lo mejor vos deseabas en secreto. Y ahora, difunto amargado, descargás tus poderes sobrenaturales sobre mí, no permitís que en esta casa se goce de algo; el vino se picó, mi

hembra no quiere saber de nada. Vamos a hacer un trato: yo me voy de aquí, pero con la condición de que me ayudes a encontrar el camino que me saque de la pobreza.

La casa, con su jardín y su huerta, que hasta la muerte del concubino me parecía un pequeño paraíso, se mostraba en toda su fealdad: la letrina, y su puerta chillona (el finado era el único que le aceitaba las bisagras de vez en cuando); en el gallinero, que el finado limpiaba todas las mañanas, se amontonaba el estiércol; los yuyos crecían por todas partes, las cañas de las tomateras estaban derribadas; el último vendaval había aflojado algunas chapas del techo, y lo peor era que la Nena ya no se quedaba sola. La acompañaba siempre una vecina, medio bruja, que quemaba incienso y mirra, más otras yerbas desconocidas, con ánimo de hechizarme. Me desaparecieron pañuelos, un encendedor, botones, los cordones de los zapatos, una alpargata; y cuando protestaba, le echaban las culpas al perro. Pero don Fermín me escuchó. Aquella tarde se me ocurrió la idea.

Ultimamente Rosalía volvía más temprano porque sus patrones veraneaban en Punta del Este y sólo iba a la casa de Pocitos a limpiar, recoger la correspondencia y atender a los cobradores. Le habían confiado las llaves. Lo primero que hacía al volver, era guardarlas en una cajita encima de la repisa. Pensé en apoderarme de ellas, para cambiar de suerte.

—La ocasión hace al ladrón. Debe ser una experiencia excitante.

—Pero yo no iba a robar. Entraría en la casa, sí, pero no para robar. Mis planes eran más sutiles. Conocía, en líneas generales, los hábitos de la familia por comentarios que la vieja hacía al pasar. Don Alfredo era un pedazo de pan, doña Brenda, una monada, y Marisita un ángel.

—Así que te colaste en lo de Gómezaguirre... Ahora mejora un poco tu imagen.

—Era viernes cuando me apoderé de las llaves. Las mujeres estaban en la cocina preparando la cena (o el afrodisíaco). Entré en el comedor sin hacer ruido, abrí la cajita, saqué las llaves y, sin querer, le pegué a San Antonio con el codo. San Antonio se tambaleó un momento porque su base no era muy firme. Lo sostuve con una mano por si tenía la intención de arrojarse al piso y delatarme con el estrépito. Yo sabía que hasta el lunes la vieja no volvería a la casa de los Gómezaguirre, así que tenía la mañana del sábado para mandar hacer copias de las llaves, y podría restituirlas a la cajita de lata por la tarde, a la hora de la siesta. Me salió redondo. Ahora sólo debía esperar el momento oportuno para iniciarme en la violación de domicilio. Don Fermín me apoyaba con sus poderes sobrenaturales recién estrenados. Era evidente.

Pasó una semana antes de que me decidiera a entrar en la mansión. No tenía demasiada prisa porque quería ejecutar un trabajo impecable. Me enamoré del proyecto como si fuera el de una obra de arte, concebida hasta en sus menores detalles. Esperé una noche en que hubiera tormenta para que mis ruidos no despertaran sospechas entre los vecinos. Vos sabés que en Pocitos todo el mundo tiene perro, y basta un sonido desascostumbrado, por menudo que sea, para que se pongan a ladrar a coro los cuzcos de la cuadra. Los Gómezaguirre vivían entonces en una de esas calles adoquinadas, sombrías, poco transitadas. La casa era de dos plantas, techos bajos, ventanas de vitró, celosías, rejas de hierro forjado; por dentro, toda revestida de madera, escalera de madera, pisos de tablas enceradas, quiero decir, una de esas casas en las que no podés intentar el menor movimiento sin hacer ruido; y además con infinidad de recovecos, lo que complicaba bastante mi trabajo. Para introducirme en ella tuve que accionar tres cerraduras, y estuve a punto de desistir porque una de las llaves que había mandado hacer apenas entraba y casi se me parte. La limé un poco contra la pared y...

—¡Cuánto suspenso, querido! Cuando aparezca el fantasma, o el cadáver desangrado en la bañera, no podré contener un alarido.

—Al fin entré. Me saqué los zapatos mojados para no dejar huellas en los pisos encerados. A la pobre luz de mi linterna de bolsillo las cosas brillaban como en un mundo encantado y admiré la obra silenciosa y prolija de doña Rosalía; aunque hubiera deseado un poco de desorden y abandono para disimular algún posible error. Tropecé primero con un narguile y después con un enorme potiche japonés que casi se hace trizas. Le rogué a Fermín que me guiara en medio de las tinieblas; me pareció verlo sentado sobre el piano, muerto de risa. Decidí quedarme quieto; me acosté sobre la alfombra de la sala a la espera del día, pues si me seguía moviendo entre penumbras podía causar un desastre que arruinaría mis propósitos. Llovía a torrentes, y el resplandor de los relámpagos penetraba a través de las celosías y los vidrios de colores. Mientras ajustaba mis planes, me quedé dormido.

Me despertaron voces; me levanté, alarmado, porque me pareció que había gente dentro de la casa, pero no, eran un hombre y una mujer que discutían en la vereda. Entonces me di cuenta de que yo confiaba demasiado en mis suposiciones. Porque si los Gómezaguirre hubieran decidido volver antes de lo previsto, y me hubieran encontrado durmiendo sobre el piso de la sala... ¿te das cuenta en qué lío me hubiera metido?

—Don Fermín te alertaría a tiempo, ¿no creés? ¿Qué pasó con el concubino?

—Calculo que se fue, de puro aburrimiento. No volví a sentir su presencia.

—Moraleja: no se puede confiar ni en los vivos ni en los muertos.

—No olvides que había una bruja de por medio.

—¿Así que eras supersticioso?

—En aquellos momentos me propuse actuar como si lo fuera; eso me obligaba a ser más previsor y metódico.

—Sos totalmente abominable. ¿No te arrepentirás después por haberme confiado la crónica negra de tu vida, tu insospechada vocación de delincuente?

—Si te mostrara mis virtudes, tratarías de descubrir mis pecados; pero si te confieso mis pecados, tu curiosidad de mujer querrá conocer mis virtudes ocultas. Es más edificante así, ¿no te parece?

—Bueno, ¡basta de digresiones al cohete! Decime qué hacías como un ladrón en lo de Gomezaguirre.

—El inventario de la casa. Me aprendí la casa de memoria. Por primera vez en la vida, mi memoria de elefante me proporcionaba experiencias interesantes.

La sala no ofrecía mayor interés: muebles restaurados, un óleo enorme con montañas nevadas, árboles tiesos y gacelas, otro óleo con olas gigantescas, partes de naufragios y la luna llena pegada contra un cielo tormentoso; la mascarilla de Beethoven encima del piano, chirimbolos de porcelana, el Tesoro de la Juventud en un mueblecito lustrado, un arcabuz de mentira oficiando de pie de lámpara, marmolinas, una vitrina con una colección de botellitas (me daban ganas de abrirlas y agarrarme una curda universal), etcétera, etcétera, es decir, un muestrario completo del mal gusto. Empezaba a darme cuenta de las tendencias de la familia. Si tomaba algún objeto para examinarlo, cuidaba de dejarlo en la posición original. No debía quedar el menor rastro de mi presencia. La operación empezaba a divertirme, era como si me encontrara dentro de un gran rompecabezas, o como si descubriera un vocabulario extenso, muy extenso, y tuviera que componer la sintaxis, conjugar, por ejemplo, alfombra con florero, dentrífico con espejo, poltrona con ventilador.

—Sos tan cerebral, querido, que me pregunto para qué querrás brazos y piernas. ¿No te incomodan? Serías enteramente dichoso si no tuvieras más que esa cabezota (el gin fizz es fabuloso; hay que ver cómo me aclara las ideas); te sentirías fantástico si tu cráneo se paseara de aquí para allá como una pelota, como un globo. Se posaría en los árboles y en las antenas para imaginar el mundo, o dormiría la siesta en las azoteas, entre cajones viejos y damajuanas rotas.

—Si te aburro, decímelo. A lo mejor preferís historias verdes.

—No, seguí con esa. Lo que pasa es que trato de conjugar tu cabeza con tus manos y tus pies.

—Lo más interesante lo encontré, por supuesto, en los dormitorios, y en el escritorio de don Alfredo. Me consagré especialmente a inventariar recuerdos de familia. Afortunadamente en los álbumes de fotografías estaban prolijamente anotados nombres de personas, fechas y lugares. El más voluminoso contenía la historia completa de Marisita desde el embarazo de doña Brenda hasta la fiesta en que festejaron sus dieciocho años. Se me ofrecía una circunstancia propicia para poner en ejecución mi plan, pues luego de una inspección prolija, llegué a la conclusión de que no tenía novio, ni vida sentimental. La colección completa de las obras de Amado Nervo, estaba intacta en los estantes, con los pliegos cerrados. Sin duda le había costado un triunfo dejar de ser niña, pues conservaba una docena de muñecas, un osito gastado, las carpetas con los trabajos escolares, una cajita con las velas de la torta de los quince años, y del marco dorado del espejo colgaban las trenzas infantiles entre cintas de seda.

—Habrás dedicado algún rato a examinar la ropa interior, me imagino.

—Es cierto, pero sin lujuria. Mi método era rigurosamente científico; ni más ni menos que un relevamiento topográfico.

—Y no pornográfico. ¡Qué bien!

—El escritorio quedó para el final, porque allí estaba el fin último de la pesquisa.

—Y buscando un trampolín, encontraste un tobogán; si no, mirá cómo estamos: en la bajada.

—Eso es lo que vos creés. Todavía nos queda margen para el salto. El salto definitivo está por darse.

—Sí, el salto mortal.

—No estás obligada a seguirme. Pero bien sé que te gusta el vértigo.

—Adelante con el cuento. ¿Qué encontraste en el escritorio?

—Armas antiguas; dos pirañas embalsamadas; un tintero de mármol (parecido a una tumba), con una estatuita de bronce en el medio; fotografías: don Alfredo abrazándose con un ministro, en otras con un campeón de tenis, con un cantor de tangos, junto a una corvina negra de treinta quilos, bailando con su mujer en un cafetín de La Boca. También había fotos que mostraban a don Alfredo orador, benefactor, o en mesas redondas, banquetes, triunfos deportivos, homenajes fúnebres; siempre le gustó fotografiarse, mucho más que a su mujer o a Marisa, que se saben feás. Abrí cajones (algunos estaban cerrados con llave y no intenté forzarlos) y me enteré de al-

gunas manías de don Alfredo; coleccionaba de todo: sellos de correo, anillos de habanos, etiquetas de vinos raros; lo más curioso era la colección de billetes de banco con inscripciones manuscritas, que junto con la libreta donde estaban registradas infinidad de leyendas de letrinas, agrupadas por temas, revelaban el interés, o, más que el interés, la obsesión de Gomezaguirre por los seres anónimos y el lenguaje subterráneo.

—No deja de ser reconfortante saber que el viejo tiene algunos rasgos humanos.

—Lo cierto es que entre fotografías y colecciones transcurrió el tiempo sin que yo lo sintiera. A las cinco de la tarde me acosté sobre un cuero de oveja en el cuarto de Marisa. De todos modos tenía que esperar la noche para salir de la casa sin ser visto por los vecinos.

—¿De verdad no temías que te descubrieran allí dentro?

—Sabía que la vieja no vendría, y por los Gomezaguirre no me preocupaba mayormente porque en la casa abundaban escondrijos. El problema hubiera sido el perro, un mastín enorme que de sólo verlo en fotos hacía temblar. Ya me veía corriendo por las azoteas, descolgándome por los pretilos, saltando a los árboles de la calle como el hombre mono. Desde lo alto del ropero las muñecas me miraban con ojos asombrados, como si leyeran mis pensamientos o los vieran proyectados como una película. Para matar el tiempo imaginé situaciones. ¿Qué pasaría, pensé, si cambiara algunos objetos de lugar, si sentara una muñeca al piano, o metiera el potiche en la bañera, o si abriera todas las canillas y pusiera en funcionamiento los relojes? Transformaría la residencia de los Gomezaguirre en una casa encantada y doña Rosalía, que había quedado tan sensible después de la muerte de Fermín, huiría sobrecogida de espanto. Era una linda manera de sacármela de encima, porque tenía que evitar nuestro encuentro en aquella casa. También se me ocurrió que podría dejarle una esquela a don Alfredo sobre el escritorio: "Querido señor: me he colado por debajo de la puerta y he llegado para agradecerle la comprensión y el interés que ha revelado Ud. por mi humilde creación. Firmado: Poeta de Billetes y Letrinas".

—Hubieras estado bárbaro.

—A pesar mío me abstuve de romper el equilibrio en casa de una gente tan ordenadita. Y a eso de la medianoche, salí a la calle con la cabeza llena de recuerdos trasplantados.

—¿Y después, ¿qué pasó?

—Después pasaron muchas cosas.

Por que no te dirán simplemente: "Señores, hay que irse" o: "Es hora de cerrar. Por favor, retírense"; y aún: "¡Már-

chense de una vez, carajo!", sería más soportable que esto de no decirte nada. Ni siquiera te miran cuando empiezan a colocar las sillas sobre las mesas, apagan algunas luces, y, desde el fondo hacia la puerta, derraman baldes de lejía sobre el piso, y dele barrer y barrer, y vos ves cómo se aproxima el torrente amenazador, cómo crece la espuma al ser batida con violencia; y vos te aferrás hasta el último minuto a tu islita en el tiempo, al trocito de eternidad que inventaste con Angélica. Y antes de que la lejía te muerda la suela de los zapatos, y cuando ya los vapores del hipoclorito y la creolina te han penetrado, tomás a Angélica de un brazo y le decís: "vamos, el cuento ha terminado, volvamos a lo viejo". Y lo viejo es ese cielo arrugado que promete más lluvia, los caras-pálidas que salen antes de medianoche a exhibir su soledad, los tachos de basura, los bichicomes que hurgan en ellos, los perros enfermos, las vidrieras sin luz, los ómnibus vacíos, y mientras regresamos al encuentro de las cosas de siempre, en todos los boliches es barrida la lejía hacia la calle. Cae en cascada de espuma por los escalones de mármol, se extiende lentamente por el cuadriculado de la vereda; otra vez cascada en los cordones de granito; finalmente es tragada por las bocas de tormenta, y restituida a sus orígenes. Y allá van proposiciones amorosas, y las confesiones, los negocios, los proyectos anotados en servilletas de papel y desechados para siempre, con las colillas de la espera. Y los barreadores descalzos, con los pies metidos en lejía, se apresuran a concluir la tarea, como si estuvieran impacientes por subir a sus escobas para dirigirse al aquelarre más próximo. Los patrones bostezan detrás de los mostradores. Los mozos guardan cuidadosamente sus libretitas. Y el confesionario, barrido y purificado, queda pronto para recibir a los pecadores de mañana jueves.

—¿A dónde vamos, ricura?

—A donde nos lleven los pies.

—¿No preferís ir en la cachila?

—Mejor caminamos. Dejá que los pies decidan; ¿acaso nuestros pies no se llevaron siempre maravillosamente bien? Lástima que el resto sea tan variable.

—Quizá los restos de nuestros cuerpos...

—¿Empezás otra vez con tus chirimbolos verbales?

—Caminamos entonces. ¿Y si vuelve a llover?

—Mejor, la lluvia es íntima.

Ahora vagan por las calles del Barrio Sur, donde el silencio es palpable y elástico; lo ahuecan los pasos, el chasquido del fósforo al encenderse, las frases sueltas.

- Me gusta aquella reja.
- ¿No estás cansada?
- Cuando bebo tanto, primero se me duerme la lengua, después lo demás.
- Está goteando.

## JUEVES

- ¡Mirá qué sol!
- Lo habrás inventado vos, porque estaba para llover todo el mes.
- Mañana partimos. ¿O no querés ir a Trago de Sombra?
- El nombre me asusta un poco, ¿sabés? Si lo cambiás por otro, de pronto me decido. Si se llamara Gárgara de Luz, por ejemplo, sería más atractivo. Aunque te digo que ya no estoy para resolver nada. Le dí de baja a la voluntad. Estoy contenta porque la vida me importa un corno.
- ¿Y por eso estás contenta?
- ¡Claro, zapallo! ¿No captás? Si me importara tendría que preocuparme por ella, administrarla con proyección de futuro, hacerla rentable o ejemplar. Como no me importa y dado que la tengo (en verdad el que dispone de ella sos vos), voy a disfrutarla ya que me prometés un viaje al paraíso. Así que, llevame nomás. Todo esto pensaba anoche mientras caminábamos por aquellas calles oscuras (¡tenés una inclinación por lo sombrío!), y también que a los suicidas les importa demasiado la vida. En conclusión, la vida no me importa, pero no me llorarás ejecutada por mi propia mano.
- Entonces, la aclaración sobra. ¿A qué viene eso de los suicidas?

—Mientras caminábamos pensaba en la gente que se mata. Se me ocurrió que en esos barrios tiene que haber muchos suicidas. Esas rejas donde cualquiera se puede ahorcar con una corbata, los árboles bajos, fáciles de preparar, y los murellones: basta un salto para desaparecer entre las olas. Pienso que si yo viviera en una de esas casas repetidas, con zaguán, patio con claraboya y piso de baldosas blancas y negras, (dameros oblicuos, ¡qué horror!) y además un altillo en el que duerme un tío solterón y maniático, no podría resistir la tentación de tirarme al agua o colgarme de una reja.

—Si madrugaras, no te asaltarían semejantes ideas. Apenas salido el sol, tendrías que levantarte, hacer gimnasia, comer fruta, porque si te quedás horizontal hasta el mediodía, la sangre se te empantana, se te llena de larvas. Esas casas viejas

se hicieron para que la gente madrugue: entra demasiada luz por las claraboyas, los canarios se impacientan en sus jaulas de alambre, hay que sacar al perro, llevarle el café al tío recluido en el altillo. No hay tiempo para pensar en suicidarse. Para volverse loco sí, como en todas partes. ¿Qué te parece si ahora nos levantamos? Hace rato que el sol está instalado sobre el campanario de la catedral.

- Hasta que no sepa qué pasó después, no me levanto.
- ¿Después de qué?
- De lo que me contaste anoche.
- Cuando vuelva del baño te lo digo.

1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9...; 9 por 9: 81...; en realidad son 11 por 11: 121 si contás las medias baldosas del perímetro. Esa es la diferencia entre el piso de este baño y el de tu baño: las baldosas del perímetro. ¿Por qué volvés a contarlas una y otra vez, aquí y allá, como si siempre te olvidarás de la suma? Tal vez sea ésta mi única ilusión de olvido, mientras estoy sentado como el Pensador de Rodin, (o el Olvidador, porque parece preocupado por haber olvidado algo). Después que contaste las baldosas, después de haber repetido la operación y comprobar que están todas, pasás a los azulejos, a los frasquitos de remedios, a las cajas de cosméticos, los cepillos, las flores de la cortina de la bañera. En ninguna parte de la casa (creo que del mundo) la geometría se da tan claramente como en el cuarto de baño: APRENDA TEOREMAS MIENTRAS SE ENJABONA!, CALCULE DISTANCIAS DESDE EL INODORO!; por eso los gringos salieron tan buenos matemáticos: porque cultivaron el confort del W. C. donde lo abstracto se volvió visión maravillosa, cromática, pulida; donde el pensamiento juega entre reflejos metálicos que invitan a lo trascendente. Si Euclides, en su época, hubiera dispuesto de tantas comodidades, lo hubiese dicho todo.

Podrías escribir un ensayo sobre el asunto y titularlo: "Toiletteorema". En *Trago de Sombra*, a la hora de la siesta, mientras Angélica duerma arullada por la chicharra, cultivarás el ensayo, como para afinar la punta con miras a la "gran obra" que sólo será posible crear entre los crepúsculos. ¿Te acordás de aquello que escribiste en un cuaderno en los tiempos en que esperabas a Gisela?: "La vida del poeta es el proyecto de un momento sublime y único". ¡Sos un esteta, loco, sos un esteta! Me parece que ya se aproximan las calandrias griegas, a lo mejor las veo pasar ahora mismo por ese pedacito de cielo que se deja ver por la banderola, por ese rectángulo azul que es el tablero donde el pensamiento del Pensador Sentado juega con el Azar. A veces el pensamiento y el azar coinciden. El Pensador apuesta: la próxima paloma volará de izquierda a derecha; y la paloma pasa vo-

lando de izquierda a derecha. Otras veces gana el Azar. Te apuesto, Azar, que la próxima vuela de derecha a izquierda. No me levantaré de aquí hasta la próxima paloma. Te juego a Angélica; si gano, me la llevo conmigo a Trago de Sombra, si pierdo, me voy solo.

—Vendrás conmigo; acabo de jugar te al azar y te gané.

—A vos no se te puede dejar solo. Te desequilibrás enseguida.

—En el baño se me ocurren las grandes ideas. Será porque en él uno tiene comunicación directa con el mar. Cosmogonía. Magia de los números.

—Loco, rematadamente loco. Y que esto suceda en mi propia casa. ¿Por qué no te comportás como un hombre normal? Recién empezamos el día. Esta noche estarás completamente destrozado. Vení, contame que pasó después.

—¿De verdad te interesa la historia?

—Yo soy un personaje que está en el escenario y se mueve por intuición porque ignora el argumento de la obra. ¿Qué te parece? Y mientras represento mi papel, tengo que investigar de qué se trata. Bastante complicado, ¿no? Cuando entré, la obra estaba empezada. Presiento el peligro, quizá se cometa un crimen, tal vez yo sea la víctima. Hacemos un aparte en el entreacto y te pregunto en qué argumento estoy metida. Vos conocés muy bien tu papel, un papel sombrío. Papel carbónico. Te metiste en una casa para robar secretos, que es peor que robar joyas o dinero.

—Lecciones de moral práctica.

—¿No te remuerde la conciencia, crapulita?

—Mediante el uso de llaves apropiadas desconocidos penetraron en la finca de la calle tal número cual, pero, ¡oh sorpresa! no robaron absolutamente nada. Lo único anormal que pudo constatarse fue que una silla había sido cambiada de lugar, lo que permitió llegar a la conclusión de que el seudo-ladron se sentó frente a una ventana para ver la puesta de sol en el mar. ¿Por qué robar? Se puede entrar subrepticamente en casa ajena con otras intenciones: gozar de una obra de arte, de la belleza de un jardín interior, seguir la pista de un sueño. Alguna vez imaginé un tema semejante para un cuento: un tipo sueña siempre con la misma casa; está seguro de que esa casa existe, que la ha visto al pasar, pero no recuerda en qué barrio. Un día la descubre. La puerta está sin llave. Se aventura a entrar.

—Y justo llega para ser testigo de una muerte o bien, una mujer enigmática lo está esperando, una mujer que noche a noche ha soñado con él.

—Yo había pensado en un loco sentado frente a un tablero de ajedrez. A nuestro personaje... ¿cómo lo llamaremos?

—Jacobo.

—A Jacobo le gusta el ajedrez (ahora recuerda que en el sueño jugaba al ajedrez), y cuando el loco lo invita a jugar una partida (claro que no ha descubierto aún que el otro está loco) no vacila en aceptar. Se sienta y espera que el otro abra la caja de madera y saque las piezas. Y aquí comienzan las complicaciones; pues ante la inexplicable demora del otro en abrir la caja, decide hacerlo él mismo. La caja está vacía. El otro le explica que las piezas se han perdido misteriosamente, pero le propone jugar de esta manera: cada uno lo hará con los dedos de una mano, que harán las veces de rey, dama, un caballo, un alfil y una torre, pudiéndose mover un solo dedo por jugada. Antes de empezar, ambos tienen la libertad de determinar el valor correspondiente a cada dedo. Con los ojos cerrados, dejan caer las manos sobre el tablero, y cuando vuelven a abrirlos comienza la partida. El tiempo transcurre lento, muy lento. Las manos se mueven como arañas en acecho hasta que se encuentran en un rincón del tablero. Se traban, se confunden, y al loco le da por apretar los dedos de su contrincante y retorcerlos. Jacobo trata en vano de liberarse con la ayuda de la otra mano. No puede más de dolor. El loco ríe. Jacobo grita, pero su grito es breve y ahogado. Ahora siente que la mano libre del loco le oprime la garganta. Se aclaran las regiones oscuras de aquel sueño, en el que todo ocurría exactamente así. ¿Qué opinás?

—Truculento, pero significativo. Tal vez a vos te pasó algo parecido: aceptaste reglas de juego que no debiste aceptar. Pero siempre te me vas por la tangente. Contame, por fin, qué sucedió después.

—Dejé pasar un mes antes de iniciar la ofensiva. Mientras visitaba a Viviana una vez por semana. La sensualidad reprimida la había embellecido y pensaba en ella cuando estaba solo, lo que no me ocurría antes.

—Estabas enamorado.

—Puede que sí.

—Cuando dejes de verme, a lo mejor te pasa lo mismo conmigo.

—No te hagas ilusiones... Un día decidí armar un escándalo, y alejarme para siempre. Viviana lloró, la vieja quiso pegarme, la bruja me maldijo.

—¿Y si las tres se te hubieran echado encima para castarte?

—Faltó poco, te juro.

—¿Y luego?

—Le seguí la pista a Marisa a partir de los datos que había recogido en su cuarto. Sabía que frecuentaba la Asociación Cristiana. Hacía natación. Pasé mañanas, tardes en-

terás sentado en el vestíbulo y hojeando revistas. Llegó el día en que la vi entrar con el bolso rojo que ya conocía por haberlo visto en su ropero. Me pareció más bonita que en las fotografías, aunque si la comparaba con Viviana, no le encontraba mayor atractivo. Pero decidí enfundar el lirismo y dedicarme a la caza. Durante un par de semanas estudié los hábitos y movimientos de la *pieza* antes de atraparla.

—Sencillamete repugnante.

—Te relato los hechos tal como sucedieron. Si no te gusta, lo siento; pero vos me rogaste que te los contara. ¿Sigo o no sigo?

—Continúa nomás. Ya sé que el camino de tu infierno está empedrado de pésimas intenciones. Por lo menos en eso sos coherente.

—Cuando salía de la piscina, Marisa hacía tiempo en la cafetería esperando que llegara la hora de ir a la clase de inglés. Al principio la observaba de lejos, pero poco a poco me fui aproximando hasta ubicarme lo más cerca posible. Procuraba que ella notara mi presencia, aunque no la miraba directamente. A veces se quitaba los lentes y se quedaba largo rato con la mirada perdida. Y una tarde en que ella estaba enfrascada en sus ejercicios de gramática saqué de un bolsillo algunas hojas de papel grueso y sonoro.

—¿Sonoro?

—Exactamente. Me gusta el papel sonoro, ese que canta cuando lo plegás. Con las hojas que compraba para escribir terminaba haciendo pajaritas. Por el tiempo en que conocí a Marisa se me ocurrió una idea preciosista: escribir sobre las pajaritas y publicar el texto tal como quedaba sobre la hoja desplegada, proponiendo al lector una manera divertida de reconstruirlo.

—Para lectores amanerados, supongo.

Lo cierto es que Marisa, apenas descubrió una fauna de papel sobre mi mesa, quedó fascinada. Oí una exclamación de asombro y luego dijo: "Qué precioso! ¿Cómo los hace?" Me volví lentamente, como si saliera del sueño y le respondí con una sonrisa triste. Después le dije: "Esta es mi manera de poblar la soledad". Sus ojos, que se veían tan chiquitos detrás de los cristales de aumento, brillaron de emoción. Me di cuenta de que había ganado fácilmente la primera partida.

—Porque hiciste trampa desde el comienzo. Tenés alma de tahir.

—Eso es relativo. Al fin de cuentas es más lo que dejé que lo que gané. Marisita fue dichosa, doña Brenda me adoraba, y al viejo le fui útil. ¿A cambio de qué? De poder ver el mundo desde otra perspectiva, y vivir ahora en pelotas.

Como te estaba contando, Marisita se emocionó, por la belleza de las pajaritas, y porque, supongo yo, alguien le ha-

blaba por vez primera con estilo. Estudiaba inglés básico, y conversaba en español básico; no necesitaba más para los coloquios de entrecasa y para charlar con sus amiguitas, todas pajaronas.

—Y vos, con tus pajaritas, tratando de seducir a una mujer *básica*.

—No podrás negar que el recurso surtió su efecto.

—¿Por qué no lo empleaste conmigo?

—Porque todavía no había aprendido a hacer a Priapo en papel plegado.

—Sos malsano.

—Bien que te divierten las pajaritas eróticas.

—Seguí con el cuento de Marisita.

—Las pajaritas tienen un poder hipnótico. Nadie puede sustraerse a su hechizo. Me lo enseñó tío Federico que era un maestro del papel plegado. El, que se había pasado la vida entre expedientes y notificaciones (papel profanado, decía) se sentía el hombre más feliz cuando veía levantarse los monigotes de papel en los tablados o mataba el tiempo en las noches de invierno, creando pajaritas.

Yo gané el corazón de Marisa cuando posé un faisán en el borde de su taza, donde quedó hamacándose con las alas abiertas, y le dije: *Se lo regalo*. Y me fui, sin darle tiempo a salir de su asombro para darme las gracias.

Dejé pasar unos días antes de encontrarla *por casualidad* a la salida de su clase de inglés. Se alegró de verme, y más se alegró cuando le propuse caminar algunas cuadras juntos. Anduvimos más de una hora; hasta la esquina de su casa, donde me asaltó el temor de toparme con doña Rosalía, que me hubiera arruinado el programa, pues seguramente iría a contarle a doña Brenda que había visto a Marisita en compañía del demonio. En el futuro, tendría que moverme con mayor cautela.

Aquel día no hice más que confirmar lo que sabía por mis investigaciones: la existencia de Marisa era espantosamente aburrida. Y me propuse enseñarle a distinguir los colores, los sonidos, los días: hoy no es igual que mañana; le haría descubrir los encantos de su ciudad desencantada. No te imaginás cómo gozó la primera vez que caminamos de la mano por un parque desierto en medio de la niebla. Suspiró y todo. Ella creía que esas escenas se veían nada más que en el cine. La rescaté del tedio, ¿no es una bella acción?

—Mirá, Pigmalióncito, sigo sosteniendo que sos sencillamente abominable. No hiciste otra cosa que pulir el instrumento antes de utilizarlo. Para halagar tu vanidad, sólo por eso. La pobre gorda te importa un bledo.

—¡Quién sabe! A lo mejor un día me caso con ella. El

Viejo me lo agradecería. Las hijas solteras son un clavo. Y estoy convencido que será una buena esposa.

—Y así tendrás un seguro vitalicio, mucho tiempo para escribir y un entierro como la gente. Y ella, ¿dónde está ahora?

—En Buenos Aires haciendo un curso básico de no sé qué.

—Arte culinario, seguramente.

—De cualquier cosa. Da lo mismo. Volvió a su vida sin emociones desde que el novio la dejó plantada; era uno de esos tipos obsesionados por la virginidad.

—Y contigo, en cambio, vivió su novelita rosa.

—El color no lo puedo precisar. Al principio las tonalidades fueron más bien sombrías. Cultivé el misterio y la sugerencia. Ella me miraba con cierto espanto. Era como un angelote hecho a la luz, que se asomaba por primera vez a las tinieblas.

—Te imaginarás que la envidio, porque yo no recuerdo haber sido ingenua.

—Y llegó el día en que le confíe, a media luz, “mi secreto” mientras plegaba lentamente una hoja de papel para armar un león rampante. ¿Sabés?, le digò, esto no lo hago para entretenerme, lo hago para afinar la percepción. Cuando fijo mucho rato la vista en lo blanco, mi percepción alcanza límites insospechados, atraviesa las paredes, oye lo que se habla en secreto, (Marisa me mira, escéptica) me parece que estoy en dos lugares al mismo tiempo, que soy ubicuo. Me parece, ¿entendés?, no estoy seguro. Puede ser pura imaginación. Fijate en lo que me pasó anoche —le digo, mientras acomodo al león rampante sobre el cenicero. El león es hueco como una chimenea y el humo de un pucho que se consume lentamente le sale por la bocaza abierta. “Se va a quemar”, me advierte. No importa, te hago otro, todos los que quieras, pero fijate en lo que me pasó anoche: Estaba tratando de sacar un escorpión, la figura más difícil. De pronto mi “visión” se va, deja mis dedos que modelan trabajosamente el papel, y se va. He descubierto que los dedos, y no solo los dedos: cada parte de nuestro cuerpo tiene su propia alma, independiente del resto. Lo difícil es precisamente eso: que todos trabajen en armonía, como en una orquesta. Mi “visión” atravesó regiones interminables llenas de imágenes confusas, rozó escenas de amor, cuadros de violencia, vio un suicida en el momento de arrojar al vacío, pasó sobre el rostro de un enfermo desvelado, voló sobre un barco sin luces que se perdía en la noche, y luego de enredarse en follajes húmedos te descubrió a vos, Marisa, durmiendo en un lecho de oro o que brillaba como el oro. “Mi cama es de bronce pulido; será por eso”, dijo ella ella con entusiasmo. Puede ser una coincidencia. Dudo de que mi “visión” vea realmente

a distancia. Había algo extraño. Estabas sola y no estabas sola. Porque desde lo alto te miraban fijamente. Eran muchos ojos; parecían no tener vida. Poseían una dureza mineral. —“¡Ah, sí! ¡Las muñecas! (Casi se pone a aplaudir, a gritar, a correr) Viste a mis muñecas”. Yo fingí asombro y ella me dijo los nombres de sus muñecas y la pequeña historia de cada una. —Pura coincidencia —insistí, mientras estrujaba entre mis dedos al león rampante que había dejado de vomitar humo—, mejor nos olvidamos de esto, porque si no es coincidencia es un juego peilgorso. —“¡Yo no tengo miedo, creeme, ningún miedo! Contame, ¿qué más viste?” —preguntaba ansiosa mientras me agarraba las muñecas con sus manos húmedas, pura sensualidad. —Nada más, te juro. —“No, tenés que haber visto algo más, mucho más”. —Sí, ahora recuerdo. Pero es una imagen disparatada; en realidad, son dos imágenes, que no pueden tener relación con lo anterior. Ví un espejo ovalado, o un rostro transformado en espejo, porque tenía algo así como una cabellera, y también vi una caja con velas de colores. Nada más que eso. —“¡Ay! Debés de estar embrujado. Estuviste en mi pieza donde hay cosas por el estilo. ¿Qué más?, ¿qué más?”

Quedé callado con la mirada clavada en el techo, y las manos en los bolsillos. Ella, expectante, aguardaba que volviera a ser poseído por la inspiración. Yo sonreía al descubrir que mi mano derecha jugaba por su cuenta con la llave que me había permitido entrar en su casa. Ella habrá interpretado esa sonrisa como un estado de plenitud que no tenía derecho a robarme, porque dejó de preguntar “¿qué más?, ¿qué más?”

Te juro que me divertía, porque la vida de Marisa era como un pliego en blanco, un papel virgen al que había que darle forma; ensayar figuras.

—¿Y ella era virgen?

—Bueno, eso no viene al caso. Virgen era el mundo para Marisa. Lo reinventé a su medida. Conoció el asombro. Y un domingo (estábamos en una confitería de la rambra, tomando coca-cola —¡lo que no hice por Marisa!— saqué la carta del triunfo. Ella estaba distraída mirando pasar los automóviles, (o las manchas de los automóviles, porque se había sacado los lentes), y las manchas blancas de los veleros contra el azul desteñido, y los paseantes sin rostro, y andá a saber en qué estaba pensando cuando yo me puse a recitarle palabra por palabra el diálogo del sábado anterior, el largo diálogo que habíamos mantenido sentados en un banco del Parque de los Aliados. Hablábamos de viajes, de conocer mundo, de

*Si lo dejás hablar, éste no termina nunca. Se va por las ramas. Pero nunca, díos mio, nunca se parte la rama y él se*

da de culo contra el suelo. Es que el suelo para él no existe. Su cabezota flota, rebota como un globo, pero nunca cae. Y siempre hay que oír el monólogo de Onán, oír, que no escuchar, pues alcanza con que se escuche a sí mismo. Y vos sos el hada buena, la madrecita comprensiva, porque la cabezota errante, cuando se cansa de andar de aquí para allá, busca tu pecho para reposar, tus pechitos bien armados, principio y fin de sus arrebatos. Y yo me pregunto por qué no lo mando de una vez por todas al diablo. No es por lástima, no, y aseguro que tampoco es por cariño; tal vez por pereza. Si no fuera por la maldita pereza estaría viajando con el vejete, que más de una vez me miró con lascivia, retuvo mi mano, me pellizó la cola; insistía en bailar conmigo en los cócteles de fin de año, y yo, flor de otaria, pensaba que lo hacía nada más que por darle púa a Verónica; pero lo que velo quería era una hembra joven, una yegua crinuda, daba lo mismo Verónica que Angélica. Y yo me engrupí con la pinta de Adonis, me pareció que el tipo era de los que se juegan entero; y ahí lo tenés, despistado, y convencido de que su historieta es importante, de que a mí me interesa saber cómo hizo para ensartar a la gorda. Le pregunto por Don Alfredo y no hace más que hablarme de Marisa, de las pajaritas de papel. Y lo peor es que se le metió en la cabeza el más fulero de los berretines. Quiere ser escritor. Hambre, nada más que hambre, te promete. Pero no tengo coraje para decirle: levántate, que mi cama no es confesionario. Andate y no vuelvas.

entonces don Alfredo quiso conocerme. Marisa le había hablado más de una vez del fenómeno que atravesaba las paredes con la mirada y era capaz de repetir de memoria una página de diario o de la guía telefónica con un margen de error del cero coma cinco por ciento. Rechacé más de una invitación a la casa porque temía encontrarme con Rosalía y porque quería impresionarlos con aquello de poder describir el interior de la residencia sin haber estado jamás en ella. Simulé no tener mayor apuro por conocer al magnate. La muchacha tampoco tenía prisa, porque sabía que el interés de su papá era utilitario; y ella me quería egoístamente para sí con la intención de iniciarme en el ocultismo. Estaba tan entusiasmada, que de haberle propuesto fugarnos a cualquier parte, hubiera aceptado sin vacilar. Decí que a la semana no hubiese sabido qué hacer con ella. Se habría puesto a llorar, extrañaría a papito y a mamita, pero también le costaría regresar, arrepentida, deshonrada y hambrienta.

*Y si supiera que siempre le fui fiel, que desde que me entreveré con él no he conocido a otro hombre. Y no es porque lo ame, seguro que no; es por otra cosa. Adonis sabe*

*cansarme, me deja extenuada; entonces duermo, me hundo en una noche muy larga, sin sueños. Me cansa su voz interminable; me fatiga su imaginación sin límites, me anestesia. Desde que se acostó por primera vez en esta cama, la vida se volvió indolora.*

la kermesse la organizaban las esposas de señores con barriguita que se reunían una vez a la semana en su club exclusivo para cenar y fomentar las *public relations*. Era a total beneficio de los niños sonámbulos de un barrio perdido, o algo así. ¿Y qué te parece a vos que se le ocurrió a Marisa? Ni más ni menos que comprometerme para actuar entre folcloristas, payasos, magos y recitadores. Me arrastró a los ensayos donde conocí a doña Brenda que presidía la comisión de damas. Marisa alabó mis dotes singulares, y las señoras

*A veces quisiera que me pegara, que me arrancara la piel a mordiscones, porque esta modorra me está disolviendo el alma. De tanto en tanto hay que asomarse al dolor. Si seguimos así, esto no terminará nunca. Este dormir casi sin ensueños, sin pesadillas que te conmuevan un poco. Ésa, ésa es la pesadilla: despertar y sentir que adentro ya no te queda nada, que se te fueron apagando todas las luces.*

y me mandé la parte: telepatía no, porque suelen verse cosas horribles y uno se tiene que callar y el silencio hace que la gente se vuelva ansiosa y el ambiente denso. Después de todo se trata de una kermesse donde se vende alegría, y no es oportuno que algunos tiemblen porque le descubren los secretos,

*Y, sin embargo, este vicio incurable; estas ganas de dormir.*

ni pensar en la premonición, menos aún en la radiestesia: el péndulo puede enloquecer a los no iniciados con sus movimientos imposibles, les decía; además soy aficionado y no siempre veo a través de paredes y de cráneos; mejor vamos a lo seguro y armamos el número del memorista. La gente se impresiona, aplaude, paga, cuando alguien demuestra que es capaz de repetir una chorretada de palabras inútiles. En esto tengo experiencia porque así me gané mis primeros pesos en los tablados entre murga y murga. Les asegura el éxito. (Las damas emocionadas, y Marisa orgullosa) —¿Es tu novio?, le preguntó una mujer pintarrajeada a Marisa. No, contestó, no podría casarme con un tipo así; descubriría todos mis secretos; sería horrible. La mujer largó una carcajada. Eso es lo lindo, aseguró, que a una la desnuden por dentro. Eso me excita, me vuelve loca. Doña Brenda se puso colorada, y Marisa cambió de tema. La veterana encontró después el momento para invitarme a su casa. —Tomaremos unas copas, charlaremos, y cuando se sienta inspirado me descubre el

pasado, pues el futuro no me interesa, sugirió; le prometo que conocerá una historia curiosa.

—Y vos aceptaste.

—Por supuesto. El mundo empezaba a resultarme divertido. Cosecharía temas de sobra. La mujer tenía carpeta, porque había sido esposa de diplomático. Fui una noche y, después de beber en abundancia, la convencí de que el alcohol me había nublado el tercer ojo y que no veía nada más que el presente. Entonces subimos a una cama suntuosa traída de la India. Parecía un templo. La mujer conservaba una energía impresionante, y una versación poco común. Me enseñó algunas cosas y fui gigoló un par de meses, antes de trabajar para Gomezaguirre. Pero te estaba hablando de la kermesse. Siempre me voy por las ramas; es que el primate no duerme. Las señoras de la comisión me dijeron que

*Hablá nomás, desahogate a gusto. Imaginá. Imaginate. Total, el mundo para vos sigue siendo divertido. Divertidísimo. A veces te me ponés tristón para estar a tono. Pero continuás la payasada. Un día, una noche, subiste al tablado, deslumbrado por las luces y los colores, y te quedaste allí arriba, no bajaste más. Se olvidaron de avisarte que el carnaval se había terminado. O vos no quisiste oír. Y vinieron los muchachos del barrio a romper los monigotes, a llevarse los pedazos para quemarlos en el baldío, después levantaron los tablones, se llevaron los bidones que servían de base, descolgaron las guirnaldas, y vos seguiste allí imaginando que el tablado existía para siempre. Y nunca te faltó público. Suspendido en el aire, sobre un tablado imaginario, esperás el día en que el zodiaco anuncie que podés empezar a escribir, a gastar tu vocación. Siempre tenés público. Aunque sea yo sola, yo solita, o niños sonámbulos, o matronas lúbricas. Ché, qué joda, me estoy poniendo como vos, imaginando cosas raras. A lo mejor pienso en voz alta sin dar cuenta; quién te dice que no esté tan colifata como vos, más colifata que vos. Pero no me escuchás. Seguis con tu historia de seducciones. Creés que vale la pena contarla. Al fin de cuentas sólo te hice una pregunta que podías contestarme con un par de frases.*

había que inventar un nombre. No se me ocurría ninguno, y una señora lánguida propuso *Adonis*, y como a las demás tampoco se les ocurría nada, desde aquella hora me llamaron Adonis. Era como si me hubieran parido entre todas. Me atendían como a un recién nacido; me mimaron, me bautizaron. Me vieron distinto de sus maridos, de sus hijos, de sus amantes. Yo les mentí diciéndoles que era poeta, poeta visionario, que guardaba su verdad para el mañana. Por fin conocían a un poeta.

*Pero lo cierto es que desde que lo conozco no necesito somníferos. Otra vez me vienen ganas de dormir. Y si me duermo, él no se enoja, eso es lo bueno. Le sigue hablando al techo, al espejo, a los vidrios sucios de la ventana, a las azoteas, a las nubes. El mundo tiene que enterarse de su historia.*

La noche del debut me tocó actuar después de los folcloristas. Subí al escenario con los ojos vendados y conducido por la señora lánguida que invitó a los concurrentes a gritar un nombre seguido de un número de cuatro cifras. Una muchacha elegida al azar los anotaba para controlar la exactitud de la operación. Repetí nombres y números en el mismo orden con que fueron proclamados. Aplaudieron a rabiar. Quisieron más. Recité columnas de la guía telefónica, programas de carreras y hasta avisos fúnebres. A medianoche volvieron a reclamar mi presencia, y entonces

*Si lo pensás bien, la incomunicación lejos de ser un problema, lo resuelve. Me meto en el cascarón mientras habla Cabezota. Sus palabras se me antojan a veces un hipo incontenible. ¿Pero de dónde le viene el hipo si no tiene cuerpo? De cualquier parte, de una puerta, de una casa, de una ventana, de otro cuerpo, del mío. A veces le nace un cuerpo, o lo inventa o lo toma prestado, y se acuerda de hacer el amor. Cabezota es así.*

quería hablarme en privado. Yo hacía de cuenta que nunca había visto su cara.

—La cara de quién?

—De Gomezaguirre, ¿de quién va a ser! Te estoy hablando de Gomezaguirre, ¿o no me escuchás?

—Te oigo, sí, aunque a veces pierdo el hilo; el relato es largo y complicado. Pero seguí contando, no te desalientes, escritor.

En persona tenía una expresión más dura que en las fotografías donde se le veía sonriendo hasta las muelas. La kermesse había terminado. Los concurrentes se iban, llevándose los trofeos; muñecos de yeso pintado, bolsas de caramelos, cacerolas. Las damas de la comisión contaban el dinero recaudado y lo colocaban cuidadosamente dentro de una caja de zapatos. Marisa escuchaba discos de Bing Crosby. Gomezaguirre me tomó de un brazo y me llevó hasta un rincón en penumbras. Me dijo llanamente que no creía en poderes misteriosos, porque como hombre de negocios que era estaba acostumbrado a olfatear la trampa. Aseguró que no sentía la menor curiosidad por conocer los secretos de mi arte. Supuse que me decía aquello por una costumbre mercantilista: depre-

ciaba el valor de lo que quería poseer a fin de conseguir un precio razonable. Sospeché que había intuido que yo estaba dispuesto a venderle el alma, o un pedazo del alma. Nada más que un pedazo, porque el resto pertenecía al escritor. Aparentemente, sólo deseaba saber cuáles eran mis intenciones respecto de Marisa, que se había quedado dormida junto a la voz de Bing Crosby que repetía y repetía my heart-my heart-my heart en el último surco del disco. Hasta parecía hermosa envuelta en sus gasas celestes, las rodillas separadas y los brazos caídos. Creo que lo tranquilicé al jurarle que no aspiraba a nada más que a una relación amistosa, nacida de una rara comunicación espiritual. Me miró con extrañeza, sonrió sin ganas, y me pidió encarecidamente que la visitara en su propia casa, porque así

*Cuando Adonis me encontró yo estaba sentada en el borde de algo, como una cornisa a punto de desprenderse. Abajo, un mar turbio. Apareció navegando a la deriva sobre el tablado flotante, un tablado inmenso. Apenas lo distingula entre las brumas; gesticulaba como si a su alrededor hubiera una muchedumbre expectante. Se alegró al verme en medio de tanta soledad y me invitó a subir. Como éramos dos, podía representar otros números, pero no se le ocurría nada más que una danza muy triste. Siempre bajo una luz mortecina. A veces se disipaba un poco la bruma y veíamos la ciudad sumergida bajo las aguas sucias. Después le dije que quería recorrer el tablado, ver de cerca los monigotes ocultos por la bruma. Entramos en una selva de muñecos. El más grande era don Alfredo. Y el único que sonreía. Tenía los pulgares metidos en los bolsillos inferiores del chaleco. De un bolsillo colgaba una cadena gruesa con un reloj enorme, sin agujas, que se balanceaba como un péndulo y le rozaba los zapatos. Los otros monigotes tenían cara de muerto. Creo que el sueño fue así. No estoy segura de los detalles, pero recuerdo la atmósfera pesada y que a mí me costaba respirar.*

aunque al principio disimuló astutamente el interés que le había despertado mi condición de memorista. Me trataba con cierta displicencia. Me hizo entrar de a poco, me fue envolviendo con sutileza. Yo me sentía como un personaje balzaciano a la conquista del mundo del dinero

*Es como viajar en una especie de arca de Noé poblada de cosas muertas. Aquí no hay pájaros, me quejo; y Adonis los hace de papel plegado, los arroja al aire. Quedan un instante suspendidos en la bruma, después caen al agua, se deshacen y vuelven a ser hojas de papel inútil. Todo es precario. Hasta que lleguemos. Me promete un paraiso. Trago de Sombra es la dicha.*

me inicié en tareas menores. Visité clientes. Trabajo rutinario. La paga era poca, pero me alcanzaba

*Habrá que ir, digo yo. Nada se pierde, todo se transforma. Aquí me decoloro, me pongo flácida. Tal vez allá sea deseada y perseguida por hombres violentos, puro instinto, que acechan en las sombras. Adonis tendrá que pelear. Correrá sangre y cachaza. Los últimos días de mi juventud serán agitados. Ya me veo raptada por un contrabandista, decido y brutal. Si Adonis me quiere, se jugará por mí. A lo mejor me quiere.*

porque demoré en entrar en el círculo de los selectos, sus hombres de confianza

*Será como una película de matiné. Acción, intriga, instintos primarios. Sol violento y un mar lleno de monstruos. Adonis el invencible luchando contra calamares gigantes y tiburones, contra rufianes de labios húmedos y mirada de fuego. Como en las historietas. Buenos y malos, y una mujer en el medio.*

así se fue metiendo en negocios cada vez más turbios, contrabando, tráfico de divisas. El hombre defendía sus intereses. Empezaba la crisis. Se había terminado la guerra de Corea. Un día me llamó a su despacho y me dijo: tengo algo bueno para vos, ganarás mucho dinero, pero tendrás que ser prudente

*Habrá que ir, digo yo. Una no se va a pasar la vida durmiendo. Despertar para hacer el amor un ratito, y seguir durmiendo. Deshacerlo, para ser más precisa. Tengo que curarme de estas ganas de dormir y nada más. Aunque sólo sea para encontrarme bien lúcida cuando se me presente la parca. Será lindo eso de saber que se ingresa en el sueño definitivo, en un apollinar sin término, y antes que todo se nuble escogés un recuerdo grato: cuando íbamos con papá en el tranvía y yo llevaba la muñeca, o la única vez que Adonis me regaló una flor.*

entonces entró Verónica en la escena, y el Viejo cambió; se le ablandó la cara, se le acaramelaron los ojos, se volvió generoso con todo el mundo. Empezó a desparramar la gaita, cada vez necesitaba más. ¡También, qué hembra! El viejito estaba siempre presente cuando la fotografiaban los muchachos de la agencia para la propaganda del jabón de tocador. Nadie hubiera pensado que algún día nos iba a embromar a todos. El resto ya lo conocés. Me parece que hablé demasiado. ¿Estás despierta?

—Tan despierta que creo que mientras viva no habré de dormir mas.

—¿Qué te parece si nos levantamos?  
 —No vale la pena, a cada rato es de noche.  
 —Pero si no vas a dormir más...  
 —Por eso mismo.  
 —Tengo que ir por los pasajes. Esta noche partimos, ¿vas?  
 —Habrá que ir, digo yo. ¿Por qué no me llevás en el auto?  
 —La cachila no aguanta tanto viaje; y debe de haber mucho barro.  
 —Lievame como quieras, Pero voy con esta condición: no me ahorres emociones.  
 —Para empezar, tendremos flor de caminata. De la carretera a la costa sólo se puede ir a pata o en carro. Cinco quilómetros entre las dunas. Después no te quejes.  
 —Si yo nunca me quejo; ¿cuándo me quejo?, decime.  
 —Digo, nomás. Llevá lo necesario, abrigo, nada más que abrigo. Allá nos arreglamos. No pretendas vivir como en el centro. Si te animás, seguime.  
 —Es lo que he hecho hasta ahora.

## VIERNES

—No debe de haber soledad más sola que la de una carretera desierta —dice Adonis— mientras las luces del ómnibus se pierden en las últimas sombras de la noche.  
 A pesar del silencio, Angélica no lo oye.  
 —¡Qué viaje más largo, Dios mío!  
 —Pero vos no hiciste más que dormir. Dormías profundamente.  
 —Y tuve un sueño que habrá durado lo que el viaje. Estaba atada a una camilla y no me podía mover; y me empujaban a toda carrera en medió de una luz violenta. Eso soñé. La carrera no terminaba nunca.  
 Unos pájaros oscuros y silenciosos pasan volando hacia las dunas.  
 —Esto está cambiando —observa Adonis—, los árboles han crecido, aquella casa no estaba.  
 —¿Estás seguro de que nos bajamos bien?  
 —Sí, allí está la cruz.  
 —¿Qué cruz?  
 —Esa de hierro, entre las chircas. En ese lugar murió un tropero fulminado por un rayo. La novia le encargó a un herrero que le hiciera una cruz, pero el hombre se demoraba y nunca se decidía a empezar. Y cuenta la gente que una noche de temporal, un tornado arrancó la de uaa capillita que queda como a cinco leguas y la clavó ahí mismo.

—Para empezar, no está mal; aunque yo creía, te confieso, que, al cambiar de aire, cambiarías de estilo. ¡Qué desilusión!

—Todavía está oscuro. Esperá a que aclare. La luz nos transformará, nos olvidaremos por completo del pasado; seremos otros: dos desconocidos que se encuentran en un sendero desierto y caminan hacia el mar. Inventate un ayer y un nombre. ¿Qué te parece el juego?

—Lo que todos tus juegos.

Las siluetas de los médanos, recortadas contra la claridad del alba, se volvieron violáceas. Ahora se veían los dibujos del viento sobre la arena, las hierbas, los pedruscos. Una ráfaga de aire helado hizo tiritar a Angélica que caminaba pegada al cuerpo de Adonis. Llegaron al sendero. Un cartel escrito con torpeza indicaba que por allí se iba a la costa.

—No hagas caso al cartel, pues donde ya no hay más pasto, a cincuenta metros, se acabó el camino y uno tiene que arreglárselas por entre los médanos.

—Un juego un poco más atractivo que el acabás de proponerme, pero aburrido al fin.

—Las emociones fuertes vienen después.

—Dios te oiga.

A la derecha del camino, un rancho abandonado, con el techo hundido. Allí vivía antes un hombre viejo que tenía un carro. Una rueda partida se apoyaba en el tronco de una acacia. Sería lo único que quedaba del carro que había llevado a los Gomezaguirre y a Adonis hasta Trago de Sombra. El viejo se habría muerto.

*Don Alfredo debe de haber avisado al Corcovado que yo venía. Atendolo con amabilidad, le habrá dicho, que es buen muchacho. Despachalo sin que se dé cuenta, no lo hagas sufrir, que es como un hijo para mí.*

La mano de Adonis acaricia la mochila que lleva colgada de un hombro. Allí está el Smith & Wesson que perteneciera a su padre. Angélica no debía saberlo. Odia los revólveres. "Sos un cobarde —le hubiera espetado—, lo traés porque tenés miedo". La imagina sentada en la arena, abrazándose las piernas, con el mentón apoyado en las rodillas, mientras él y el Corcovado se preparaban para batirse a duelo, para jugarse a la hembra. Ese juego sí le gustaría a ella.

*El Corcovado tira bien, es capaz de partir una moneda en el aire. Marisa no quería creerle, entonces tiró tres veces y no erró ninguna. Me va a limpiar, pero Angélica me recordará siempre con cariño.*

Caminan entre montañas de arena. Hay un silencio sepulcral, sin pájaros, sin viento. Solo la respiración y el roce de la mochila contra el cuero de la chaqueta. Es como si caminaran sin avanzar bajo ese cielo claro con algunas nubes deshilacha-

das, como si el sol no fuera a aparecer nunca, como si el mar se alejara y jamás pudieran alcanzarlo.

—Ché, a decir verdad, la Naturaleza me resulta decepcionante, me quedo con la rambla de Pocitos, con los paisajes de las postales; a mi que no me me la cuenten: La Naturaleza no existe. Quiero decir que el que no existe, es uno para ella. Le da lo mismo que la admires o nó. Y eso de que es bueno el aire puro, son macanas. Mirá, la mamá de la portera del edificio donde vivo, tiene ochenta y cinco años y nunca sale de la cocina, un cuchitril de dos por cuatro; jamás tomó sol ni fue al campo; desconoce el aire libre, y está mejor que nosotros. Es que el ser humano, si lo pensás bien, no puede vivir sin paredes. Sin techo sí, fijate en los bichicomos que no tienen techo, pero siempre están acurrucaditos contra las paredes. Y vos me arancaste de mis siestas para traerme a este desamparo. Sin paredes alrededor, me siento desnuda.

—Detrás de estos médanos, hay otros, y después otros. No te impacientes, ya vas a ver el océano.

—Desearía que me pegaras, que recurrieras a una forma más primitiva de crueldad. ¿Por qué no me pegás? Dale, animate. Aquí nadie oírá mis gritos. Pegame hasta que te quedes sin fuerzas, te lo digo en serio.

Angélica se detiene, agarra a Adonis de los brazos, lo sacude.

—Te pido que me pegues, no seas maricón. ¡Pegame, pegame de una vez!

Adonis deja caer la mochila, piensa en el revólver, teme descontrolarse. Angélica insiste. El levanta la mano, muy abierta, y descarga una bofetada violenta. Angélica da de bruces contra el suelo. Se incorpora a medias lentamente, los dedos hundidos en la arena. De su boca cuelga un hilo de saliva sanguinolenta.

—Seguí pegando —balbuce entre sollozos—, que me lo merezco por imbécil, por seguirte, por creer en vos.

Adonis recoge la mochila y continúa su camino, y sin volver a mirar a la mujer, desaparece en una hondonada. No piensa en nada, como si se hubiera olvidado de todo, e ingresara en un mundo nuevo, desconocido, donde solo hay colores. Hasta llegar a la cañada. En ese lugar estuvo con Marisa. Después de una tormenta caminaron hasta allí. Era un crepúsculo rojo, interminable. Un cielo de sangre, y el aire húmedo tenía el calor de una herida reciente.

Cruza la cañada. Arroja una piedra al agua y el silencio se parte como un cristal. Unos bagres diminutos huyen espantados. Avanza hacia el más alto de los médanos y antes de emprender la subida enciende un cigarrillo. El tabaco sabe a hierba fresca, como siempre que se fuma en el amanecer al aire libre.

Desde arriba se ve el monte espeso y en un claro, la casa. Trago de Sombra. La playa salvaje. El océano. El sol se eleva sobre las aguas reverberantes. Allá lejos un barco. Hacia el sur, una mancha gris contra el promontorio; el caserío de los pescadores. Ranchos de paja, mordidos por el salitre.

Se sienta a fumar. A esperar. ¿A esperar qué? Que Angélica lo alcance o que Angélica lo abandone para siempre.

Abajo, en el casa, estará el Corcovado atisbando los médanos. El hombre es puntual, pensará, al descubrir su figura que aparece en el alto y que se detiene antes de deslizarse por la pendiente. Pero no se ve el caballo. El Corcovado solía venir por la costa montando un azulejo y seguido por un pebrero temible. Tal vez venga mañana, o esta noche. Verá luz y avanzará con cautela, sin hacer ruido, y desde la ventana, o desde la puerta abierta con violencia comenzará a disparar contra todo lo que se mueva. Después de incendiar la casa se irá al galope por la costa y en un par de horas alcanzará la frontera.

Adonis abre la mochila y saca el revólver, cubriéndolo con las dos manos para que no brille con el sol; se lo calza en el cinturón y lo oculta bajo la campera, y mete un puñado de balas en un bolsillo. Aun no se decide a bajar; enciende otro cigarrillo y se acuesta para fumarlo con los ojos cerrados. Un sol rojo bailotea sobre fondo negro; de pronto se cambia en azul, verde, amarillo. Desaparece, vuelve a aparecer como un disco negro sobre fondo encendido. Adonis concentra su atención en esa imagen, sin pensar en otra cosa. Fuma lentamente. El cigarrillo ya no sabe a hierba fresca; ahora es amargo. Al abrir los ojos encuentra a Angélica arrodillada a su lado. Tiene el pelo desordenado y arena pegada al rostro. En el labio inferior hay una pequeña herida. Sonríe como lo hacen los niños después de haber llorado. Sonríe sin mirarlo, como una idiota. Le sonrío al sol, deslumbrada por el amanecer. Nunca se había detenido a contemplar el amanecer, porque toda vez que volvía a su casa de madrugada tenía mucho sueño y solo pensaba en dormir.

—Parece una medalla nueva sobre una chaqueta celeste, también nueva.

—Qué cursi.

—Lo que sucede es que soy cursi. Marisa es cursi. Viviana también. Hay que ver cómo te gustan las mujeres cursis. Porque vos también lo sos, y por eso tenés miedo de meterte a escribir. Sólo se te ocurren cursilerías.

Y se echó a correr por la pendiente, cayó y siguió rodando, riendo a carcajadas. Adonis descendió lentamente, por temor a perder el revólver. La ayudó a incorporarse, y ella lo abrazó y lo besó en la boca. Tenía arena en los labios, y gusto a sangre.

Siguieron caminando hacia el monte de acacias tomados de la mano. En los bajos duraba el relente que olía a carquejás.

—Perdoname por la escena que te hice. Ya sé que te dolió más que a mí. Tenía ganas de que me casaras, y ahora que veo que sos capaz de hacerlo me siento menos sola a tu lado. Un poco de flagelación hace bien. Tenía ganas, creeme. Papá nunca me pegó, mi marido tampoco, vos lo hiciste a tu pesar. Espero que la próxima vez tomes la iniciativa, y me muevas sin lástima. Tuve mala suerte con los hombres que conocí; nunca salieron pegadores. No, vos no podés entender esto. Es una necesidad orgánica. No te imaginás cuánto me molestó que Jorge me hubiera dejado sin haberme dado una buena paliza. De vos tendré un recuerdo distinto. Una vez, por lo menos, me pegaste. Bueno, parece que ya llegamos al paraíso. Lo noto porque perdiste el habla.

Adonis no la escucha. Observa la casa que aparece entre las acacias. Los yuyos sobrepasan la barandilla de la galería. Hay una ventana abierta. El interior está en tinieblas. Adonis abre un poco la cremallera de la campera y tantea el revólver disimuladamente.

Esperame aquí que quiero investigar.

—Dejame ir contigo, no seas malo.

Se mueve con extremada cautela seguido por Angélica, pero, al penetrar en la galería cuyo piso de tablas cruje bajo las pisadas, se dirige con decisión a la puerta que cede fácilmente porque el marco está podrido. Algo que cae del techo se deshace en polvo sobre sus cabezas. Entran. Se detienen en medio del recinto hasta que los ojos se acostumbran a la oscuridad. Aparece una mesa sobre la que hay tres platos con restos de comida pegada en el fondo, una botella volcada, un candelero de lata. Dos sillas rotas, un armario abierto, casi vacío, con tarros destapados. En el hogar, dos astillas a medio quemar sobre un montón de cenizas. En los dormitorios, camas turcas con colchones destripados. Y nada más. Trago de Sombra ha sido saqueado.

—Evidentemente, nadie nos espera —dice Angélica, aguantando la risa.

—Evidentemente —repite Adonis, avergonzado por sus recientes aprensiones.

—¿Dónde está el champán para festejar nuestra llegada a Trago de Sombra? El mayordomo debe de estar durmiendo. ¿Por qué no despertás al mayordomo? Tal vez todos huyeron al enterarse de que veníamos nosotros. No te preocupes querido, confía en tu imaginación. La situación no es tan penosa como a vos te parece, mirá, ¡hay camas! Dormir y retozar, retozar y dormir. ¿Qué otra cosa desearías?

Angélica suelta la risa y sale a la galería.

En Europa es mediodía. Don Alfredo aflojará los nervios

con una caminata por los bulevares, (¿de Barcelona? ¿de París?), gozando la belleza del otoño. Fugger se esforzará por atenderlo como corresponde. Cuando llegue a Patmos estara completamente descansado para disfrutar del Apocalipsis en Light & Sound en toda su plenitud. Y el Corcovado ahora barajará los naipes en un boliche del Chuy, sin acordarse de los encargos del viejo, ni de que hay que ocuparse de Trago de Sombra por si al Viejo se le ocurre volver algún día, para poder dormir sin tener que estar pendiente del teléfono ni de las excusas de los empleados que no hacen las cosas como deben. Y ahí está la casa, viniéndose abajo, con la pintura desconchada, las ventanas abiertas, invadida por las hormigas. El Corcovado se habrá largado con lista propia para no tener que depender siempre del viejo; a lo sumo vendrá muy de tarde en tarde a pasar una temporada con una hembra o arreglar negocios reservados. Pero a mí me da por imaginar cosas raras y aquí estoy sin saber qué hacer, justo ahora que Angélica se enterneció. Tendré que inventar la dicha o convenirla de que necesitamos esta soledad para vernos tal como somos, para encontrarnos de una vez para siempre. Que por eso la traje.

Se sientan en un tronco derribado a comer emparedados y naranjas. Angélica suelta la risa con frecuencia.

—¿De qué te reís tanto, se puede saber?

—De nosotros. Olvidados en esta soledad. Nadie podría imaginar que estamos aquí, en este desierto. ¿Pero habrá alguien que piense en nosotros? Sí, claro que sí: el cobrador de la mutualista, el lechero. Dele tocar y tocar timbre. No hay nadie. ¿Dónde mierda estará esta loca? O el vecino de arriba: por favor cierre las canillas que el agua no llega al tercer piso. Tal vez dejé abierta la canilla de la bañera, y estará desbordada. El agua corre por el pasillo, en cascada, escaleras abajo, por el hueco del ascensor. Todo el mundo alborotado, sin saber qué hacer, hasta que a alguno se le ocurre llamar a los bomberos. Y nosotros aquí, en contacto íntimo con la naturaleza y mordiendo emparedados de salame. Cómo querés que no me ría. Escuchá: parece que en el monte hay gente. Alguien silba.

—No, no es gente; son calandrias.

—*Calandrias griegas*, tal vez.

Adonis sonríe, sin mirarla.

—Y ese otro ¿qué es?

—Un chingolo.

—Qué canto triste.

Comienza a soplar el viento del este, húmedo y tibio.

—Llévame al mar. Quiero ver el mar. Los árboles me deprimen.

—Bueno, vamos.

*Por aquí bajaba Marisa a la playa y yo la espiaba desde aquella ventana que ahora tiene los postigos rotos. Los médanos han avanzado, han crecido. Se mueven lentamente, y un día la casa quedará sepultada por completo. Antes se vela un fragmento de mar desde la galería. Ahora hay una muralla de arena que empujan los temporales. No quedará ni rastro.*

A sus pies se abre la playa anchísima. La orilla distante, cubierta de gaviotas, parece inalcanzable. Resplandecen las lagunas formadas por la marea nocturna.

—¿Qué es eso? —pregunta Angélica señalando un ave muerta cubierta por algas resacas.

—Un pingüino.

—¿Un pingüino? ¿Aquí hay pingüinos? Embustero, sos un embustero.

—Vienen en Agosto, con las corrientes polares. Vagan unos días por la playa y después se mueren de hambre.

—¿Y no pueden volver?

—No, no pueden.

—Pobrecitos. Mirá si a nosotros nos ocurre lo mismo. Pienso que los pobres pingüinos tendrán la misma opinión que yo acerca de la Naturaleza. Tal vez valga la pena que sea así: sentirse libre un par de días y luego morir a solas. Cuando notes que me pongo pálida, andate lo más lejos que puedas.

Antes de que ellos alcancen la orilla, las gaviotas levantan vuelo llenando el aire con su grito para ir a posarse más lejos. Adonis rodea la cintura de Angélica y le acaricia el rostro, el cuello, los senos, la cadera. La vibración de la rompiente trepa por sus cuerpos, los excita.

—Ahora quiero —dice ella—, tengo ganas, una ganas enormes. Pero no aquí. Llévame adentro, porque los espacios abiertos me anonadan. Mirá, allá hay un lugar.

Y señala los restos de una caldera de barco, en medio de la playa. Angélica corre. Corre y ríe como una niña, con los brazos abiertos. Adonis la sigue sin prisa; se quita la cámara y con ella envuelve el revólver.

*Esta tarde la mato... Y me mato... Sin esperar la noche. Sin esperar que se agote la alegría. No quería pensar en eso, no quiero pensarlo, pero durante el viaje mientras ella dormía, y soñaba, no pude con la obsesión que me taladraba el cerebro. Mejor morir aquí. Dentro de la caldera, después de haber gozado como locos. La caldera resonará como una campana con los disparos. Ella no se dará cuenta de nada. Será un acto supremo de amor. Yo sufriré un instante, pero me ahorraré la visión de su sangre. Cerraré los ojos. No la veré muerta. Las gaviotas gritarán un poco. Por la noche, subiré el mar hasta la caldera y lameré nuestra sangre; nos limpiará de inmundicias. Noche a noche.*

—Me enloquecen los sabores metálicos —dice Angélica, y repasa las aristas oxidadas con la punta de la lengua—. Me transmiten una sensación extraña. ¡Besaría hasta el cansancio al Hombre de la Máscara de Hierro!

Entran. Se acuestan sobre la arena endurecida y permanecen largo rato en silencio, tomados de la mano. Arriba, la bóveda carcomida, con innumerables agujeros que filtran la luz.

*Al atardecer se pondrá triste. No dejará de reprocharme que la haya traldo a este páramo. Hará el inventario de mis fracasos y de sus desgracias. Tendrá que ser antes, mientras dure la dicha.*

—Aquí adentro está tibio. Y se escucha mejor el mar. No pensás en nada. Se acabaron los problemas. ¿Por qué no será siempre así? Pero te noto un poco triston. ¿O estás cansado? Tenés la mirada perdida, como de naufrago. Vení y dejate de macanas. No te me pongas a imaginar cosas. Dale licencia a la memoria, a tus sueños de naufrago.

*Vuelve a ser prodigiosa. La mejor hembra del mundo. Tal vez valga la pena broncar la mayor parte de la semana por una hora de delirio, dos horas de delirio, un delirio sin tiempo. Todo se concertó para este momento: la huida de Gomez-aguirre, el viaje hasta aquí, y el barco que naufragó hace diez, veinte años. El temporal lo abrió al medio; reventó la caldera. Lo demás quedó en el fondo. Y el mar la fue trayendo de a poquito, sin apuro. Andá a saber cómo se llamaba el barco y cuántos murieron en el naufragio. Si no fuera por esta caldera, seguro que no pasarla nada, porque si llevara a Angélica a la casa —bajo los árboles no iba a querer porque les tiene terror a los insectos—, el olor a la humedad, a madera podrida, a arpillera meada por las comadrejas terminarían por apagar sus fuegos y volverla a ponerse melancólica. Esto no volverá a repetirse. La caldera está tibia de sol. No, no volverá a repetirse. Y vos la querés matar. Sí, porque no volverá a repetirse. La locura.*

Al mediodía Adonis salió de la caldera, Angélica dormitaba boca abajo, con la frente apoyada sobre los brazos en cruz. Estiró los miembros, respiró hondo y se apoyó contra la superficie áspera y caliente, la cabeza hacia atrás para contemplar el cielo. Se sentía ufano porque su virilidad exacerbada por el aire puro había dejado exhausta a la amiga. Pero cuando volvió a mirar la playa se incorporó bruscamente, sacudido por un temor repentino. Desde el norte avanzaba —¿o se alejaba?— una mancha que parecía ser un hombre a caballo y otra, más pequeña, tal vez un perro, que se movía a su lado. ¿Se alejaban o venían hacia él? Las reverberaciones de la arena descom-

ponían las figuras que por momentos se asemejaban a zancudas gigantes. Adonis tardó en darse cuenta de que se acercaban. Ya no cabía duda de que se trataba de un hombre a caballo que a veces se detenía como si avistara algo en el mar.

—Debe ser el Corcovado —pensó—; alguien que nos estuvo espiando todo el tiempo habrá ido a avisarle.

Y se deslizó dentro de la caldera para recoger el bulto con el revólver.

—Che, Angélica, viene gente. Un hombre a caballo, con un perro. Quadate ahí, no te muevas. Voy a salirles al encuentro. Si el perro se mete en la caldera no le des bolilla; hacete la muerta y aguantá el julepe. Me parece que el tipo es el Corcovado, hombre de confianza de don Alfredo.

La mujer dijo algunas palabras confusas y siguió durmiendo. Adonis se calzó el revólver en el cinto y lo tapó con la campera que le colgaba de un hombro. Se dio cuenta de que tenía miedo, no tanto por él como por Angélica. Nunca había sentido, como ahora, esa necesidad de protegerla. Cuando volvió a salir de la caldera, el jinete estaba lejos todavía, más de lo que él esperaba. Como si galopara y galopara sin poder avanzar. Lo único que crecía era el perro. El perro sí avanzaba; Adonis le quitó el seguro al *Smith & Wesson*. Le gustaba repetir ese nombre. Le daba aplomo. Si el perro se ponía bravo, si amenazaba morderlo o pretendía penetrar en la caldera, lo dejaría seco de un balazo aunque tuviese que vérselas después con el jinete. Con el Corcovado. ¿Era o no era?

Se oyó un silbido agudo, y el perro dejó de correr. Ahora se agrandaban el caballo y el jinete. El jinete más que el caballo. ¿Qué? ¿Ese hombre no tenía rostro? ¿Era la sombra del ala del chambergó o un hueco tenebroso eso que había en lugar de la cara?

*Es la muerte que me envía el viejo. "Allá en Trago de Sombra descansarás como nunca", me dijo.*

Recién cuando el hombre se detuvo a tres metros y se echó el chambergó hacia atrás, Adonis pudo estar seguro de que no era el Corcovado.

—Buenas tardes —saludó Adonis.

—Güena. ¿Pasiando?

—Sí y buscando a alguien. ¿Conoce al Corcovado?

—No. No conojo.

—¿Usted no es de acá?

—A decir verdá, compañero, aquí nadie e' de acá? ¿Entiende? Uno' vienen del campo pa' probar suerte con la pesca, y otro' con el contrabando, y otro' vaya a saber uno con qué, porque se pasan la vida mamado'. Yo vengo 'el culo 'el mundo, sí señor, como lo oye. ¿Y sabe cómo llegué acá? Resulta que una ve' jueron lo' dotore' a hacerle una lavativa'l mundo, y como estaba muy jodido tuvieron que adentrarle mucha agua,

consecuencia 'e lo cual vino después una inundación machaza. Y me arrastró la crecida, compañero, y aquí estoy, pa'servirlo a usted y a quien corresponda. Si no e' indiscreción, ¿usted e' de la polecía?

—No precisamente. Ando buscando al Corcovado porque somos amigos y le traigo un recado de don Alfredo. Hace tiempo que no nos vemos, pero le aseguro que somos amigos.

—Perdone, compañero, pero hay que andar con mucho cuidado, ¿sabe? Do' por tre' vide gente estraña merodeando por esto' lugare'. Y la polecía vino má' de una ve'. La cosa está gemida. Al Corcovado lo conojo. ¡Cómo no! No somo' amigo', lo que se dice amigo', pero lo rispeto. El hombre tenía sus cosa', pero siempre dispuesto a echarle una mano a que la necesitara. Hará cosa de un me' desapareció. Dicen por ay que lo mataron, otros aseguran que se le tomó y se jué pa' Porto Alegre. Alegre deb'estar el Corcovado con toda la plata que llevaba encima. Naide puede decir de dónde sacaba el cristiano tanta plata. Hacía mal en demostrar que tenía. ¡Claro que lo conojo! Si lo llega a ver, digalé que le mando saludo'. ¡Hasta más' ver!

Y antes de picar el caballo añadió:

—Pero por las duda' no lo bujque mucho. A lo mejor no lo encuentra en la puta vida.

Adonis los siguió con la vista hasta que volvieron a transformarse en zancudas negras y gigantes. Se sintió humillado. Gomezaguirre había pensado prolijamente en todos los detalles. Bien sabría el viejo que Trago de Sombra estaba abandonado, que el Corcovado ya no existía (*El hombre tenía sus cosas*), o se había marchado lejos. Era una manera de decirle claramente: "Adonis, ya no me servís más. Dejate de joder"; una broma pesada que gozaría hasta la muerte, hasta que entrara por el portón definitivo con la tarjeta de crédito prendida a la mortaja. Y más allá de la muerte también, por qué no.

El revólver inútil le oprimía el vientre. Le vinieron ganas de empezar a disparar al aire, sobre las gaviotas, hacer resonar la caldera. Finalmente lo sacó, lo agarró del caño, corrió hasta la orilla y lo arrojó al agua.

Se consoló con la suposición de que las balas eran viejas y que difícilmente hubiera salido un solo tiro.

Cuando regresó a la caldera Angélica ya estaba fuera. Se sacudía la arena mientras lo observaba con extrañeza.

—Che, ¿qué hacés, se puede saber?

—Tiré el revólver al agua.

—¿Y vos tenías revólver?

—Sí, me lo dio aquel hombre que pasó a caballo para que nos pegáramos un tiro.

—¡Estás piantado! No empieces, loquito, que hasta ahora lo estábamos pasando bastante bien. ¿Quién era el tipo?

—La muerte. Pero me cago en la muerte...

—...lo mismo que en la vida. Ya veo que el ambiente se vuelve espeso. Tenemos que inventar algo para ganarle al tedio. No nos preguntemos todavía qué estamos haciendo acá. Vamos a saborear esta dicha hasta la última gota. Hay tiempo para amargarse.

—Caminemos por la playa.

—Vamos hasta los ranchos de los pescadores.

—Es lejos.

—¿Cuánto?

—Tardaremos media hora.

—Vos, siempre pesimista.

—Y otra media hora para volver.

—Dejá que los pies decidan. Me siento etérea. ¿Sabés que me hiciste muy feliz adentro de la calderota esa?, parecía algo nuevo, como si fuera la primera vez. Vamos a no echar a perder la tarde. La noche te la dejo a vos; espero dormir. Pero la tarde es mía.

Y se adelantó dando saltitos para llegar antes que él a las primeras rocas, mientras cantaba:

“La perra neurastenia te sigue consumiendo  
y sos el prototipo que va engrupiendo amooooo...”

*Tiene razón, cuando oscurezca se terminará la alegría; esta alegría que no nos propusimos, que llegó sola, que nos esperaba en la caldera. Sentirá miedo, trlo, asco por la casa abandonada, por los colchones húmedos. Y otra vez los reproches. Querrá que le pegue. Me pedirá que la mate, que ponga punto final a esta historia absurda. Pero todavía hay sol, hay luz para rato. De noche seremos otros, no seremos los mismos que ahora vagan despreocupadamente por una playa remota. Entonces, que los otros de esta noche, se las arreglen como puedan.*

Entre las rocas descubrieron un lecho de arena seca, blando y caliente. Se acostaron. No se veía el mar pero se oía la explosión de las olas a pocos metros y después el ruido del agua al retirarse. Entre ola y ola el corazón de Adonis golpeaba veinte veces, el de Angélica veinticuatro. Se entretuvieron contándose los latidos.

—Te gano siempre —dijo ella.

Una gaviota iluminada por el sol oblicuo volaba en círculos y gritaba. Su grito era alegre. Adonis siguió contando: los latidos, las olas, los giros de la gaviota, los gritos. Cerró los

ojos y notó que estaba cansado. Los latidos, las olas. Los latidos, sólo los latidos. Y se quedó adormecido.

Cuando volvió a abrir los ojos, la gaviota ya no estaba y las sombras se habían alargado. Extendió un brazo buscando el cuerpo de Angélica pero sólo halló el hueco que había dejado en la arena. La imaginó saltando de roca en roca, vagando por la playa, arrojando piedras al agua. Y se quedó quieto, retenido por una pereza exquisita. Observaba los cirrus que se teñían de tonalidades rojizas. Cuando se levantó y miró a uno y otro lado no vio a Angélica por ninguna parte. Seguramente se había escondido. Recordó a Marisa.

La buscó sin apremio. No estaba entre las rocas. ¿Dónde se habría metido?

Por la playa, rumbo a los ranchos de los pescadores, se alejaba un carro. Le pareció ver a Angélica, sentada atrás, en el borde, con las piernas colgando, junto a un niño que llevaba un bulto. El sol que comenzaba a trasponer los médanos le impedía distinguir los detalles.

—¡Angééééécaaaa! —gritó con todas sus fuerzas. Una mano se alzó a lo lejos y se agitó un instante en el aire húmedo y dorado. Lo esperaría escondida entre los ranchos, muerta de risa. Una vez tuvo que caminar hasta allá para encontrar a Marisa. Pero ahora el rancharío se había extendido, y si a Angélica se le ocurría esconderse, no le sería tan fácil encontrarla.

El carro se detuvo, y reanudó la marcha no bien el niño se bajó. Adonis no se apresuró. Seguramente Angélica quería dar un paseito. El carro dobló hacia arriba y se perdió entre los médanos.

Adonis encendió un cigarrillo y avanzó lentamente en dirección a los ranchos. Encontró al niño que arrastraba una bolsa con mejillones.

—Decime, botija, ¿a dónde iba la mujer?

—Le pidió a mi padre que la llevara a la carretera.

—¿Y no te dijo nada?

—Sí, dijo.

—¿Qué?

—Que usted no la siguiera, que la dejara ir sola.

—¿Y por dónde se va a la carretera?

—Agarrando derechito pa' arriba, pero están los bañados. A pie es difícil si no conoce. Se hundirá hasta el gollote. Y de noche, ni el diablo se anima. A más, crecieron con la lluvia. Es al cuete ir. Y la mujer no quiere, no, no quiere que usted vaya.

Adonis bajó por un callejón hasta la playa y se sentó sobre un bote volcado. No podía precisar qué era lo que realmente sentía. Se propuso no escarbar demasiado. La vida siempre

resultaba ser más simple de lo que creía, y Angélica más sabia. Después de todo, lo que vivieron ese día era irrepetible. Se resignaría a perderla; pero su piel y sus ojos tardarían un tiempo en acostumbrarse a la ausencia.

Lo había abandonado, pero no se sentía herido en su amor propio. Lo que sí le producía un desagradable escozor era el saber que había llegado allí seducido por el miedo, por el deseo de terminar una vez por todas, no era capaz de afirmar exactamente con qué, pero había que terminar. Fue, obsesionado por la muerte, llevó el revólver, se imaginó asesino, y lo que lo esperaba era la vida desnuda, simple. En el vuelo de las gaviotas, en el sol, en la arena, en la caldera trabajada por el mar, en aquel orgasmo único. *La maravilla, si no es breve, deja de ser maravilla*, pensó escribir alguna vez a propósito de Gisela. Si trataba de explicarse lo que le sucedía, todo se volvía confuso porque su imaginación no cesaba de parir fantasmas y su memoria estaba atiborrada de trastos inútiles. Se entregó a las últimas imágenes de la tarde.

Llegaba un barquito vetusto con una carga de tiburones, y tripulado por hombre de mirada perdida. En un extremo de la ensenada unos cerdos hundían sus hocicos en los costados de una tortuga enorme, medio podrida. Ahora la belleza pertenecía por entero a las gaviotas. No al mar repentinamente gris, ni a los médanos, ni al cielo opaco.

*Y Angélica irá en el carro, atravesando bañados, junto a un viejo callado que chuparla un pucho interminable para no tener que hablar. Llegará a la carretera de noche, a esperar un camión que la levante. Una mujer sola. Linda hembra. Qué regalo. Cuidate, camionero, de la Desconocida. Conocerás la melancojía. El mundo se te dará vuelta. Un camión tomado al azar. Para Montevideo, o para el Brasil. A vivir la gran aventura. Y de paso, probar si alguno lo hace mejor que Adonis. Si el sol le iluminó la carne, te costará volver a los grises de la Ciudad Vieja.*

*Spongamos que esta noche llegan las calandrias griegas y empiezo a escribir, a descargar, a expulsar los aires mefíticos. ¿Por qué no? Ya es hora. Y después me quedo a vivir, a vegetar, en este lugar perdido. Empezaré por olvidar. No me llamarán más Adonis. Seré amigo de pescadores y contrabandistas, recogeré sus relatos, viviré la memoria de otros, no la mía. Adonis está muerto. Don Alfredo lo mandó aquí (donde nadie es de aquí) para que muriera. Seré el amanuense de gente que vive de veras y siempre tiene algo para contar. Y registraré sus historias, las anotaré prolijamente, tal como me las dicen. Pero debo empezar por despojarme, por transferir al papel lo que me duele y me sobra. Y después de quemar los papeles, o de sentarme en una roca y hacer pajaritas para que los hijos de los pescadores se diviertan mirando cómo vue-*

*lan y se deshacen en el viento las gaviotas de mentira, después que haya arrojado la última con el Viaje de la Bella Angélica por los Bañados del Olvido, me pondré a escribir en serio, como un amanuense (término que repugna a los escritores, peor para ellos), porque no creo que haya existido jamás un amanuense que escribiera en joda.*

Anduvo un rato entre los ranchos, en los que ya comenzaban a encenderse los faroles y las velas. Descubrió un rostro de mujer, sensual y morena, que le recordó a Viviana. Fue una visión fugaz y alentadora. El olor a frituras le avivó el apetito.

Se acercó a una sombra que tejía una red.

—Perdone, señor, ¿existe algún lugar donde se pueda beber algo; y hacer boca?

La sombra se estiró para señalar un rancho con alero de chapas.

Entró. Le pidió a un hombre flaco que se asomó por una puerta con cortina de arpillera que le trajese algo para comer y una botella de vino. Al rato apareció una mujer gorda y sonriente que le sirvió empanadas de pescado y vino. Hablaron del tiempo y de la pesca. La mujer no disimulaba la curiosidad de saber quién era el forastero y de dónde; Adonis evitó prolongar la conversación. Le pidió papel para escribir. Había dejado cuadernos y lápices en la mochila.

El hombre flaco salió del rancho y al rato volvió con un mazo de hojas.

—De este lado le pueden servir —dijo, mostrándole el reverso de listas de votación. El papel estaba amarillento y quebradizo, pero eso no le importaba.

—Por favor, consígame un lápiz.

Lo del lápiz parecía un asunto más complicado porque el hombre flaco no venía nunca. Adonis aprovechó la demora para saborear las empanadas bien codimentadas y beber lentamente el vino tinto que no era tan malo como temiera. De paso iba pensando en el comienzo de sus memorias. Creyó oportuno empezar por los recuerdos más lejanos, y el más lejano, el primero, el que ilustraba la primera página de su existencia, era el de su madre llevándolo en brazos (no había cumplido los tres años) para ver un incendio. Pero comenzar por el principio era no terminar nunca, y debía tener en cuenta que la obra del escritor —no la del amanuense— estaba destinada a ser destruida tan pronto como le pusiera el punto final. Pero, ¿llegaría el día en que estampara ese punto final? ¿No se enamoraría de su obra a medida que la viera crecer, y no lucharía consigo mismo? ¿No se la ingeniaría para burlar sus propios planes? Ese punto final sería entonces como Trago de Som-

bra: la confluencia de todos los miedos. La cuestión era empezar de una vez. Pero, ¿por dónde?

*Y el flaco no viene con el lápiz, y si sigo tomando vino voy a tener sueño y no escribiré un carajo.*

Por fin llegó el lápiz.

—Le conseguí éste —dijo el flaco alargándole un lápiz azul, grasiento, con la punta mocha y el otro extremo mordido.

*Vos te empeñás de seguir tu supuesta vocación y la realidad se encarga de persuadirte de lo contrario, con todos los medios.*

—Si me trae una yilé para afilarle la punta, se lo agradezco.

Tenía; y la mandó a la gorda.

*Empezar por las crisis de la adolescencia, es bastante cursi, me parece. Quizá por la corrida de toros: la primera vez que vi morir a alguien.*

La gorda trajo una hojilla de afeitar y tuvo la amabilidad de sacarle ella misma la punta al lápiz.

—Aquí nadie escribe, don. ¡También usted, pide cada cosa! —fue lo único que dijo. Le dio el lápiz y se alejó haciendo alarde de sus nalgas descomunales.

*No sé por qué aparece una gorda —cada vez más gorda— cuando me brota el antojo de escribir. La realidad y sus recursos. Ay, Angélica, cómo te extrañan mi piel y mis ojos.*

Terminó el vino, acomodó las hojas, mordió el lápiz, y buscó la frase inicial.

No se le ocurría nada. Se sentía completamente vacío.

*A lo mejor ya no es necesario... No, lo que sucede es que estoy cansado, muy cansado... Mañana. Las calandrias griegas llegan mañana... O el domingo.*

Y pidió más vino.

Impreso en diciembre de 1977 en IMCO  
Imprenta Cooperativa, Gaboto 1918, Montevideo

Edición amparada al art. 79 de la Ley 13.349  
Comisión del Papel.

Dep. Legal 122.228/77

Impresso en diciembre de 1977 en SMOO  
Imprenta Cooperativa Sadois 1318 Montevideo

Edición autorizada al art. 39 de la Ley 13342  
Comisión del Papel.

Del Legajo 12228-77



Héctor Galmés nació en Montevideo en 1933. Profesor de Literatura en la Enseñanza Media y en el Instituto de Profesores, ha publicado ya varias obras de carácter pedagógico. Ha hecho crítica literaria en la revista "Maldoror", donde también han aparecido algunos cuentos suyos.

En 1971, bajo nuestro sello editorial, publicó la novela "Necrocósmos", que tuvo una excelente acogida tanto por el público como por la crítica.

En "Las calandrias griegas" hay una poética evocación del Montevideo de fines de la década del 50. Las "calendas" de la antigua locución latina, transmutadas en calandrias por el decir popular, devienen en metáfora de lo irrealizable.



PORTADA: VILLA

**EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL**